TOMO I. ENERO 15 NÚM. 3.
VOL. III. 1870

977-6 8/73

REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRECTOR

D. JOSÉ DEL PEROJO

SUMARIO

I. El corazon frio.—Conclusion.—*W. Hauff.*
II. El Papa y la Carta Magna.—*El Cardenal Manning.*
III. Guillermo Bilderdyck, poeta holandés.—*A. Schwartz.*
IV. A la muerte de un poeta.—Poesía.—*A. Charro-Hidalgo.*
V. La educacion nacional como un deber de la nacion.—*F. Max Müller.*
VI. De la conservacion de la energía en el mundo material.—*J. Echegaray.*
VII. El arroyo.—Cancion sueca.—*Manuel del Palacio.*
VIII. Haeckel juzgado por Hartmann.—*José del Perojo.*
IX. Vida de Kant.—Conclusion.—*Kuno Fischer.*
X. Revista crítica.—*M. de la Revilla.*
XI. Bibliografía.

MADRID
REDACCION.—ADMINISTRACION
SAN MATEO, 11, BAJO

(Derechos reservados.)

© Biblioteca Nacional de España

NOVEDADES BIBLIOGRÁFICAS.

The movements and Habits of Climbing Plants. by Charles Darwin. (Movimientos y usos de las plantas trepadoras.) Con láminas. Lóndres: J. Murray, 1875.

Este volúmen es una reimpresion de la obra conocidísima del eminente naturalista sobre las plantas trepadoras, publicada en 1865 y reformada con las últimas observaciones hechas sobre tan interesante asunto. Mr. Darwin llama plantas trepadoras á todas aquellas que, provistas solamente de tallos débiles y sin la facultad, por consiguiente, de sostenerse derechas por sí mismas, se aprovechan del auxilio de plantas inmediatas con el objeto de levantar su follaje y flores á considerable altura del terreno. En la obra de Mr. Darwin se encuentra todo cuanto se conoce hasta el dia en esta interesante y curiosa rama de la fisiología vegetal. Resume la discusion sobre la diferencia entre el llamado poder espontáneo de mocion de algunas plantas y el poseido por los animales, en los términos siguientes: "Se ha dicho de un modo vago y con frecuencia que las plantas se distinguian de los animales en carecer del poder de movimiento. Mejor debiera decirse que las plantas adquieren y despliegan este poder solamente cuando les trae ventajas el hacerlo, lo que rara vez sucede comparativamente, porque, fijas al terreno, el aire y la lluvia les traen el sustento que necesitan."

La Biologie, par le Dr. Charles Letourneau.—Paris, Reinevald.—Bibliothéque des Sciences Contemporaines. (La Biología, etc.)

El Dr. Letourneau es sin disputa uno de los más distinguidos representantes de la ciencia francesa, principalmente considerada en las actuales direcciones de la fisiología y la biología. En el libro á que nos referimos estudia atentamente el Dr. Letourneau los elementos físicos y químicos de la vida y sigue el proceso biológico hasta el hombre que señala el grado más alto y maravilloso de la evolucion. Concentra principalmente su atencion en las más importantes y fundamentales nociones de la ciencia que cultiva, mirando con especialidad á lo que tiene carácter más positivo y es más universalmente admitido por las personas de competencia en la materia. Aunque solo fuera por esta circunstancia, el libro del Dr. Letourneau es acreedor al aprecio del público.

Elementi di Dirito Civile é Commerciale esposti agli scolari del R. Istituto Tecnico di Milano del prof. av. Francesco Triaca. Milano. Tipografia editrice Lombarda: due volumi. (Elementos de derecho civil y mercantil, etc.)

El profesor Francisco Triaca, creyendo en la necesidad de ofrecer á sus discípulos un compendio que pudiera servirles de guia en el estudio, ha publicado recientemente los interesantes tomos á que nos referimos. La obra de Triaca es un breve y sistemático manual en que con gran sujecion á los progresos jurídicos se expone sumariamente el derecho civil y el mercantil. Distinguen á este autor mucha claridad y juicio muy claro, sobresaliendo tambien en la precision de las definiciones, que son, generalmente hablando, los escollos más terribles para el autor de un manual. Diremos para terminar que el Sig. Triaca era ya ventajosamente conocido por anteriores trabajos sobre el derecho civil.

Effectual Reform in man and society. By Henry Travis. London. Longmans 1875. (Reforma eficaz en el hombre y en la sociedad, etc.)

El Dr. Travis pertenece al número de esos audaces reformadores que convencidos de la necesidad de empezar por el principio prescinden de reservas y escrúpulos indicando desde luego la conveniencia de no pararse en dificultades y obstáculos procedentes de lo que constituye el estado actual en el hombre ó en la sociedad. Aspira á introducir en su país un nuevo espíritu y un nuevo sistema social. Es deplorable que Mr. Travis, que acredita celo y talento, no haya notado la dificultad de hacer todo lo que se quiere y la conveniencia de tener en cuenta, cuando de las reformas se trata, condiciones y circunstancias en que tal vez no se ha fijado como á la utilidad de su libro conviniera.

© Biblioteca Nacional de España

REVISTA CONTEMPORANEA
ADMINISTRACION
MADRID

EL CORAZON FRIO.

CUENTO ALEMAN POR W. HAUFF.

Durante algunos dias la hinchazon de su mano recordó á Pedro su ingratitud y locura; pero haciendo callar á la conciencia, se dijo:

—Aunque vendan mi fábrica de cristal y todo cuanto tengo, el Gordo Ezequiel seguirá siempre siendo el mismo, y mientras él tenga dinero los domingos, á mí no ha de faltarme.

—¡Verdad, Pedro! Pero supon que él no tenga ninguno.

Y así aconteció un dia, y esta fué una extraña voz de alerta.

Un domingo que Pedro paraba su coche en la taberna, y la gente se asomaba á las ventanas, dijo uno:

—Aquí viene Pedro el jugador.

Otro:

—Sí, el emperador del baile, el rico fabricante.

Y un tercero, sacudiendo su cabeza, exclamó:

—Mucho habla la gente de su riqueza, pero tambien se ocupa en todas partes con sus deudas; y un hombre decia el otro dia en la ciudad, que no tardaria mucho tiempo la justicia en embargarle sus propiedades.

Mientras tanto, el rico Pedro saludaba cortesmente y con pompa á los que en las ventanas estaban; se bajó con orgullo del coche, diciendo:

—Buenas tardes, patron. ¿Ha llegado el Gordo Ezequiel?

© Biblioteca Nacional de España

Una voz cavernosa respondió:

—Adentro, Pedro; se te ha reservado el sitio; ya estamos aquí, y jugando.

Pedro Munk entró en el cuarto, se tanteó los bolsillos inmediatamente, y al verlos llenos hasta rebosar, comprendió que Ezequiel debia estar bien provisto de dinero.

Se sentó á la mesa con los otros; jugó con suerte unas veces, con desgracia otras, hasta que, llegada la noche, la gente respetable se retiró. Continuaron el juego con luz artificial: más tarde otros dos jugadores dijeron:

—Ya basta, y es preciso ir á casa con la mujer y los chicos.

Pero Pedro el jugador le pidió al Gordo Ezequiel que se quedara: mucho se resistió este, mas al fin exclamó:

—Muy bien: contaré ahora mi dinero, y echaremos despues los dados: cinco florines por punto. ¡Jugar por ménos dinero es un mero juego de niños!

Sacó su bolsa, contó su dinero y halló cien florines. Pedro el jugador supo así lo que él mismo tenia sin necesidad de operacion ninguna. Pero si hasta entonces Ezequiel habia ganado, empezó ahora á perder juego tras juego, y juró de modo que daba miedo. Siempre que tiraba los dados, los arrojaba Pedro tambien, y siempre dos puntos más alto. Al fin, puso sobre la mesa sus cinco florines últimos, y gritó:

—Otra vez, y aunque pierda esto, no lo dejaré, porque tú me prestarás algo de tus ganancias, Pedro; un buen compañero siempre ayuda á otro.

—Todo lo que quieras, aunque fueran cien florines, dijo el emperador del baile engreido por sus ganancias.

Movió el Gordo Ezequiel los dados y sacó quince.

—Un terno—exclamó;—ahora veremos.

Pero Pedro sacó diez y ocho, y una voz ronca, familiar, para él, dijo:

—Se acabó; esto era lo último.

Miró en derredor, y allí, grande como un gigante, estaba Dutch Michael detrás de él; lleno de terror, dejó caer el dinero que habia tomado. El Gordo Ezequiel no vió la aparicion, y exigió á Pedro el jugador que le facilitara diez florines para tener con qué apostar. Medio durmiendo metió el último

© Biblioteca Nacional de España

la mano en un bolsillo, pero en él no habia dinero; registró otro, pero tampoco habia allí nada; volvió su levita al revés, pero ni una moneda de cobre cayó, y entónces, por vez primera, pensó en su deseo de tener siempre tanto dinero como el Gordo Ezequiel. Todo se habia desvanecido como el humo.

Tanto el patron como Ezequiel le miraban con asombro al verle registrar en todas partes sin poder encontrar dinero; no querian creer que no tuviera ninguno; pero al fin, cuando por sí mismos le buscaron en los bolsillos, se encolerizaron y juraron que Pedro el jugador era un encantador maligno, y habia hecho que su dinero y las ganancias se fueran sin saber cómo á su casa. Pedro se defendió esforzadamente; pero las apariencias eran contrarias á su justificacion. Ezequiel dijo que haria la relacion del caso á todos los de la Selva Negra, y el patron que iria á la ciudad á la mañana siguiente muy temprano á presentar queja de Pedro por encantador, y añadió que habian de vivir lo bastante para verle quemado. Cayeron entonces sobre Pedro, le arrancaron á pedazos su chaqueta y le arrojaron fuera de la puerta.

Ni una estrella se divisaba en el cielo cuando Pedro se escabullia hácia su casa con melancólico talante, y, sin embargo, podia percibir una figura oscura que daba zancadas inmediata á él, y que al fin le habló así:

—Todo se acabó para tí, Pedro Munk, ya tuvo fin tu grandeza, y yo podia haberte avisado esto ántes cuando no quisiste escucharme y te escapaste en busca del *Vidrierito*. Ahora ya ves lo que sucede á la gente que desprecia mis consejos; pero puedes probar fortuna conmigo una vez más: me interesa tu suerte; nadie se arrepintió jamás de recurrir á mí, y si no te asusta el camino, mañana estaré todo el dia en el bosque pronto á que charlemos un rato si me llamas.

Pedro conoció muy bien al que así le hablaba, y se sobrecogió de terror; no contestó, pero se echó á correr rápidamente hácia su casa.

Cuando Pedro fué á su fábrica en la mañana del lúnes, no habia allí ni un obrero; pero en cambio habia aquella gente, cuyo encuentro nunca es agradable para nadie, á saber: el alguacil y otros tres corchetes.

© Biblioteca Nacional de España

El alguacil dió á Pedro los buenos dias, le preguntó qué tal habia pasado la noche, y despues de estas ceremonias, sacó un papel muy largo en que estaban inscritos los acreedores de Pedro.

—¿Podeis pagar ó no?—preguntó el alguacil con inflexible mirada.—Una respuesta pronta, porque no tengo tiempo para esperar mucho, y hay tres horas buenas que andar de aquí al fuerte.

Pedro, ya desesperado, confesó que no tenia nada, y dejó al alguacil que tasara su casa, patio, factoría y cuadras, carruaje y caballos; y mientras el alguacil y los corchetes andaban por todas partes examinando y apreciando todo cuanto habia, pensó:

—No está lejos el bosque de los pinos, y supuesto que el hombre chico no me ha socorrido, intentaré probar qué tal me va con el hombre grande.

Corrió al pinar con tanta velocidad como si los alguaciles todos fueran en su persecucion por sus huellas. Al pasar el paraje donde habia hablado antes al *Vidrierito*, le pareció que una mano invisible queria detenerle; pero se sacudió para librarse, y corrió más y mejor al límite que tan perfectamente marcara en ocasion anterior. Casi sin aliento, apenas habia llamado ¡Dutch Michael! ¡Dutch Michael! cuando ya el gigante balsero estaba ante él, palo en mano.

—Viniste—le dijo con una sonrisa.—¿Han tratado de desollarte y de venderte á tus acreedores? Bien, ten calma: todas tus desgracias provienen, como ya te he dicho, del *Vidrierito*, de ese renacuajo tan abrochado y tan ridículamente piadoso. Cuando se da algo es preciso hacerlo de todo corazon, y no como ese tacaño; pero ven, continuó volviéndose hácia la selva; sígueme á mi casa, y allí veremos si logramos llegar á un ajuste.

—Llegar á un ajuste—pensó Pedro;—¿qué puede desear de mí, qué puedo yo venderle? ¿Debo hacerle algun servicio ó qué es lo que quiere?

Al principio subieron un escabroso sendero del bosque, y de repente se detuvieron junto á una oscura y profunda quebrada; Dutch Michael se dejó caer por la roca como si esta

© Biblioteca Nacional de España

fuera escalera de mármol; pero Pedro se quedó paralizado por el terror; mas tan pronto como aquel habia llegado al fondo del barranco, se volvió tan alto como un campanario y estiró un brazo como un enjullo, y de él una mano más ancha que mesa de posada, y exclamó en voz que resonaba como campana de funeral:

—Ponte en pié en mi mano y agárrate firme á mis dedos, y no caerás.

Pedro, temblando, hizo lo que se le mandaba; se puso de pié en la mano y se sujetó á los dedos del gigante.

Bajó así mucho en lo profundo; y sin embargo, con gran asombro de Pedro, la oscuridad no aumentaba; por el contrario, la luz del dia aparecia más brillante en el barranco, y apénas podian resistirla sus ojos.

Cuando Pedro bajó, Dutch Michael volvió otra vez á su talla primitiva. Vió Pedro una casa muy parecida por sus buenas condiciones á las habitadas por los más ricos de la Selva Negra.

El cuarto en que fué Pedro introducido en nada se diferenciaba de los que pertenecian á vulgares criaturas, sino en que parecia más solitario.

El reloj de caja de madera en el muro, la inmensa estufa de azulejos, los anchos bancos, el mueblaje, todo era aquí lo mismo que en otra casa cualquiera. Michael le ofreció un asiento junto á la mesa, salió y regresó en seguida trayendo un frasco de vino y algunos vasos. Los llenó y empezó entonces á hablar. Dutch Michael disertó tanto sobre los goces del mundo, sobre países extranjeros, hermosas ciudades y magníficos rios, que concibiendo Pedro un gran anhelo por ver todo esto, se lo dijo á Dutch Michael lisa y llanamente.

—Aunque tuvieras ánimo y fuerza corporal bastantes para emprender alguna aventura, unos pocos latidos de tu nécio corazon te harian temblar del mismo modo que las mortificaciones causadas por los sentimientos del honor, por la desgracia; ¿por qué ha de cuidarse de cosas tales un muchacho sensible? ¿No te encontraste vejado cuando últimamente te llamaron embustero y maligno? ¿Te molestó que el alguacil

© Biblioteca Nacional de España

llegara á tu casa á ponerte en la calle? Bien, dime: ¿qué parte de tu sér fué la que sufrió en aquellos momentos?

—Mi corazon—dijo Pedro, y aplicó su mano contra el suyo palpitante, porque parecia como si estuviese dando latidos de angustia.

—Has tirado—dijo Michael,—no te incomodes ni tomes á mal que te hable así; has tirado muchos cientos de florines dándoselos de limosna á miserables mendigos y á otras gentes indignas. ¿De qué te ha servido? Te han deseado en pago buena salud y bendiciones; pero realmente ¿has tenido salud mejor por ello? Con la mitad del dinero que has malgastado así, podias haber tenido un médico para tí solo. Bendiciones, sí; ¡bonita bendicion echársele á uno encima por deudas y arrojarle fuera de su casa! Y ¿qué era lo que te obligaba á meter la mano en el bolsillo siempre que pidiéndote una limosna descubria su cabeza un harapiento? Tu corazon, lo repito, tu corazon; no eran tus ojos, ni tu lengua, ni tus brazos, ni tus piernas; era tu corazon.

—¿Pero cómo puede uno acostumbrarse tanto á esto, que no lo advierte? Grandes esfuerzos he hecho para reprimir el sentimiento, y sin embargo, mi corazon sigue latiendo é incomodándome.

—Es cierto—replicó el otro riéndose—que tú, pobrecillo, nada puedes hacer para evitarlo; pero dáme tu corazon, que ahora apenas palpita, y tú verás cuán á gusto te encuentras entónces.

—¿A vos? ¿Mi corazon?—gritó Pedro con horror—moriria en el acto. No, nunca, jamás.

—Sí, moririas ciertamente si un cirujano tratase de arrancar el corazon del cuerpo; pero siendo yo quien lo tomo, la cosa varia por completo. Ven aquí, y convéncete.

Diciendo esto, se puso en pié, abrió la puerta de un cuarto, en el cual hizo entrar á Pedro, cuyo corazon se contrajo convulsivamente al cruzar el quicio, pero no se dió cuenta de ello, porque el espectáculo que se le presentó era extraño y asombroso. En algunos vasares de madera estaban colocados tarros llenos de flúido transparente, y en cada uno de estos habia un corazon: los frascos tenian rótulos con nombres es-

© Biblioteca Nacional de España

critos en ellos, que Pedro leyó ansiosamente. Allí estaba el corazon del alguacil de T...; el corazon del Gordo Ezequiel; el corazon del Rey del salon de baile; el corazon del jefe de la selva; allí estaban seis corazones de traficantes en granos, ocho de oficiales reclutadores, tres de corredores: en resúmen, esta era una coleccion de los corazones de la gente tenida en más estima en veinte leguas á la redonda.

—Mira—dijo Dutch Michael,—todos estos se han desprendido de los cuidados y ansiedades de la vida; ninguno de estos corazones late ya con pena ó incomodidad, y sus apreciables propietarios están muy cómodos por haber desterrado de sus casas al intranquilo huésped.

—Pero ¿qué es lo que llevan interiormente en su lugar? —preguntó Pedro, que estaba á punto de desmayarse por lo que veia.

—Esto,—replicó el otro sacando del morral un corazon de piedra que le enseñó.

—¡Qué!—contestó Pedro, quien no pudo reprimir el estremecimiento que de pies á cabeza le conmovió.—¿Un corazon de mármol? Pero escuchad, Herr Dutch Michael, ¿esto á la fuerza debe dar mucho frio estándo en el interior del pecho?

—Sí; pero un frio muy agradable; y ¿por qué ha de estar el corazon caliente? En invierno no te sirven de nada sus palpitaciones; un buen cordial es de mucha más utilidad que un corazon caliente; y en verano, cuando todo quema y tuesta, no puedes figurarte qué refrescante es un corazon de piedra; además, como ya te he dicho, jamás palpita por la angustia ni el temor, por loca piedad, ni por otra incómoda emocion.

—¿Y esto es todo lo que podeis darme?—preguntó Pedro con descontento.—Esperaba dinero y quereis darme una piedra.

—Bueno. Pienso que con cien mil florines tendrás bastante por ahora, y si los manejas hábilmente, pronto serás un millonario.

—¡Cien mil!—gritó el pobre carbonero gozosamente;—no herid tan violentamente mi corazon; pronto llegaremos á una buena inteligencia; bien, Michael, dadme la piedra y el dinero, y sacadme este péndulo de su caja.

© Biblioteca Nacional de España

—Siempre te creí un muchacho sensible—dijo el Dutch con una sonrisa amistosa.—Ven, bebamos otro vaso de vino y entonces contaré el dinero para dártelo.

Se sentaron, pues, juntos para beber en el otro cuarto, y trago va, trago viene, siguieron hasta que Pedro cayó en profundo sueño.

El carbonero Pedro Munk se despertó al alegre sonido de una trompa de correos y se encontró sentado en un hermoso carruaje que rodaba por un ancho camino, y vió la Selva Negra detrás de él separada por la distancia que da á todos los objetos un tinte azul. Al principio apenas pudo creer que era él mismo quien iba en el coche, porque hasta sus vestidos eran diferentes de los que llevaba el dia anterior. Sin embargo, lo recordaba todo con tanta claridad, que al fin dejó de meditar y exclamó:

—El carbonero Pedro Munk soy yo, esto es evidente; no puedo ser otro.

Asombrado estaba de sí mismo y de no sentir ni la más remota tristeza al abandonar por vez primera el tranquilo hogar y el bosque donde habia vivido durante tanto tiempo; ni aun al acordarse de su madre, quien quedaba sin apoyo y en la miseria, asomó una lágrima á sus ojos ni exhaló un suspiro: todo le parecia asunto de ninguna importancia.

—¡Ah! en verdad—dijo entónces,—lágrimas y sollozos, malestar interno y melancolía, todo proviene del corazon, y gracias á Dutch Michael, el que yo tengo es frio y de piedra.

Puso una mano en su pecho; todo estaba quieto; ni un latido, ni una pulsacion, nada.

—Si cumple su palabra del mismo modo en cuanto á los cien mil del pico como la ha cumplido respecto á mi corazon, será una delicia—dijo, y empezó á registrar su coche.

Encontró ropa de todas clases, cuanta pudiera desear; pero no dinero. Al fin, dió con una bolsa, y descubrió algunos miles de thalers en oro, y letras sobre varias casas de diversas grandes ciudades.

—Ya tengo ahora cuanto deseaba—pensó, se arrellanó cómodamente en su carruaje, y salió en él al ancho mundo.

Dos años estuvo viajando; miraba por las ventanillas del

© Biblioteca Nacional de España

coche á derecha é izquierda á todas las casas que pasaba; cuando se detenia, se fijaba solamente en la muestra de la posada, salia en seguida á recorrer la ciudad, y hacia que le enseñaran lo más digno de verse; pero nada le proporcionó placer, ni las pinturas, ni las casas, ni la música, ni el baile: su corazon no tomaba parte en nada bello. No le quedaban más placeres que comer, beber, dormir; y así, mientras estuvo viajando por el mundo, vivió sin objeto, comiendo por divertirse y durmiéndose de hastío. De vez en cuando, recordaba, es verdad, que era más feliz y experimentaba una alegría mayor cuando era pobre y tenia que ganar el pan con el sudor de su frente. Entónces, todas las hermosas vistas del valle; entónces la música y el canto le habian proporcionado los mayores deleites; entónces habia estado horas enteras complacido con la simple racion que su madre acostumbraba á traerle al monton que quemaba. Cuando así pensó en el pasado, le pareció muy extraño que ahora nunca pudiera sonreir cuando anteriormente acostumbraba reirse á la más pequeña chanza; ahora, cuando otros se reian, si llegaba él á mover sus lábios era por cortesía; pero su corazon jamás reia con ellos. Comprendió que todo lo que le rodeaba le era indiferente, pero que no estaba contento. No era malestar interno ni melancolía, sino una vida en blanco, cansada, sin gozo lo que al fin le hizo regresar á su pátria.

Cuando salió de Strasburgo y apercibió los oscuros bosques pátrios; cuando por vez primera contempló de nuevo las formas poderosas, los ingénuos y amistosos rostros de los habitantes de la Selva Negra; cuando á su oido llegaron los sonidos de la pátria, llenos y profundos como acentos de bienvenida, llevó su mano rápidamente á su corazon, porque su sangre corria más deprisa, é imaginó que necesitaba llorar y regocijarse al mismo tiempo; pero ¿cómo pudo ser tan nécio? ¿No tenia un corazon de piedra que es inanimado y ni puede llorar ni reir?

Fué á visitar primero á Dutch Michael, que le recibió con su usual y antigua amistad.

—Michael—dijo,—ahora he viajado y lo he visto todo; pero todo es poco interesante y de todo estoy aburrido. Verdad es

© Biblioteca Nacional de España

que este pedazo de piedra que llevo en mi pecho es una gran defensa para mí, porque jamás estoy colérico ni triste; pero tampoco siento nunca ningun placer y parece que vivo á medias. ¿No podiais hacer este corazon de piedra capaz de alguna pequeña emocion, ó lo que seria aun mejor, devolverme el viejo? Me habia acostumbrado á él en el espacio de veinticinco años, y si algunas veces me molestaba un poco, era, sin embargo, un corazon alegre y propenso al regocijo.

El espíritu del bosque rió espantosa y amargamente.

—Cuando mueras, Pedro Munk—respondió,—no carecerás por más tiempo de él; entonces tendrás tu dulce y sensible corazon otra vez, y entonces sabrás si produce pena ó alegría; pero en este mundo ya nunca puede ser tuyo. Bien, Pedro; has viajado ciertamente; mas el modo de vivir que has tenido en tus viajes, de nada podia servirte. Establécete ahora en algun sitio del bosque, fabrica una casa, toma esposa, acrecienta tu fortuna; lo único que necesitas es algun entretenimiento; te cansaste porque estabas ocioso, y ahora quieres echar toda la culpa al inocente corazon.

Comprendió Pedro que Michael tenia razon en cuanto al castigo de la ociosidad, y se dedicó á enriquecerse más y más. Michael le regaló otros cien mil florines, y se separaron como verdaderos amigos. Pronto se esparció por la Selva Negra el rumor de que el carbonero Pedro Munk ó Pedro el jugador habia regresado de nuevo y más rico aún que antes.

Todo marchó como anteriormente: si cuando se vió á punto de pedir limosna fué arrojado de todas las puertas, ahora, si en la tarde de un domingo se aparecia, todos le estrechaban la mano, le elogiaban su caballo, le preguntaban sobre sus viajes, y cuando otra vez se sentó á jugar fuertes sumas con el Gordo Ezequiel, subió tan alto como siempre en la estimacion pública. No se ocupaba ahora en hacer cristal, y ostensiblemente traficaba en madera; su principal negocio, sin embargo, era en granos y dinero. La mitad de los habitantes de la Selva Negra llegaron poco á poco á ser deudores suyos; prestaba dinero al diez por ciento, ó vendia trigo á tres veces su valor al pobre que no podia pagar. Era ahora íntimo amigo del alguacil de embargos, y si alguno no podia

© Biblioteca Nacional de España

cumplir con Herr Pedro Munk en el dia del vencimiento, el alguacil montaba á caballo con sus subalternos, tasaba casa y bienes, los vendia al instante, y ponia padre, madre, mujer y chiquillos en mitad del arroyo. Al principio causaba esto á Pedro alguna molestia, porque los pobres que se arruinaban sitiaban su casa en gran número; los hombres pidiendo piedad, las mujeres tratando de suavizar su corazon de piedra, y los chiquillos gimiendo por un pedazo de pan; pero despues se proveyó de un par de buenos mastines, y aquel «maullido de gatos,» como él llamaba á las súplicas, cesó en seguida, porque con silbar y azuzar él sus perros, la gente huia dando alaridos. Pero su mayor fastidio era la *vieja*, y esta no era otra que la madre de Pedro, Frau Munkin. Habia caido en la pobreza y en la miseria cuando la casa y fábrica de su hijo fueron vendidas; y cuando Pedro regresó rico, no habia hecho caso de ella. Anciana, débil y enferma, algunas veces venia ahora á un árbol en frente de la casa; jamás se aventuraba más allá, porque una vez habia sido despedida; pena grande le causaba verse obligada á vivir de la benevolencia y caridad de los otros por haberla condenado su hijo á vejez tan despreciada. Pero el corazon frio de este nunca se enterneció á la vista de las pálidas facciones que eran tan familiares para él, con las miradas que le imploraban, con las secas manos que se alargaban para pedirle, con la vacilante figura; y cuando en la noche del sábado se decidia ella á llamar á la puerta, sacaba él de mala gana una moneda pequeña, la envolvia en un papel, y se la enviaba con un criado; oia entonces la temblorosa voz de su madre al dar las gracias y desearle prosperidades en el mundo; la oia separarse de la puerta tosiendo, pero no pensaba más en ella, á no ser para lamentarse de haber gastado su dinero en balde.

Al cabo resolvió Pedro casarse: sabia que no habria un padre en toda la Selva Negra que no le diese con toda voluntad su hija: pero la eleccion era difícil, porque queria que todo el mundo elogiase su buena fortuna y mejor sentido.

Atravesó, con este objeto, á caballo todo el bosque, mirando aquí y allí; pero ninguna de las hermosas doncellas de la Selva Negra le parecian bastante dignas de su amor. Al fin,

© Biblioteca Nacional de España

despues de haber buscado en vano en todos los bailes la más hermosa del sexo bello, oyó un dia que la muchacha de más peregrina belleza y de más virtud de todo el bosque era la hija de un pobre leñador que vivia tranquilamente en el apartamiento, cuidando de la casa de su padre con habilidad y maña, y que jamás se permitia dejarse ver en los bailes ni aun en la feria de Whitsuntide.

Cuando Pedro oyó hablar de esta maravilla, resolvió dirigirse á ella y marchó á caballo á su choza, que le habia sido indicada. El padre de la preciosa Isabel recibió al gran señor con asombro, y más estupefacto se quedó cuando supo que el rico Herr Pedro Munk deseaba ser su yerno.

No se tomó mucho tiempo para reflexionar, pues pensó que toda su pobreza y ansiedades tendrian de este modo término; accedió sin preguntar siquiera á Isabel, y la buena niña fué tan dócil, que llegó á ser Frau Pedro Munkin sin hacer oposicion de ningun género.

Pero la pobre muchacha no escapó tan bien como lo habia soñado. Creia entender á las mil maravillas sus deberes de ama de casa, y, sin embargo, no pudo satisfacer á Herr Pedro. Era compasiva para el pobre, y como su marido era rico, no pensaba que fuera pecado dar una limosna á la pobre mujer que la pidiera ó un trago al estenuado anciano; pero cuando Herr Pedro la vió un dia haciendo esto, dijo con voz colérica y con miradas de enojo:

—¿Por qué estás despilfarrando mi propiedad entre pordioseros y miserables? ¿Qué trajiste tú á mi casa para tirar ahora de ese modo? El cayado de pobre de solemnidad de tu padre bastaria apénas para calentar una cena, y tu desperdicias y arrojas el dinero como si fueras una princesa. Si vuelvo á sorprenderte haciéndolo otra vez, sentirás el peso de mi brazo.

La preciosa Isabel lloró encerrada en su cuarto la dura disposicion de su marido, y á menudo echó de ménos la pobre choza de su padre, y mejor quisiera no haber salido nunca de ella, que vivir con el poderoso Pedro, tan ruin y duro. ¡Oh! si hubiese sabido que tenia un corazon de mármol y que no podia amar ni á ella ni á nadie, no la hubiera, en verdad,

© Biblioteca Nacional de España

sorprendido tanto. Pero siempre que estaba sentada á la puerta y un pobre hombre pasaba y se quitaba el sombrero y empezaba sus lamentaciones, tenia que cerrar y apretar sus ojos para no ver la miseria, y sujetar su mano firmemente para que involuntariamente no se metiese en el bolsillo para sacar una moneda de cobre. Así llegó á suceder que la hermosa Isabel fué censurada hasta en el último rincon del bosque, y que se dijo de ella que era mucho más tacaña que Pedro Munk.

Un dia Frau Isabel estaba sentada en frente de su casa hilando y tarareando una cancion, contenta porque estaba el tiempo hermoso y porque Herr Pedro habia salido al campo á caballo. Aconteció que un viejecito pasó por delante de ella, llevando á su espalda un enorme y pesado saco, y ya desde léjos pudo ella verle jadeante. Frau Isabel le miró con compasion y pensó que un hombre tan anciano y tan débil no debia ir tan pesadamente cargado.

En estas reflexiones se aproximaba el hombrecito, vacilante y sin aliento; y justamente al estar enfrente de Frau Isabel, casi cayó, agobiado por el saco.

—¡Oh! tened piedad de mí, señora, y dadme un trago de agua—dijo el hombrecito;—no puedo ir más léjos y estoy desmayándome.

—Pero á vuestra edad no debiais cargar con tan pesadas cargas—dijo Frau Isabel.

—Verdad seria esto, si la pobreza no me obligara á llevar encargos para ganarme la vida—replicó él.—¡Ah! una dama tan rica como vos, no sabe lo que apremia la pobreza, y qué agradable es algo fresco que beber cuando el calor es tan grande.

Al oir esto, se apresuró Isabel á entrar en su casa, tomó un jarro del vasar y lo llenó de agua; pero cuando volvia con él, y estaba á pocos pasos del viejecito, y le vió sentado en su saco con tal pena y desgracia, sintió por él profunda compasion; y recordando que su marido no estaba en casa, puso á un lado el jarro de agua, tomó una taza y la llenó de vino, colocó un gran pedazo de pan de centeno encima y trajo todo al anciano.

—Aquí está un trago de vino que os aprovechará más que

© Biblioteca Nacional de España

el agua á vuestra avanzada edad—dijo ella;—pero no lo bebais tan pronto y comed el pan al mismo tiempo.

El hombrecito la miró con asombro, y gruesas lágrimas asomaron á sus ojos, bebió y despues dijo:

—Soy viejo; pero he visto muy pocos tan llenos de piedad y que sepan conceder sus dones tan generosa y cordialmente como vos, Frau Isabel; prosperareis más aun por esto en la tierra; vuestro corazon no puede quedar sin recompensa.

—No, y recibirá su premio en el acto—gritó una espantosa voz en cuya direccion se fijó la mirada de Isabel; allí estaba Herr Pedro con un rostro de color de fuego.—¿Te atreves á desperdiciar mi mejor vino para gente que pide limosna y á poner mi taza en lábios de estos pordioseros? Pues toma tu merecido.

Frau Isabel se estremeció é imploró perdon; pero el corazon de piedra no conocia la piedad; hizo chasquear el látigo que tenia en la mano y dió tan tremendo golpe con el puño de ébano en su hermosa frente, que cayó sin vida en los brazos del anciano.

Cuando Pedro vió lo que habia hecho, pareció arrepentirse en el acto; se inclinó á ver si daba todavía algunas señales de vida, pero el hombrecito le dijo con voz muy conocida:

—No te incomodes, carbonero Pedro; era la flor más hermosa y encantadora de la Selva Negra; pero la has estrujado y nunca más volverá á florecer.

La sangre huyó de las megillas de Pedro, que dijo:

—Sois vos, pues, señor tesorero; bien, lo hecho, hecho está y ese seria su destino; espero que no me denunciareis como asesino á la justicia.

—Miserable bellaco—replicó el *Vidrierito*,—¿qué sacaria yo de llevar tu cuerpo mortal á la horca? No es el juicio terrenal el que debes temer, sino otro que es mucho más severo, puesto que has vendido tu alma al Mal.

—Y si yo vendí mi corazon—gritó Pedro,—nadie tiene la culpa sino vos y vuestros engañadores dones; vos, traidor espíritu, me llevásteis á la destruccion, me obligásteis á buscar ageno auxilio, y sobre vos debe caer toda, toda la responsabilidad.

© Biblioteca Nacional de España

Pero apénas habia proferido estas palabras, cuando el *Vidrierito* empezó á crecer y aumentar en proporciones, haciéndose alto y gordo; sus ojos llegaron al tamaño de un plato y su boca semejaba un horno encendido del que salieran llamas. Pedro cayó de rodillas, y á pesar de su corazon de piedra temblaron todos sus miembros como la hoja en el árbol. El espíritu del bosque le agarró por el cuello con garras semejantes á las de un buitre, le hizo girar en redondo como el viento hace con las hojas muertas y le lanzó contra el suelo haciendo crujir sus costillas.

—¡Gusano de la tierra!—gritó con voz de trueno.—Podia aniquilarte si quisiera, porque has pecado contra el Señor de la Selva; pero en agradecimiento á esta muerta que me dió alimento y bebida, te concederé ocho dias de respiro. Si no vuelves al buen sendero para entónces, tornaré otra vez y reduciré tus huesos á polvo y te irás de aquí con todos tus pecados.

Era de noche ya cuando algunos hombres que pasaron descubrieron al rico Pedro Munk yaciendo en tierra. Se volvieron y trataron de ver si le quedaba soplo de vida; pero por mucho tiempo sus esfuerzos para hacerle volver en sí fueron vanos. Al fin uno de ellos entró en la casa, trajo un poco de agua y le roció con ella. Pedro entonces exhaló un fuerte suspiro, gimió y abrió sus ojos; miró á todas partes por algun tiempo y preguntó entonces por Frau Isabel; pero ninguno la habia visto. Dió gracias á los hombres por su auxilio, entró tranquilamente en la casa y la registró toda; pero Frau Isabel no estaba en el sótano ni en los pisos altos, y lo que él juzgó por un momento haber sido terrible sueño, resultó ser amarga realidad. Al verse ahora tan completamente solo, extraños pensamientos asaltaron su mente; estaba asustado, porque su corazon seguia siendo frio; pero cuando pensó en la muerte de su mujer, pensó tambien en la suya y de qué manera tendria que ir al otro mundo con la pesada carga de las lágrimas del pobre, de las mil maldiciones que no habian podido suavizar su corazon, de los dolores de las miserables criaturas contra quienes habia azuzado sus perros; abrumado con el silencioso abandono de su madre, con la sangre de la hermosa

© Biblioteca Nacional de España

y buena Isabel; y aun en este mismo mundo, ¿qué satisfaccion podria dar á su anciano padre cuando viniese á preguntarle?—¿Dónde está mi hija, tu esposa?—¿Cómo podria soportar las preguntas de Aquel á quien todos los bosques, mares, montañas y vidas de los hombres pertenecen? Le atormentaban estas preguntas de noche en medio del sueño, y á cada momento le despertaba una dulce voz que le decia:—Pedro, procura un corazon ardiente para tí.—Y cuando despertaba procuraba cerrar otra vez sus ojos en seguida, porque la voz parecia ser la de Frau Isabel que le hacia esta advertencia.

Al dia siguiente fué á la taberna á distraer sus pensamientos, y en ella encontró al Gordo Ezequiel. Se sentó á su lado, hablaron de esto y de lo otro, del buen tiempo, de las contribuciones, de la guerra, y por último de la muerte y de cómo aquí y allí morian este y aquel cuando ménos lo pensaban. Pedro entonces preguntó al Gordo qué pensaba sobre la muerte y sobre lo que sucederia despues. Ezequiel contestó que el cuerpo quedaba enterrado y que el alma subia á los cielos ó descendia á los infiernos.

—¿El corazon se entierra entonces tambien?—preguntó Pedro con ansiedad.

—Sí por cierto; tambien.

—Pero supongamos que uno no tiene su propio corazon—continuó Pedro.

A estas palabras le miró Ezequiel con horror.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Te bromeas conmigo? ¿Quieres decir que yo no tengo corazon?

—¡Oh! corazon te sobra; tan firme como una piedra—replicó Pedro.

Ezequiel le miró fijamente, maravillado; miró alrededor suyo por si habia alguno dentro escuchando, y despues dijo:

—¿Cómo sabes eso? ¿Acaso el tuyo ha dejado tambien de palpitar?

—Ya no palpita; al ménos no palpita aquí, dentro de mi pecho—respondió Pedro Munk;—pero díme, supuesto que ya estás al cabo de todo, ¿qué sucederá á nuestros corazones?

—¿Qué te importa eso, amigo?—dijo Ezequiel sonriéndose.—Todavía te queda bastante que vivir en este mundo, y

© Biblioteca Nacional de España

justamente es una de las ventajas de nuestros frios corazones, que no nos perturbe el sentimiento del miedo al pensar en la muerte.

—Mucho que sí; pero con todo, uno piensa; y aunque ignoro lo que sea el miedo, recuerdo bien cuanto temia yo al infierno cuando era un muchacho inocente.

—Bien, nada bueno nos sobrevendrá—dijo Ezequiel.—Yo pregunté una vez á un maestro de escuela sobre este asunto y me dijo que despues de la muerte los corazones de los hombres se ponian en una balanza para ver cuántos pecados contenian. El corazon ligero se elevaba al cielo; el pesado se hundia, y yo imagino que nuestras piedras tendrán un peso considerable.

—Ciertamente será así—dijo Pedro—y no deja de disgustarme que mi corazon sea tan indiferente y haga tan poco caso cuando pienso en estas cosas.

Así siguieron conversando; pero á la noche siguiente oyó Pedro cinco ó seis veces la misma voz susurrando familiarmente en sus oidos:—Pedro, procúrate un corazon ardiente.—No sintió remordimientos por haber matado á su mujer; pero cuando decia á los criados que habia emprendido un viaje, pensaba siempre:—¿Y en qué direccion estará viajando?

Seis dias trascurrieron de esta manera, y por la noche siempre oia esta voz y siempre pensaba en el espíritu del bosque y en su terrible amenaza; pero á la mañana del siguiente saltó de su cama exclamando:—Ahora veré si puedo procurarme un corazon más caliente, porque esta piedra insensible de mi pecho me hace la vida cansada y llena de desolacion.

Se puso sus mejores ropas, montó apresuradamente á caballo y se dirigió al corazon del bosque.

Allí, en el sitio donde los árboles crecen más apiñados, se desmontó, amarró á un árbol su caballo y con rápidos pasos se dirigió á la cima de la colina; y al estar ante el gran pino empezó su fórmula de encantamiento:

Escucha: desde tiempos fabulosos
Dueño y señor de bosques tan frondosos;
Tú, que un tesoro que por rico asombra

© Biblioteca Nacional de España

Ocultas de los pinos á la sombra;
Tú, que tan solo muestras tu presencia
A quien nació en domingo y ganó ciencia.

El *Vidrierito* se apareció; no con amable y amistoso aspecto como acostumbraba, sino grave y dolorido. Llevaba un gabancito de cristal negro y una gran gasa de crespon colgaba de su sombrero. Demasiado sabia Pedro por quién era aquel luto.

—¿Qué querias de mí, Pedro Munk? preguntó con voz hueca.

—Todavía me queda una cosa que desear, señor tesorero—contestó Pedro con los ojos bajos.

—Qué, ¿son capaces los corazones de piedra de tener deseos?—dijo el otro.—Tienes todo lo que necesitas para tus malas disposiciones y no te concederé desde luego tu deseo.

—Pero me prometísteis tres deseos y no me habeis concedido más que dos.

—Puedo negarlo si es una necedad—replicó el espíritu del bosque.—Sin embargo, oiré lo que digas.

—Entonces sacadme este corazon de piedra y dadme el mio —dijo Pedro.

—¿Fuí yo quien hizo el trato contigo?—dijo el *Vidrierito*. —¿Soy yo Dutch Michael, que tiene toneladas de riquezas y corazones frios? Vé, haz diligencias con él por tu corazon.

—¡Ay! él nunca me lo querrá restituir—respondió Pedro.

—A pesar de que eres muy malo me das lástima—dijo el hombrecito, despues de breves momentos de reflexion.—Ya que tu deseo no es una bobería, no puedo ménos de ayudarte. Escucha, pues: jamás puedes obtener tu corazon á la fuerza, pero sí con maña; eso, tal vez, no será muy dificultoso, porque Michael es, despues de todo, el estúpido Michael, aunque á sus propios ojos sea tan sábio. Vete derecho á él y haz lo que yo te diga.

Dió en seguida instrucciones á Pedro sobre todo lo que debia hacer y le dió una crucecita de cristal puro.

—No puede quitarte la vida, y te dejará ir libre si le ense-

© Biblioteca Nacional de España

ñas esta cruz y haces oracion; ahora bien, si consigues lo que deseas, vuelve á verme á este sitio.

Pedro Munk tomó la pequeña cruz, imprimió en su memoria todas las palabras, y se encaminó á la morada de Dutch Michael. Le llamó tres veces, é inmediatamente se le presentó el gigante.

—¡Conque has matado á tu mujer!—exclamó el gigante con odiosa risa.—Bien hiciste; porque hubiese ella dado toda tu fortuna á los mendigos; sin embargo, es indispensable que salgas del país por algun tiempo; porque cuando se averigüe, y necesariamente llegará á saberse, habrá un gran escándalo. Supongo que necesitas dinero y has venido á buscarlo.

—Habeis conjeturado bien—contestó Pedro;—necesito mucho esta vez, porque América está muy léjos.

Michael echó á andar y condujo á Pedro á su casa. Allí abrió una caja en la cual habia un tesoro, y sacó algunos cartuchos repletos de oro. Contándolos estaba en la mesa, cuando dijo Pedro:

—Sois un tunante, Michael, porque me habeis engañado; yo queria tener una piedra en lugar de mi corazon y que tuvierais vos en cambio este.

—¿Y no es así?—preguntó con estupefaccion Michael.—¿Sientes tú tu corazon? ¿No es tan frio como el hielo? ¿Experimentas alguna sensacion de miedo, pena ó arrepentimiento?

—Lo único que habeis hecho es aquietar mi corazon, suspender sus latidos; pero está en mi pecho lo mismo que anteriormente, y lo mismo le sucede á Ezequiel, quien me dijo que nos habiais engañado: no sois hombre que pueda arrancar el corazon del pecho sin peligro y sin nuestro conocimiento; para hacerlo os veriais obligado á usar de encantos.

—Mas yo te aseguro—gritó Michael con mal humor—que tú y Ezequiel y todos los ricos que han hecho tratos conmigo tienen estos corazones frios y yo tengo sus verdaderos corazones aquí en mi cuarto.

—¡Ah! cuán corrientemente sale la falsedad de vuestra lengua!—balbuceó Pedro sonriéndose—no la hareis creer á nadie. ¿Pensais que en mis viajes no he visto artificios seme-

© Biblioteca Nacional de España

jantes por docenas? Los corazones que hay en vuestro cuarto son todos imitaciones en cera; sois poderoso, riquísimo, lo admito; pero no sois encantador.

El gigante se puso furioso, y abrió de un golpe la puerta del cuarto.

—Entra y lee los letreros; allí, aquel es el corazon de Pedro Munk; ¿ves como late? ¿se podria hacer eso con uno de cera?

—Pues á pesar de todo, de cera es—respondió Pedro;—un corazon efectivo y real no palpita como ese y yo tengo el mio todavía dentro de mi pecho; no, vos no podeis valeros de encantos.

—Te lo voy á probar—gritó el otro coléricamente;—vas á comprender por tí mismo que este es tu corazon.

Destrozó la chaqueta de Pedro, sacó de su pecho la piedra y se la enseñó; despues cogió el corazon, le exhaló su aliento, y lo puso cuidadosamente en su propio lugar. Pedro inmediatamente apercibió sus pulsaciones y la facultad de regocijarse.

—¿Cómo te encuentras ahora?—preguntó Michael sonriéndose.

—Verdad es que teneis razon por completo—respondió Pedro, sacando con cuidado de su bolsillo la crucecita;—no hubiera creido que fuera posible maravilla semejante.

—¿Era ó no verdad? ¿puedo ó no usar encantos? Pero ven, ahora volveré á colocarte la piedra.

—Poco á poco, Herr Michael—exclamó Pedro, retirándose un paso y suspendiendo hácia él la pequeña cruz.—Con queso se cojen los ratones, y por esta vez habeis caido en la ratonera—y empezó inmediatamente á recitar las primeras oraciones que le vinieron á la memoria.

Michael se iba empequeñeciendo y empequeñeciendo cada vez más, cayó al suelo, y se revolcó en él como un gusano, gimiendo y quejándose, mientras que todos los corazones que estaban al rededor latian y palpitaban produciendo un sonido igual al de una relojería. Pedro estaba asustado, empezó á encontrarse muy á disgusto; salió corriendo del cuarto y de la casa, y espoleado por el miedo, trepó la pared de la roca, porque creyó que Michael se habia levantado y daba patadas

© Biblioteca Nacional de España

y lanzaba imprecaciones detrás de él. Cuando llegó á la cima corrió hácia el pinar. Desencadenábase á la sazon una tormenta horrorosa; los rayos caian á un lado y otro de él desgajando los árboles. Logró, sin embargo, llegar con felicidad al territorio del *Vidrierito*.

Su corazon latia alegremente, con la alegría de latir. Miró por primera vez retrospectivamente con tanto horror á su vida pasada, como á la tempestad que habia desolado el hermoso bosque que dejaba á su espalda. Pensó en Frau Isabel, su buena y hermosa mujer, á quien habia matado por avaricia; se vió á sus propios ojos escoria de los hombres, y al llegar á la colina propiedad del *Vidrierito*, estaba llorando violentamente. El tesorero estaba sentado bajo el pino fumando su pequeña pipa, pero aparecia más jovial que ántes.

—¿Por qué estás llorando, carbonero Pedro?—preguntó. —¿No has recobrado tu corazon? ¿está todavía esa fria piedra dentro de tu pecho?

—¡Ay, señor!—balbuceó Pedro—cuando llevaba en mi interior aquel corazon frio de piedra, nunca lloraba; mis ojos estaban tan secos como en Julio los campos; pero ahora mi corazon de otro tiempo está casi roto por lo que he hecho. He precipitado en la miseria á mis deudores; he lanzado mis perros contra el pobre y... vos sabeis demasiado bien de qué manera hirió mi látigo aquella hermosa frente.

—Pedro, has sido un gran pecador—dijo el hombrecito;—el dinero y la ociosidad causaron tu ruina, de tal modo, que tu corazon se convirtió en piedra y ya no pudiste conocer ni la alegría ni el sufrimiento, ni la penitencia, ni la piedad. Pero el arrepentimiento vale mucho; y si yo estuviera seguro de que tu pasado era realmente causa de dolor para tí, algo podria hacer en tu favor *todavía*.

—No deseo más—dijo Pedro dejando caer su cabeza con desconsuelo.—Todo me sobra ya, la vida no tiene para mí alicientes; ¿qué me he de hacer solo en el mundo? Mi madre no puede perdonarme mi conducta para con ella, y ¿quién sabe si habré sido causa de su muerte? ¡qué mónstruo soy! é Isabel, mi esposa... Matadme, sí, matadme, señor tesorero, poned término en seguida á esta miserable existencia.

© Biblioteca Nacional de España

—Bueno—replicó el hombrecito,—si nada más deseas, puedo complacerte; justamente tengo á mano mi hacha.

Entonces tranquilamente sacó la pipita de su boca, la desocupó y la volvió á colocar en su bolsillo. Se levantó lentamente y se fué detrás del pino. Pedro se sentó llorando en el césped; su vida tenia para él ya poco valor, y esperaba pacientemente el golpe mortal. A los pocos minutos oyó suaves pasos detrás de él, y pensó:

—Ya viene.

—Mira hácia arriba otra vez, la última, Pedro Munk—dijo el hombrecito.

Pedro limpió de lágrimas sus ojos, miró y vió... á su madre y á Isabel, su mujer, que le contemplaban tiernamente.

Se levantó de un salto, como por resorte, gozosamente.

—¿No habias muerto, Isabel? ¿y vos estais aquí tambien, madre, y me habeis perdonado?

—Te perdonarán—dijo el *Vidrierito*,—porque sientes verdadero arrepentimiento y todo se dará al olvido. Ahora vete á la choza de tu padre y sé carbonero como en otros tiempos. Si eres un hombre honrado y verdadero, serás honra de tu oficio, y tus vecinos te amarán y respetarán más que si tuvieras diez toneladas de oro.

Con estas palabras se despidió de ellos el *Vidrierito*.

Los tres le elogiaron y bendijeron, y despues se fueron á su casa. La magnífica morada del poderoso Pedro ya no existia; el rayo la habia destruido y quemado todos sus tesoros; pero la choza paterna no estaba muy distante. Hácia ella dirigieron sus pasos, sin que les desazonara la gran pérdida sufrida por Pedro. ¡Pero qué estupefactos se quedaron al llegar á la cabaña! Era una hermosa casa de labranza en la cual todo era sencillo, pero limpio y bueno!

—El buen *Vidrierito* ha hecho esto—exclamó Pedro.

—Cuán hermoso—dijo Frau Isabel;—todo aquí me parece mucho más agradable que en aquella casa grande llena de numerosos criados.

Desde entónces fué Pedro Munk un hombre industrioso y de verdadero corazon. Se contentaba con lo que tenia y trabajaba alegremente. Así sucedió que, prosperando por sus pro-

© Biblioteca Nacional de España

pios esfuerzos, llegó á hacerse amado y respetado en toda la Selva Negra. Ya no se peleó más con Frau Isabel, honraba á su madre y socorria al pobre que llamaba á su puerta.

Cuando al cabo de un año su mujer le hizo el don de un hermoso niño, Pedro fué al pinar y repitió su invocacion; pero el *Vidrierito* no se dejó ver.

—Señor tesorero—gritó Pedro en voz alta—por Dios, escuchadme; nada quiero pediros sino que seais padrino de mi pequeñuelo.

Todavía se quedó sin respuesta; solamente gemia el aliento de la brisa entre los pinos, derribando algunos de sus frutos sobre la yerba.

—Puesto que no me permitís veros, me llevaré estos frutos como recuerdo—dijo Pedro;—se los metió en el bolsillo y regresó á su casa.

Sin embargo, cuando llegó y se quitó su chaqueta de gala, la de los dias de fiesta, y su madre volvió los bolsillos al revés antes de guardarla en el arca, cuatro grandes cartuchos de dinero cayeron, y al abrirlos se encontraron con que eran de buenos thalers nuevos sin una mala moneda. Este era el regalo de padrino que hacia el espíritu del pinar á Pedro.

Así vivieron tranquila y felizmente. Cuando trascurridos algunos años Pedro Munk, ya llena la cabeza de cabellos grises, hablaba con sus amigos, decia frecuentemente: «Más vale contentarse con poco que tener oro y riquezas con un CORAZON FRIO.»

E. G.

FIN.

© Biblioteca Nacional de España

EL PAPA Y LA CARTA MAGNA. (*)

Hace próximamente dos años, hablando del conflicto de San Edmundo de Canterbury con Enrique III por las libertades de la Iglesia, indicaba yo que su contienda fué solamente uno de los muchos períodos de la contínua resistencia á los excesos del trono en apoyo de las leyes y libertades de Inglaterra, sostenida por San Anselmo, Santo Tomás, el arzobispo Langton y San Edmundo y pude añadir á estos nombres el del arzobispo Richard, inmediato predecesor del último. Al dia siguiente se combatió mi afirmacion con la antigua cantilena de que el Papa condenó la Carta Magna. Indiqué entónces sumariamente la distincion, que de nuevo alego hoy, entre el *modo* de obtener la gran Carta y los *contenidos* ó *méritos* de la misma. El primero fué condenado, pero no los segundos.

Antes de entrar en materia no puedo dejar de citar un pasaje del prefacio del profesor Stubbs en su obra *Documentos explicativos de la historia inglesa*. Al hacerlo así debo expresar mi agradecimiento por el servicio que ha prestado á la

(*) El autor de este artículo, el ilustre cardenal Manning, arzobispo de Lóndres, que está interviniendo de un modo principalísimo en la contienda religiosa actualmente planteada en Inglaterra, nació en 1808 en Hertford. Se educó en Oxford, abrazó el catolicismo en 1851, y ha sido desde entónces uno de sus más decididos campeones. En 1865 se le confió el arzobispado de Lóndres, y en 1875 recibió la púrpura cardenalicia.

© Biblioteca Nacional de España

verdad histórica. Su pequeño volúmen no tiene igual en discrecion y criterio.

Describiendo el período en que me ocupaba, dice:

«La situacion política puede describirse en general de este modo: desde la Conquista, los elementos políticos de la nacion se habian dividido en dos partidos, que pueden ser denominados nacional y feudal. El primero comprendia al rey y á la nobleza ministerial, creada por los dos primeros Enriques, la cual, si ménos dotada de riquezas que la de la Conquista, estaba más ámpliamente esparcida y tenia más simpatías inglesas: el otro contenia los grandes nobles de la Conquista, y el cuerpo, siempre grande, pero variable, de vasallos más humildes que se aplicaban con ahinco á proseguir la política del feudalismo extranjero. El partido nacional estaba tambien generalmente en íntima alianza con el clero, cuyo celo por sus propios privilegios se extendia á la defensa de las clases de que principalmente procedia, y cuya reivindicacion de las libertades públicas mantenia en la memoria de las gentes la posibilidad de resistir á la opresion.

»El clero puede dividirse de primera intencion en tres escuelas: la secular ó escuela del estadista, la eclesiástica ó profesional, y la devota ó espiritual. De estas son respectivamente representantes Roger de Salisbury, Enrique de Winchester y Anselmo de Cantorbury. Tomás el mártir combina en su vida más ó ménos los caractéres distintivos de todas. Los tres grados, por los cuales pasó, el de canciller, el de primado y el de candidato para el martirio *(sic venia egregio auctori)*, responden bien á las tres escuelas del clero. En el curso de todo el período, la primera de estas escuelas estuvo resueltamente al lado del rey; la última, con la misma constancia, en favor de la nacion; la segunda, cuando sus privilegios no corrian peligro, como desde la paz de la Iglesia en 1107 á la disputa de Beckett y despues de la conclusion de esta disputa, contínuamente en el mismo campo. No hubo partido del clero que simpatizara nunca con el feudal.» (1)

En otro sitio escribe Mr. Stubbs:

«Desde el principio del siglo XIII la lucha se entabló entre los barones, clero y pueblo de un lado y del otro el Rey y sus partidarios personales, ingleses y extranjeros. Los barones y prelados que extendieron la Carta eran los hijos de los

(1) Stubbs' Documents. págs. 31-32. Oxford 1874.

© Biblioteca Nacional de España

nobles ministeriales de Enrique II, los imitadores de San Anselmo y San Hugo, de Enrique de Winchester y de Tomás de Canterbury» (1).

Si los prelados espirituales estaban con el pueblo, ¿no estaban tambien ciertamente con el Papa, por el cual fueron canonizados? ¿Cómo entónces no estaba el Papa con el pueblo y por sus libertades cristianas?

Probaré ahora lo que he dicho, que los barones y no el contenido de la Carta, fueron condenados por Inocencio III.

I.

Examinemos los antecedentes del conflicto entre Juan y los barones, del cual se originó la Carta Magna.

Es de todo punto imposible formar una idea adecuada de este conflicto sin retroceder al reinado de nuestros primeros reyes. Mr. Stubbs, en su valiosa obra *Memorias de San Dunstan*, da el *Promisio Regis*, ó el voto hecho en su coronacion por el rey sajon Edwy, que es como sigue:

«Este escrito está copiado letra por letra del que el arzobispo Dunstan entregó á nuestro señor en Kingston en el dia que le aclamaron rey; y él le prohibió dar prenda ninguna, excepto esta prenda que depositó en el altar de Cristo, segun las instrucciones que le dió el obispo: «En el nombre de la Santa Trinidad prometo tres cosas al pueblo cristiano, mis súbditos: primera, que la Iglesia de Dios y toda la gente cristiana de mis dominios conservarán verdadera paz; segunda, que prohibo el robo y todo lo malo á todas las clases; tercera, que prometo y ordeno en todos los juicios justicia y merced, para que Dios misericordioso, con su piedad infinita, pueda perdonarnos á todos los que viven y reinan» (2).

Aquí tenemos el gérmen de los juramentos y Cartas de los tiempos normandos.

Puede ser verdad que no existiera ningun código muy pre-

(1) Stubbs'Documents, pág. 33, Oxford, 1874.
(2) Memorials of S. Dunstan, pág. 355.

© Biblioteca Nacional de España

ciso al cual recurriese el pueblo de Inglaterra, despues de la Conquista, como á las leyes del «buen rey Eduardo.» A pesar de eso habia una tradicion de libertades eclesiásticas y populares bien conocidas, en parte escritas, pero en su mayoría no escritas, procedentes de la legislacion y usos de los tiempos sajones. Estas libertades fueron violadas con frecuencia aun por los reyes sajones. Eduardo el Confesor manejó una autoridad, debida á su notoria integridad y fidelidad á Dios y á su pueblo, que le permitió promover lo eclesiástico de un modo apenas compatible con la perfecta libertad de las elecciones. Los electores consintieron en lo que fué bien hecho, aunque con hacerlo un buen rey sentara peligroso precedente para los reyes malos. Las leyes y libertades de Inglaterra estaban garantizadas por los juramentos de coronacion de todo soberano. El sajon y el danés juraron de igual manera conservarlas. Guillermo el Conquistador y sus sucesores, de igual modo, se obligaron por su voto de coronacion á respetarlas.

Pero el conflicto entre las libertades tradicionales y las costumbres reales, que empezó antes de la Conquista, se hizo más profundo y ménos tolerable despues de este hecho. El gobierno de nuestros reyes extranjeros era especialmente despótico; y bajo ellos, el choque entre los derechos legales y los usos reales trajo el conflicto de San Anselmo con Enrique I y el martirio de Santo Tomás de Canterbury bajo Enrique II.

Estas leyes y libertades pueden dividirse y clasificarse en dos grupos: primero, libertades de la Iglesia en sus tribunales, propiedades, apelaciones y elecciones; y segundo, libertades del pueblo, con respecto á herencia, impuestos, servicio militar y todo lo análogo.

Un solo ejemplo necesitamos que servirá de ilustracion y prueba de lo que sostengo.

Enrique I en su coronacion, promulgó una Carta de libertades. Es, en resúmen, una amplificacion del juramento de coronacion, y dice como sigue:

«En el nombre de Cristo, prometo al pueblo cristiano sujeto á mí, estas tres cosas: Primera, que ordenaré, y en cuanto esté en mi poder cuidaré de que la Iglesia de Dios y todo el

© Biblioteca Nacional de España

pueblo cristiano gocen de verdadera paz en todos tiempos por nuestra voluntad; segunda, que prohibiré la rapacidad é iniquidad en todas las clases; tercera, que dispondré la equidad y merced en todos los juicios; Dios, que es piadoso y misericordioso, pueda concederme á mí su gracia» (1).

Esta fué la obligacion contraida con el pueblo por su rey, por la cual recibió la triple sancion de ser elegido por la nacion, ungido por la Iglesia y reverenciado por sus vasallos. Este juramento es asimismo una limitacion á los excesos de Guillermo I y de Guillermo el Rojo. Es tambien una renuncia de las ilegales costumbres del último y una restauracion de la legítima libertad del pueblo. Esto, verdaderamente es lo que se intentaba con las «Leyes del rey Eduardo.» Y en estos detalles vemos exactamente las causas del conflicto, á saber: la opresion de la Iglesia por el poder real en el caso de vacantes y elecciones y la opresion de los barones y terratenientes por exacciones de dinero é impuestos (2).

La carta de Enrique I dice como sigue:

«En el año 1051 de la Encarnacion de Nuestro Señor, Enrique, hijo del rey Guillermo, despues de la muerte de su hermano Guillermo, por la gracia de Dios rey de los ingleses, á todos los fieles salud.

1.° Sabed que por la merced de Dios y comun consejo de los barones del reino entero de Inglaterra, y por cuanto el reino ha sido oprimido por injustas exacciones: Yo, en el temor de Dios, y por el amor que tengo hácia vosotros, primeramente declaro libre la Santa Iglesia de Dios, de modo que no venderé ni empeñaré sus bienes, ni á la muerte de arzobispo, obispo ó abad recibiré nada del dominio de la Iglesia, ni de sus miembros hasta que entre en su puesto un sucesor. Y todas las malas costumbres por las que el reino de Inglaterra ha sido oprimido injustamente las suprimiré, cuyas malas costumbres aquí incluyo en parte.»

Siguen despues los artículos.

El segundo se refiere á la herencia.

El tercero y cuarto á viudas.

El quinto á la acuñacion de moneda y á la falsa.

(1) Stubbs' Documents, pág. 99.
(2) Idem, pág. 99.

© Biblioteca Nacional de España

El sexto á alegatos y deudas; los seis siguientes á derechos, seguridades, asesinato, bosques y otros parecidos.

El décimotercio: «Os devuelvo la ley de Eduardo I, con las enmiendas que le hizo mi padre, aconsejado por sus barones» (1).

He dado más detallado este bosquejo de la Carta de Enrique I, porque es en gérmen la Carta Magna de Runnymede. En el reinado siguiente Estéban dió dos Cartas expresamente en los mismos términos. La primera, que es la más corta, dice lo siguiente:

«Sabed que he concedido, y por esta mi presente carta he confirmado, á todos mis barones y hombres de Inglaterra, todas las libertades y buenas leyes que Enrique, rey de los ingleses, mi tio, les dió y concedió; y les concedo todas las buenas leyes y buenos usos que tuvieron en tiempo del rey Eduardo.»

Sin embargo, Estéban entró en guerra con sus barones y sus obispos. Ambas partes pelearon con tropas extranjeras mercenarias, para desgracia grande del pueblo inglés (2).

Enrique II juró en su consagracion respetar las mismas leyes y libertades. Tambien promulgó una carta de libertades, y en un Parlamento en Lóndres «renovó la paz y leyes y costumbres que se observaban desde tiempos remotos en toda Inglaterra» (3). Durante todo su reinado trató Enrique de reforzar sus reales «costumbres» el *avitas consuetudines* de sus antepasados, contra las leyes y libertades de Inglaterra. En una ocasion, cuando juró por los ojos de Dios que eximiria de ciertos tributos á los colonos, Santo Tomás, para proteger al pueblo de una costumbre opresora, se le presentó diciéndole: «Por los ojos por que habeis jurado, ni un penique será pagado en toda mi tierra.» Las Constituciones de Clarendon estaban en directa oposicion á las leyes y libertades que el rey se habia obligado á observar por juramento y por Carta; violaban las libertades de la Iglesia en sus tribunales, apelaciones y elecciones.

(1) Idem, pág. 100.
(2) Idem, pág. 114, 119.
(3) Idem, pág. 129.

© Biblioteca Nacional de España

En el reinado de Enrique II el conflicto fué principalmente con Santo Tomás y la Iglesia. Los barones apoyaban al rey, que era el más fuerte, sin conocer que estaban de este modo preparando una calamidad, un azote contra sus mismas espaldas, y que su turno llegaría en seguida. En verdad, el conflicto es siempre uno y el mismo: el rey unas veces contra los barones, otras contra los obispos; otras contra las dos colectividades, siempre es el mismo en su género; esto es, las prerogativas régias, violando las leyes y libertades civiles y eclesiásticas del pueblo inglés.

Llegamos ya al reinado de Juan. Dice Mr. Stubbs que el de Ricardo había separado los intereses de la corona de los del pueblo. El reinado de Juan unió los del pueblo y los de los barones en la más íntima armonía. Los de los unos y los de los otros sufrieron igualmente por impuestos arbitrarios y excesivos, por falta de justicia, por exacciones de servicio militar fuera de Inglaterra, esto es, en Francia, ultrajes de todas clases, públicos y domésticos. Antes de entrar en detalles, haré una pintura del rey Juan sacada de un historiador moderno.

Mr. Greene en su *Historia del pueblo inglés*, libro de gran valor, aunque lo aminoran grandes inexactitudes, como sucede con los escritos históricos de lord Macaulay, cita en inglés el verso del antiguo cronista:

«*Sordida fœdatur, fœdante Johanne, Gehenna*

«El infierno mismo se vuelve más inmundo con la presencia del malvado Juan.» El terrible veredicto de los contemporáneos del rey ha pasado al sóbrio juicio de la historia. En el fondo de su alma, Juan era el vástago peor de los angevinos. Unía en un conjunto de maldad, su insolencia, su egoismo, su lascivia sin freno, su crueldad y tiranía, su falta de vergüenza, su supersticion, su cínica indiferencia por la verdad y el honor. Siendo aun niño, había arrancado con alegría brutal las barbas á los jefes irlandeses que vinieron á reconocerle como señor suyo. Su ingratitud y perfidia habían llevado á su padre á la tumba. Para su hermano fué el peor de los traidores. Toda la cristiandad le creyó asesino de su sobrino Arturo de Bretaña. Había abandonado una esposa y era infiel á otra. Eran sus castigos refinamientos de crueldad,

© Biblioteca Nacional de España

dejar morir de hambre á niños, aplastar á ancianos bajo capas de plomo. Su córte era un burdel en donde ninguna mujer estaba á salvo de la concupiscencia real, y donde se gozaba su cinismo en publicar la vergüenza de su víctima. Era tan cobarde en su supersticion como atrevido en su impiedad. Hacia escarnio de los sacerdotes y volvia la espalda en la misa aun en medio de las solemnidades de su coronacion, pero no daba un paso ni emprendia jornada sin colgar reliquias de su cuello» (1).

En su coronacion en 1199, juró Juan, en las manos de Huberto, arzobispo de Canterbury, conservar las libertades de la Iglesia y las leyes territoriales (2).

En el año 1200, empezó Juan su carrera de tiranía apoderándose de todas las posesiones del arzobispo de York (3). El arzobispo excomulgó á los auxiliares que habian tomado su señorío. Juan se encolerizó por esto, pero todavía más porque el arzobispo habia prohibido el cobro de un impuesto de arado en su diócesis.

En el año 1203, los imprudentes vicios del rey y la pérdida de sus castillos en Normandía, fueron causa de que los barones que estaban con él en Francia, abandonasen la córte (4). Volvió entónces á Inglaterra y exigió á los barones una sétima parte de sus bienes; cometió tambien con violencia toda clase de rapiñas contra la Iglesia y los conventos (5).

Juan se habia mostrado vicioso, sensual, violento, falso, tiránico y violador del voto de su coronacion por infracciones de las libertades de la Iglesia y de las leyes del territorio; pero hasta aquí la autoridad y política del arzobispo Huberto le habian sujetado algun tanto. En 1205 murió el arzobispo; y al saber su muerte Juan dijo con extraordinario júbilo: «Ahora por vez primera soy rey de Inglaterra» (6).

Desde esta fecha empieza un nuevo capítulo en la historia de Juan.

---

(1) Greene's History of the English People, pág. 118.
(2) Matthew Paris. Ed. Madden, London, 1866, vol. II, pág. 80.
(3) Matthew Paris, pág. 87.
(4) Matthew Paris, págs. 96, 97.
(5) Matthew Paris, pág. 99.
(6) Matthew Paris, pág. 104.

© Biblioteca Nacional de España

Con objeto de sentar á la fuerza á su favorito, Juan de Fray, en la Silla de Canterbury, sujetó la libertad de los electores.

El Papa anuló la eleccion y escogió á Estéban Langton, que era ya cardenal, cura de San Crisógeno. Esto sucedió en el año 1207. Fué elegido por los monjes y consagrado en Roma. Juan furioso rehusó recibir al arzobispo y arrojó de Inglaterra á los monjes de Canterbury. El Papa, despues de enviar muchos negociadores y de escribir muchas cartas al rey sin efecto, amenazó con lanzar un entredicho sobre el reino. Juan persistió en su obstinacion, y el entredicho se promulgó el 23 de Marzo de 1208. Entonces él confiscó las propiedades de los obispos, abades, priores y clero; y se apoderó de todos los bienes para su uso particular (1). Cometió toda clase de indignidades personales y crueldades contra los eclesiásticos. Conociendo que sus enormidades le habian enagenado á los barones, trató de obligarlos á renovar su vasallaje. Su despotismo llegó á ser vejativo hasta en los menores detalles. Prohibió la crianza de pájaros en Inglaterra, y mandó que los setos y zanjas que protegian los sembrados fuesen destruidos. Exigió sumision á todos los propietarios de terrenos, aun á los muchachos de doce años de edad: obligó con este objeto á los de Gales á venir á Urodstock. Volvió entonces sus extorsiones y crueldades, que bien conocidas son, contra los judíos, sin distincion de sexos. En el año 1210 sacó por violencia *vellent nollent* cien mil libras esterlinas del clero, á lo que Matthew Paris llama *exactio nefaria*. Al mismo tiempo mataba de hambre á la esposa é hijo de uno de sus nobles (2). La rapiña y violencia de Juan para todas las clases de su pueblo siempre en progresion creciente se hicieron cada vez más intolerables, por lo que el Papa dispensó de fidelidad á sus súbditos que apelaron ante él y les prohibió reunirse á él *in mensa, consilio et colloquio*. Geoffus de Norwich, juez del tesoro, resignó por consecuencia su empleo. Fué metido en prision y cargado con una capa de plomo, bajo cuyo peso murió pronto (3). Muchos nobles, prelados y

(1) Matthew Paris, pág. 114.
(2) Matthew Paris, págs. 119-124.
(3) Matthew Paris, pág. 126.

© Biblioteca Nacional de España

otros personajes huyeron de Inglaterra y murieron en la emigracion. Por mandato de Juan veinte y ocho jóvenes, entregados por los de Gales como rehenes, fueron ahorcados en Nothingham antes de tomar él su alimento. Se le avisó entonces de la defeccion de sus barones, á los cuales, por terror, arrancó hijos, sobrinos y parientes cercanos como rehenes.

He tomado sencillamente los principales puntos de la narracion de Matthew Paris; pero es imposible dar una idea completa de la desgracia del pueblo de Inglaterra bajo la tiranía de Juan. Un grito perpétuo iba de unos á otros en toda la tierra. Se ha dicho que apenas hubo una familia noble, en la cual Juan no hubiese señalado la indeleble marca de alguna ofensa moral. He puesto brevemente estas cosas juntas para demostrar que el Papa habia ejercido siempre su autoridad en favor de la causa del pueblo, protegiendo sus libertades y leyes. Todo el poder de Inocencio se usó en restringir la violencia del rey. Cuando, como ya se ha visto, de nada sirvió, el arzobispo, con los obispos de Lóndres y Ely, manifestaron ante el Papa las múltiples rebeliones y enormidades de Juan, *multimodas rebelliones et enormitates*. El Papa, entónces, con el unánime asentimiento del pueblo inglés, con la sola excepcion de los partidarios de Juan, pronunció la sentencia de deposicion contra él (1).

En vista de ella, Juan exigió de todas las casas religiosas una declaracion de que lo que él les habia arrancado por fuerza le habia sido dado por ellas expontáneamente. En 1213, el arzobispo y los obispos, con el concurso de los barones y el pueblo promulgaron la sentencia de deposicion, de cuya ejecucion estaba encargado el rey de Francia. Grandes preparativos militares se hicieron con este objeto en Francia, y de igual modo reunió Juan numerosas fuerzas en Kent, á pesar de que él sabia que estaba excomulgado y depuesto, detestado por su pueblo, abandonado por sus barones, exceptuando á unos pocos partidarios, y amenazado de invasion por un poderoso enemigo. En este aprieto le encontraron dos templarios en

(1) Matthew Paris, vol. II, pág. 130.

© Biblioteca Nacional de España

Dover y le dijeron que le quedaba abierto un camino de escapar; que ellos eran enviados de Pandolfo, quien estaba en la costa de Francia, para proponer una entrevista; que si queria someterse y obedecer á la Iglesia, todo podria aún arreglarse. De no hacerlo, dijeron, el rey de Francia tenia cartas de casi toda la nobleza de Inglaterra, prometiéndole fidelidad (1).

Matthew Paris hace la relacion siguiente de estos sucesos:

«Cuando el rey hubo oido estas cosas estaba humillado, aunque contra su voluntad, y perturbado en su mente, viendo que el peligro de la confusion pendia sobre él por todas partes. Sumido, por tanto, en la desesperacion, consintió, de buen ó mal grado, en las persuasiones de Pandolfo y ajustó la paz en forma para él vergonzosa.

». . . . . En resúmen, el rey, poniendo á un lado el rencor contra todos, llamó á todos los que habia proscrito y dió indemnizacion por todas las ofensas y pérdidas (2).»

En otra entrevista en Dover, en 15 de Mayo de 1213, Juan resignó su corona al Pontífice, como feudatario de la Santa Sede. Al siguiente dia de San Miguel, en la iglesia catedral de San Pablo de Lóndres, renovó Juan su sumision á Nicolás, cardenal obispo de Túsculo. La letra de este acto es la siguiente:

«Queremos que se sepa, que por cuanto hemos ofendido á Dios en muchos respectos, y á nuestra Santa Madre la Iglesia, y tenemos, por consiguiente, gran necesidad de misericordia divina, y nada tenemos que podamos dignamente ofrecer en satisfaccion á Dios y á la Iglesia, sino Nos mismo y nuestro reino:

»Por lo tanto estando deseosos de humillarnos por Él (que se humilló por nosotros hasta morir) movidos por la gracia del Espíritu Santo, no guiados por la fuerza, ni obligados por miedo, sino por nuestra libre buena voluntad, y por *el consejo comun de nuestros barones*, ofrecemos y concedemos libremente á Dios y á los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y á la Santa Iglesia Romana. . . . . el reino de Inglaterra é Irlanda, etc., etc.» (3).

---

(1) Matthew Paris, vol. II, pág. 134.
(2) Matthew Paris, vol. II, pág. 135.
(3) Rymer, Fœd. tom. I, pág. 176.

© Biblioteca Nacional de España

Lingard, no sin razon, llama á este acto desgraciado. Lo fué ciertamente para Juan, porque al hacerlo no era sincero. Era un esfuerzo para conquistarse la ayuda del Papa contra los barones. Estos habian invocado la autoridad del Papa contra él; pero él, haciendo al Papa su feudal soberano, trató de protegerse contra ellos. Por el mismo acto pensó destruir tambien las esperanzas del rey de Francia. Era un acto de astucia, simplemente producido por interés y miedo. En este sentido puede ser llamado con justicia acto desgraciado. ¿Pero era el vasallaje ó dependencia feudal de la cabeza del mundo cristiano una desgracia para los reyes? Si así es, Juan no estaba solo en su vergüenza. Tal era la condicion de la mayor parte de los príncipes de la cristiandad: más aún, eran vasallos unos de los otros. El rey de Escocia era vasallo del de Inglaterra y este del de Francia. Ambos fueron á menudo vistos en público de rodillas, jurando homenaje y prestando respeto á su señor feudal. Juan estaba presente cuando Guillermo de Escocia rindió su corona al rey de Inglaterra, y nueve años antes Pedro de Aragon, voluntariamente, se hizo vasallo de Inocencio III, obligándose á pagar anualmente doscientas cincuenta onzas de oro á la Santa Sede. El mismo padre de Juan, Enrique, fué feudatario del Papa Alejandro III. Enrique II reconoce esto en una carta escrita al Papa, conservada por Pedro de Blois, su secretario. En el año despues de su absolucion, escribia así: *Vestræ jurisdictionis est Regnum Angliæ, et quantum ad feudatarii juris obligationem vobis duntaxat obnoxius teneor et astringor* (1). Ricardo, hermano de Juan, resignó su corona al emperador de Alemania, y la conservó mediante el pago de una renta anual. Juan no hizo más ni ménos que todos estos habian hecho antes que él. Pero el aguijon para los ingleses es que el rey de Inglaterra se hizo vasallo de un sacerdote italiano. Y los cuentos de niños que pasan por historia en Inglaterra han ocultado el hecho de que todo el imperio cristiano de Europa estaba fundado en el mismo principio. El poder civil supremo de la cristiandad era dependiente de la suprema autoridad espiri-

(1) Lingard, vol. II pág. 19. note.

© Biblioteca Nacional de España

tual. Los Pontífices crearon el imperio de Occidente; confirieron la dignidad imperial por consagracion; fueron los últimos jueces de los actos del emperador, con poder de deposicion y privacion. El mundo cristiano de aquellos dias no consideraba como una desgracia esta sagrada jurisprudencia imperial.

Entendamos, sin embargo, lo que envolvia la dependencia feudal. No creaba la responsabilidad de deposicion, porque Juan habia sido ya depuesto. Todos los príncipes cristianos por la jurisprudencia que estaba entónces en vigor hallábanse sujetos á la deposicion; pero la relacion feudal está expresada en la forma del juramento prestado por Juan. Promete fidelidad á su señor en feudo, y se obliga á defenderle de toda conspiracion y peligro, y á revelarle todos los planes y á defender el patrimonio de Pedro (1).

Un *feudum* es una posesion inmueble, tenida para su *dominium utile* ó usufructo, de un superior que tiene el *dominium supremum*, ó soberanía, con la condicion de fidelidad y servicio personal.

Juan, por tanto, rindiendo su corona, se obligó á ejercer su poder real en conformidad con la ley. La cabeza del mundo cristiano se hizo fiadora de esta obligacion; pero todos los príncipes cristianos estaban obligados á usar su poder en conformidad con la ley. La sumision de Juan no privó á su pueblo del poder legislativo, sino que por ella se obligó el rey ante el Papa á observar fielmente las leyes del país, tales como el pueblo las habia hecho. Su dependencia del Papa era para la conservacion de las libertades del pueblo. Reconocido está por todos los historiadores que hasta la entrega de la corona el Papa habia apoyado al arzobispo, á los barones y al pueblo contra el rey. El habia *multipliciter et multoties*, en multitud de veces y formas, como dice Matthew Paris, amonestado, aconsejado, reconvenido amistosamente, amenazado á Juan para traerle á la ley y á la razon; pero Juan persistia en despojar, robar, molestar, afligir, ultrajar á su pueblo con daños privados y guerras públicas. Todos los remedios habian fra-

(1) Rymer, Fœd. tom. I. pág. 177.

© Biblioteca Nacional de España

casado. Excomunion, entredicho, deposicion, todo se habia intentado en vano. Al fin Juan se rinde. Inocencio prevalecia por vez primera: se hizo por esto el árbitro aceptado por ámbas partes contendientes. Los barones, por conducto del arzobispo, y tambien directamente y en persona, habian invocado mucho tiempo su auxilio. Juan no queria escuchar: al fin se sometió, y fueron los barones partícipes y consejeros de su acto de sumision. El Gran Consejo de los barones tomó parte en el acto. La cesion de la corona fué hecha por su consejo y con su consentimiento (1). Habian sufrido bajo Juan y sus antecesores hasta que Inglaterra estuvo herida y destrozada por la guerra civil y desolada por la discordia. Al fin, ellos y la cabeza del mundo cristiano habian hecho que Juan se sometiera á la ley de la cristiandad. Su objeto fué la salvacion de Inglaterra. Tan claro es como el dia que Inocencio se propuso la proteccion del pueblo y de las leyes y libertades de Inglaterra contra la tiranía, perfidia y vicios personales del peor de los reyes. Mil marcos al año ó seis mil libras esterlinas, esto es, setecientas de Inglaterra y trescientas de Irlanda, fueron requeridas en reconocimiento de la dependencia feudal. Cuando se compara esta suma con la concedida solo á los obispos como indemnizacion, á saber: cien mil marcos ó seiscientas mil libras esterlinas, se ve que es un mero censo.

Y aquí es de gran importancia que quede fuera de toda duda la parte activa que tomaron los barones en la dejacion de la corona. Eran ellos el partido nacional; representaban al pueblo de Inglaterra; han sido representados en todas las historias, grandes y pequeñas, como los partidarios de las libertades de Inglaterra. En ellos, se nos dice, fueron condenadas las libertades de Inglaterra, malditas mas bien por el Papa.

Ahora bien, como llevo dicho, tenemos evidencia positiva de que fueron consejeros y partícipes del acto de rendicion ó cesion.

Primero, tenemos el testimonio de Guillermo Mauclerc, enviado de Juan en Roma, que describiendo su entrevista con el Papa en el palacio de Letran, manifiesta al rey que llega-

(1) Lingard. vol. II pág. 333.

© Biblioteca Nacional de España

ron despues cuatro enviados de los barones *deferentes litteras Magnatum Angliæ*. La sustancia de las cartas la da Mauclerc como sigue: «que todos los barones de toda la Inglaterra imploraban al Papa para que amonestase y en caso necesario obligase al rey á conservar sin violencia sus antiguas libertades, confirmadas por las Cartas de los antecesores de Juan y por su propio juramento.» Añadia despues:

«Piden al Papa que les ayude en esto, ya que le es bien conocido que se habian opuesto por órdenes del Papa atrevidamente al rey en defensa de la libertad de la Iglesia, y que el pago anual que el rey ha concedido al Papa y á la Iglesia romana, y los otros honores que ha dado á la Iglesia de Roma habian sido concedidos y dados no expontáneamente, ni por devocion, ni aun por miedo, sino *porque ellos le habian forzado*» (1).

La fecha de este documento es 1214, un año despues de la rendicion de la corona.

El acta de dejacion es trasladada de este modo por Matthew Paris: «En 13 de Mayo de 1213, el rey, con Pandolfo, *los Condes*, *los Barones y una gran multitud* se reunió en Dover, y convinieron *unánimemente* en la *forma pacis*, ó compromiso de paz.»

Luego: «El rey de los ingleses y Pandolfo, *cum proceribus regni*, con los próceres del reino, se presentó en la casa de los caballeros templarios de Dover el 15 de Mayo y rindió su corona» (2).

Llegamos ahora á un período crítico, que si se entiende bien, da la llave de la accion y la intencion del Papa en la condena de la Carta Magna.

Juan habia hecho la paz por sumision y por una promesa de observar las leyes y libertades de Inglaterra. Se habia obligado á hacer la restitucion de sus exacciones y expoliaciones. Apenas firmada esta paz, cuando la rompió Juan. Manifiestamente nunca tuvo intencion de guardarla. Su sumision fué sencillamente para tomar la delantera á los barones y renovar su conflicto con nuevas ventajas.

(1) Rymer Fœd. tom. I págs. 184-185.
(2) Matthew Paris, vol. II págs. 135-136.

© Biblioteca Nacional de España

Despues de su absolucion reunió un jurado en San Albano, para determinar la compensacion debida al clero; pero cuidó de estar ausente: de modo que nada se hizo.

Se celebró una segunda reunion en Westminster. Juan otra vez estuvo ausente y otra vez nada pudieron hacer. Entónces salió del país un grito; barones y pueblo juntos pedian el cumplimiento de los compromisos.

Mientras que el consejo estaba reunido, llegaron noticias de que el rey estaba avanzando con fuerza armada. Estaba en camino de hacer la guerra á los barones de Northumberland por negarse á ir con él á las guerras de Francia. El arzobispo Langton le salió al encuentro en Nottingham y le recordó que hacer guerra contra sus vasallos de ligio era una violacion de sus juramentos de paz. Con exclamaciones apasionadas retrocedió al cabo. En Setiembre, esto es, tres meses despues de hecha la paz el cardenal obispo de Tusculo vino á decretar el asunto que todavía se disputaba entre el rey y el clero.

En el dia de San Miguel, en un consejo celebrado en Lóndres, el rey pretendió crear una comision para estimar las sumas sacadas por sus oficiales. Pero una vez más nada se consiguió. Estaba visiblemente disimulando. Entónces trató de desunir á los obispos del clero, ofreciendo una restitucion á cada uno particularmente. Refirieron la proposicion á Roma, cuya sugestion el rey aprovechó para la demora y porque esperaba hacer creer al Papa que los obispos y el clero eran insaciables, usurpadores y exorbitantes. En esto obtuvo resultados. El cardenal legado fué ganado por el rey, y empezó, por autoridad propia, á cubrir los beneficios é iglesias vacantes. El arzobispo y sus sufragáneos apelaron á Roma; pero persistiendo el legado, en Enero de 1214, ámbas partes enviaron sus apoderados á Roma. El 1.° de Julio de 1214 removió el legado el entredicho que habia durado seis años, tres meses y catorce dias. No habia salido todavía de la iglesia de San Pablo cuando inmensa multitud de todas condiciones llegó, presentándole todo lo que habian sufrido por las exacciones y violencia de los auxiliares del rey. La verdad es que la paz no fué tal paz, y que el arreglo no arregló nada. El rey era

© Biblioteca Nacional de España

un hipócrita, hacia la guerra á los barones y oprimia á la Iglesia y al pueblo lo mismo que ántes.

Los barones en esta situacion consultaron su salvacion comun. En circunstancias tan críticas, el arzobispo reprodujo la Carta de Enrique I, y los barones desde luego la aceptaron como base de sus demandas. Hasta aquí estuvieron dentro de la perfecta legalidad. En este momento la derrota del ejército del rey en Bovines dejó á Juan sin partido en Francia, y abandonado por los barones de Inglaterra. Se rodeó entónces de mercenarios. El 7 de Enero fué á Lóndres y en el New Temple los barones llegaron á él con ostentoso aparato de preparativos militares, para pedirle la observancia de la Carta de Enrique I. Recurrió en esto á una doble treta; un aplazamiento hasta Pascua florida y tomar la cruz de la Cruzada. Una vez más, con objeto de separar á los obispos de los barones y á la Iglesia del pueblo, concedió Juan una Carta de libertades á la Iglesia de Inglaterra. Se envió esta Carta á Roma y fué confirmada. El Papa se sintió por ella inclinado á creer en la sinceridad de las intenciones de Juan. Los barones perseveraron en sus demandas. El rey estaba en Woodstock, y el arzobispo permanecia con él, tratando de inducirle á acceder á las demandas de los barones. Casi todos los barones del reino se levantaron en armas y llegaron con su gente á Brackley. Este fué su primer mal paso. Pidieron la Carta. Juan respondió con desden que jamás concederia libertades que hicieran de él un esclavo; pero eran, con una ó dos excepciones, las libertades que ya él habia jurado observar. Apelaron ellos á la fuerza, desafiaron al rey, renunciaron su homenaje y le declararon la guerra. Conducia el ejército de los sublevados, que se llamó «ejército de Dios y de la Santa Iglesia,» Roberto Fitzwalter. Llegaron precipitadamente á Lóndres. Hicieron un llamamiento á todos los hombres, bajo pena de que seria tratado como enemigo público aquel que no se uniera á ellos. Exceptuando las guarniciones extranjeras del rey, el país al Norte del Támesis en masa estaba en abierta rebelion. Los tribunales de justicia cesaron de funcionar; nadie queria pagar tributo ni reconocer la autoridad del rey. Cedió Juan por segunda vez y pidió un dia para verse con los barones. El 18

© Biblioteca Nacional de España

de Junio de 1215 se reunieron en Runnymede. La Carta Magna fué aceptada por el rey; pero en el acto envió agentes á Roma para pedir su nulidad, como arrancada por rebelion y sin respeto á la soberanía de la Santa Sede.

Es evidente que Juan, viéndose sin ayuda en todos los otros caminos, determinó disminuir la autoridad espiritual de Inocencio sobre los barones; con este objeto, con gran habilidad, engañó al Papa y suscitó su indignacion contra aquellos; para esto amontonaba cuanto pudiese provocar su enojo. Dijo á Inocencio que los barones se burlaban de sus Bulas; que los arzobispos y obispos eran negligentes para ponerlas en ejecucion; que en vano les habia dicho que Inglaterra era el patrimonio de San Pedro y que él lo tenia de la Iglesia romana; que habia tomado la cruz; que como cruzado deseaba tratar con ellos con humildad y dulzura; que les habia ofrecido la abolicion de toda mala costumbre y de todo daño; que se habian dirigido á turbar el reino; que él habia despedido sus tropas extranjeras, aunque con esta medida privaba á la Cruzada de los auxiliares más importantes y poderosos, etcétera, etc. Es imposible llevar la astucia diplomática á más alto grado de perfeccion.

Juan sencillamente engañó al Papa, imbuyéndole la creencia de que él era sincero y que los barones y áun los obispos eran rebeldes y contumaces contra la Santa Sede. Pero fué aún más allá. Falsificó los sellos de los obispos y escribió á todas partes fuera de Inglaterra en nombre de ellos, diciendo que «los ingleses eran apóstatas detestables y que el rey y el Papa confirmarian en sus conquistas á quien quisiera tomar las armas contra ellos.»

De nuevo, en el mes de Setiembre, despues de la aceptacion de la Carta en Junio, escribió diciendo que los barones estaban afectos á él antes de su sumision á la Santa Sede y desde aquel tiempo le eran contrarios y «especialmente, por esa causa, así lo decian en público, se habian levantado violentamente contra él» (1). No fué maravilla que el Papa se ofendiera y exasperara.

(1) Rymer tomo I pág. 207.

© Biblioteca Nacional de España

En todo esto, el disimulo de Juan se excedió á sí mismo. Inocencio no tuvo eleccion. El 24 de Agosto los enviados recibieron cartas apostólicas condenando á los barones (1).

II.

Hemos trazado ya los antecedentes de la Carta Magna y podemos apreciar su condenacion y los motivos y extension de la misma.

1. El suceso está descrito con estas palabras por Matthew Paris: «Entónces el Papa, despues de deliberar á su voluntad, por una sentencia definitiva condenó y anuló la que solia llamarse Carta de libertades del reino de Inglaterra, aunque contenia cosas piadosas y justas, como el que la inspeccione cuidadosamente puede ver (2).» El Papa en ninguna parte niega que contuviera *pia et justa*; pero cosas piadosas y justas pueden ser exigidas de modo contrario á la justicia y á la piedad, y esto último es lo que trato de probar.

2. El Papa declara explícitamente la causa de la condenacion, á saber:

(1) Que los barones habian declarado la guerra á su soberano.

(2) Que este era un vasallo feudal de la Santa Sede.

(3) Que se habia cruzado.

(4) Que la causa de ellos estaba ya en apelacion ante la Santa Sede.

(5) Que se habian tomado la justicia por su mano.

3. No hay aquí ni una sola palabra respecto á los contenidos de la Gran Carta.

4. La primera parte de ella era la Carta de libertades eclesiásticas concedida por Juan y ya confirmada por Inocencio.

5. Todos los otros capítulos, sociales, económicos y políticos habian estado en uso por siglos y confirmados por soberanos sucesivos en plena paz y comunion con la Santa Sede.

(1) Rymer tomo I pág. 218.
(2) Matthew Paris, pág. 162.

© Biblioteca Nacional de España

En apoyo de estas mismas leyes y libertades habia estado el Papa años enteros amonestando y estimulando al rey. Habian sido incorporadas ya en Cartas sucesivas, sobre las cuales jamás vino de Roma ni sombra de censura.

6. Las mismísimas leyes y libertades con solo tres ó cuatro excepciones fueron confirmadas por Gualio, legado del Papa, en la Carta de Enrique III, antes del año de la condenacion de la Carta Magna de Juan: y estas excepciones no fueron hechas por el Papa, sino por los mismos barones, en cuyas manos habia caido el gobierno del reino durante la minoría del rey (1).

Me pareceria á mí, por consiguiente, probado hasta la demostracion, que el Papa no condenó la Carta, sino á los barones; no las leyes y libertades escritas en la Carta, sino el modo y acto por los cuales los barones la habian arrancado á su soberano. El Papa invalidó y anuló la Carta como contrato y prohibió á entrambas partes que arguyeran ú obraran sobre ella; pero ni una palabra siquiera en cuanto á su contenido.

El único argumento que puedo concebir en sentido contrario es que el Papa en su bula describe la Carta como *turpis et vilis*, *illicita et iniqua* (2). Pero esta tambien está dicho del conjunto del acto por el cual fué forzado el rey por sus mismos vasallos á una sumision y humillacion que solamente puede compararse á la dejacion ó entrega de su corona. No hay ni la más pequeña evidencia que demuestre que aquellos epitetos se aplicaban á las leyes y libertades expresadas en la Carta.

Por todas estas razones, por lo tanto, afirmo una vez más que al condenar la Carta Inocencio condenó la accion de los barones y no las libertades de Inglaterra.

---

(1) Mr. Greene dice que los artículos omitidos en la primera Carta de Enrique III fueron reinsertos por influencia del arzobispo Langton. No encuentro esto probado en ninguna parte. Ni Matthew Paris ni Hovenden, en lo que yo puedo ver, lo dicen; y los Anales de Dunstaple citados por Mr. Stubbs (*Documents*, etc., pág. 323) expresamente dicen que en el año 1225, cuando el Rey habia llegado á su mayor edad *Libertates prius ab eo puero concessas, jam major factus, in.ulsit.* Esto, en verdad, no excluye, pero tampoco implica ninguna reinsercion de artículos.

(2) Rymer, tomo 1, 204.

© Biblioteca Nacional de España

Para esclarecer esto más, resumiremos los principales contenidos de la Gran Carta de libertades.

Empieza con una repeticion de la Carta de libertades proclamada en 15 de Enero de 1215 y confirmada por el Papa, que principia: *Anglicana Ecclesia libera sit, et habeat jura sua integra, et libertates suas illœsas.*

Esta ciertamente no fué condenada por Inocencio. Siguen luego sesenta y dos artículos, relativos á herencias, contribuciones, causas civiles, juicio por pares, pesos, medidas, prisiones, salvo-conductos y otras semejantes.

Necesita ser más que crédulo quien crea que Inocencio III vió en estos detalles la materia punible, objeto de una condenacion pontifical. Habian ya sido leyes y libertades de Inglaterra durante muchas generaciones, y ningun Papa habia visto jamás en ellas asunto para ejercer el supremo derecho de conocimiento. A lo que Inocencio realmente se refirió fué á lo que puede llamarse ley constitucional de los reinos cristianos y jurisprudencia del mundo cristiano. En este la autoridad y la libertad son sagradas; el despotismo y la rebelion crímenes contra Dios y los hombres. El Papa, como juez supremo, tomó conocimiento, conoció en estas *causæ majores*, en estas elevadas causas de civilizacion cristiana; pero que se ocupase de asuntos tales como los detalles de la Carta Magna solo puede ocurrírsele—como inglés que soy puedo decirlo—á un inglés, y esto si que es muy inocente en historia ó en una historiador científico. El art. 35 dice así:

«Que haya una medida para el vino en todo nuestro reino y una medida para cerveza, y una medida para avena, esto es, el *quartern* de Lóndres (1); y un ancho para lienzos, paños teñidos, que sea dos anas, etc.»

La vigilancia pastoral de los Papas es grande, pero escasamente llega hasta los pesos y medidas, y cuartillos y anas y galones de la cristiandad.

Mr. Stubbs me parece confirmar la opinion que estoy sosteniendo. Dice:

«En las disputas eclesiásticas, que son el rasgo distintivo

(1) Equivale á la cuarta parte de un cuartillo español.

© Biblioteca Nacional de España

del reinado, Juan tuvo que contender con el más grande de todos los sucesores de Pedro y con un espíritu en la Iglesia nacional que fué incuestionablemente mantenido por el conocimiento del gran poder y victorias del Papa en las otras partes de la cristiandad. Los barones se abstuvieron de aprovecharse de aquellas dificultades peculiares, y no empezaron su oposicion abierta contra el rey, hasta que variaron sus relaciones con el Papado. Tan pronto como la autoridad papal principia á apoyar la tiranía real, determinaron los barones resistir, y habiendo recobrado la Iglesia en el arzobispo Langton su jefe natural, vuelve á tomar su actitud ordinaria como defensor de la libertad» (1).

Y despues añade:

«El país vió que la sumision de Juan á Inocencio colocaba su libertad temporal y espiritualmente á su disposicion, é inmediatamente pidió cartas de seguridad.»

Esta es la Carta de Enrique I. Y despues:

»El ódio personal que Juan habia inspirado. . . . . era tan fuerte. . . . . que, á no haber ocurrido la muerte del rey, Inglaterra probablemente hubiera efectuado un cambio de dinastía.»

Yo me aventuraria á diferir ligeramente en algunos puntos de esta opinion.

Las disputas eclesiásticas no agruparon á los barones para el apoyo de la Iglesia en el reinado de Juan más que en el de Enrique II. Con pocas excepciones, los barones formaron con Enrique contra Santo Tomás. Por otra parte, Mr. Stubbs ha conocido que los obispos espirituales y devotos, con ligerísimas excepciones, estuvieron siempre del lado de las libertades populares. Los barones obraron con el Papa mientras trataron de traer á la razon al rey para sus propios intereses; pero se opusieron al rey y al Papa cuando censuró Inocencio su rebelion. Esto demuestra que ni ántes ni despues obraban ellos en cooperacion con causa alguna de ley ó de libertad que no fueran las suyas propias. Habian apelado al Papa con tanta ó con más frecuencia que el rey.

(1) Stubb s' Documents, págs. 269 y 270.

© Biblioteca Nacional de España

No solamente aceptaron la deposicion pontifical del rey sino que despues, cuando este habia sido absuelto y restaurado, transfirieron en secreto su fidelidad al rey de Francia. Los barones fueron culpables de traicion y de rebelion, aunque Juan fuese tirano. La oposicion que hicieron á Inocencio empezó cuando el Papa les dijo que lo eran. El Papa apoyó, no la tiranía de Juan, sino el derecho del rey. Ofreció oir á ámbas partes, pero los barones no quisieron escuchar y declararon la guerra. Inocencio antes de la rendicion de Juan, no les habia apoyado en la rebelion, sino en sus justas demandas, y apoyó á Juan despues, no en la tiranía, sino en su honra como rey. En ninguna parte declaró nada Inocencio sobre los méritos de ninguno de los contendientes. Declaró expresamente, en su condenacion de los barones, que ellos habian rehusado toda proposicion de arreglo judicial. Otro tanto hicieron los barones en sus relaciones con la Iglesia. Pero como Mr. Stubbs nota con veracidad «la actitud ordinaria» de la Iglesia de Inglaterra en aquel tiempo, como en todas partes y en todas las épocas, fué «defender la libertad» y el arzobispo era «su jefe natural,» verdadero sucesor de San Anselmo y Santo Tomás en los conflictos por la libertad. Y con esta notable diferencia de los barones, estos raramente, acaso nunca, se pusieron al lado de la Iglesia cuando las libertades de esta estaban amenazadas, y la Iglesia siempre los apoyó y ayudó al pueblo cuando peligraron las leyes y libertades de Inglaterra. Esto pone más de relieve y demuestra más luminosamente de lo que yo podia esperar la tésis cuya defensa he emprendido.

Una vez más puede argüirse que tan absoluta fué la condenacion de la Carta, que aun el cardenal Langton, arzobispo de Canterbury, fué suspenso *ab ingressu Ecclesiæ et a divinis* por la parte que en ella tuvo. Nada, tal vez, esclarecerá mejor la distincion que ántes tracé, entre la condenacion de los barones y la condenacion de la *materia* de la Carta, que la suspension del arzobispo.

Creyendo que el legado habia sido ganado por el Rey y sus adherentes, y que la mente del Papa habia sido influida por informes parciales del arzobispo de Dublin y del obispo de Lóndres, á quienes el rey habia enviado á Roma, hasta el

© Biblioteca Nacional de España

punto de ser completamente engañado, el arzobispo decidió ir en persona á Roma. Llegó entónces una Bula para excomulgar á todos los perturbadores del reino de Inglaterra. El arzobispo estaba ya á bordo de un buque cuando el obispo de Winchester y Pandolfo llegaron á estimularle á que publicara la Bula en toda la provincia de Canterbury. El arzobispo, creyendo subrepticia la Bula y que si él llegaba á exponer ante el Papa el verdadero y exacto estado del caso, seria retirada, no quiso publicarla. Entónces los dos comisionados hicieron uso del poder que la misma Bula les daba y suspendieron de su oficio al arzobispo. Sin contestacion ni reconvencion partióse para Roma.

A su llegada encontró al Papa grandemente exasperado, y á su peticion de ser eximido de la suspension, respondió Inocencio:

«De ninguna manera, hermano: no conseguireis tan fácilmente la absolucion por todo el daño que habeis hecho, no solo al rey de Inglaterra, sino tambien á la Iglesia romana. Tomaremos maduro consejo con nuestros hermanos sobre cuál ha de ser vuestro castigo.»

El cuarto Concilio de Letran estaba entónces reunido y el arzobispo tomó su asiento en él; pero estuvo bajo suspension desde el 12 de Noviembre hasta la Pascua florida siguiente.

Debe decirse que en esta suspension no hay una palabra que condene el asunto de la Carta. El daño hecho al rey fué el aliento dado á los barones en su oposicion armada: el daño hecho á la Iglesia romana fué la violacion de los derechos soberanos de la Santa Sede y el negarse á publicar la excomunion. La causa de su suspension no fué de mero detalle, sino de *alta política* de la jurisprudencia civil y eclesiástica de Europa en aquel tiempo. No hay duda de que Juan fué un tirano y ménos de que los barones fueron rebeldes, y no puede negarse que el arzobispo estaba en contumacia. Bajo las condiciones legales existentes á la sazon no podia formarse otro juicio. Es sencillamente estúpido juzgar tales cuestiones con el criterio del siglo XIX. Antes que los méritos de la Carta pudieron ser juzgados, la rebelion de los barones y la contumacia del arzobispo debian ser castigados. Y á esto es á lo

© Biblioteca Nacional de España

que he querido llamar la atencion de aquellos que en sus tentativas para hacer creer á los hombres que la Iglesia católica es amiga del despotismo y enemiga de la libertad, cierran sus ojos á la historia y se creen sin embargo hombres de ciencia.

Dejemos al mismo Inocencio III declarar los motivos de la condenacion que fulminó.

En sus cartas apostólicas (1) dirigidas á todos cuantos las vieren y entendieren sienta primero que Juan, rey de Inglaterra, habia pecado gravemente contra Dios y la Iglesia; que por tanto habia sido excomulgado y su reino puesto en entredicho; que, al fin, vuelto en sí por la gracia de Dios, se habia arrepentido y dado humildemente satisfaccion á Dios y á la Iglesia, recompensado las pérdidas, restituido lo que habia tomado, y concedido plena libertad á la Iglesia de Inglaterra. El Papa, por lo tanto, le absolvia y le recibia con voto de fidelidad y dependencia feudal. Despues de esto tomó la cruz de la Cruzada. Narra luego el Papa cómo los barones se levantaron contra él, y cómo, despues de muchos esfuerzos de conciliacion, habia escrito para anular todos los planes y conspiraciones y para exhortar á los barones á que respetaran la autoridad real y que le elevaran sus demandas, no con insolencia, sino con humildad. Dice, más léjos, que habia escrito al rey animándole á tratar á los barones y nobles con caballerosidad y á concederles sus justas peticiones.

Los barones, añade, no esperaron al mensajero que les envió, sino violando su voto de fidelidad y haciéndose jueces y ejecutores en su propia causa, siendo vasallos, conspiraron públicamente contra su señor, como soldados contra su rey, y se unieron á sus enemigos para hacerle guerra; arrasaron sus tierras y tomaron á traicion la ciudad de Lóndres, capital del reino. El Papa entónces relata las proposiciones del rey que ellos habian rechazado; y finalmente, que ellos habian arrancado del rey, por fuerza y miedo, una convencion que era vil y baja, y aún más ilícita é inícua en derogacion y disminucion del derecho y de la honra del rey.

(1) Rymer. Fœd. tomo I, 203-204.

© Biblioteca Nacional de España

Inocencio anula entónces la Carta y prohibe á las dos partes que la observen bajo pena de excomunion; invalidando, dice, lo mismo que la Carta, sus obligaciones y compromisos, *cualesquiera que sean*, y despojándolos por completo de toda fuerza que pudiera imponer obediencia.

Ahora bien: en todo esto no hay una palabra en cuanto al asunto de la Carta.

En los mismos términos escribió tambien á los barones:

«*Præsertim enim in causa vestra vos judices et executores feceritis: eodem Rege parato, in curia sua, vobis per pares vestros secundum consuetudines et leges Regni, justitiæ plenitudinem exhibere: vel coram nobis, ad quos hujus causæ judicium, ratione Domini, pertinebat.*»

Y añade:

«*Cum igitur illa compositio, qualis qualis*, como por esto el contrato, de cualquier clase que sea, es no solo vil y bajo, sino ilegal é inícuo, tanto que por todos debe ser reprobado, principalmente á causa del modo con que fué hecho, *maxime propter modum*, nos por tanto,» etc.

El Papa entónces la anula como ántes. Inocencio dice luego:

«Del mismo modo que no queremos que el rey sea privado de sus derechos, queremos tambien que desista de oprimiros para que el reino de Inglaterra no sea perturbado por malas costumbres ó injustas exacciones.»

Entónces les propone que envien delegados, que en el Concilio, donde estaban presentes los obispos de Inglaterra, las disputas pueden ser tratadas y terminadas «de modo que el rey pueda estar contento con su derecho y honra, y el clero y el pueblo todo puedan gozar la debida paz y libertad» (1).

Así, pues, en estos que son los documentos que deben dirigirnos y guiarnos en toda la cuestion, no hay ni una sola palabra respecto al contenido de la Carta Magna. La verdad es que están expresamente excluidos *Compositio illa, qualis qualis*. Además hay un reconocimiento perfecto de *gravamine, pravæ consuetudines, iniquæ exactiones*. Finalmente, el *maxime propter modum* declara ser el principal motivo, la manera con que los barones habian arrancado la Carta por fuerza y miedo.

(1) Rymer, tom. I, pág. 205.

© Biblioteca Nacional de España

He examinado hasta ahora el asunto como si fuera de mi incumbencia probar que Inocencio no condenó el contenido de la Carta; pero á aquellos que dicen que lo condenó les toca dar las pruebas de su aserto. Yo no tengo que probar lo que niego, y puedo esperar hasta que ellos presenten los datos que tienen en su apoyo. Hasta aquí ninguno ha llegado á mi noticia, y me permito decir que ninguno ha llegado porque no puede hallarse, y que no puede hallarse porque no existe ni ha existido nunca.

Yo bien sé que Mr. Freeman ha dicho:

«En los últimos dias de Juan, y durante todo el reinado de Enrique III, encontramos al Papa y al rey en estrecha alianza contra la Iglesia y nacion inglesas. El último acto bueno de un Papa hácia Inglaterra es el de Inocencio III, enviándonos á Estéban Langton. Despues encontramos al Papa y al rey constantemente unidos para apoyarse mútuamente en sus opresiones y exacciones. El poder papal siempre estuvo pronto á salir á la defensa de la corona, siempre dispuesto á lanzar censuras contra los campeones de la libertad inglesa. La Carta Magna fué denunciada en Roma y tambien lo fué su autor el primado patriota» (1).

Creo haber presentado esta última sentencia con verdadera luz. El resto de la cita necesita ser tratado aparte. Si Mr. Freeman y Mr. Bryce hubiesen dominado la historia de la Iglesia católica con la amplitud de juicio con que han tratado el Sacro Imperio Romano, la obra de Mr. Bryce y la revista de esta por Mr. Freeman hubiesen sido dos documentos históricos de sin igual valor. La accion de los Pontífices al sostener las soberanías del mundo cristiano estaba movida, no por afinidades despóticas, sino por las palabras de la Sagrada Escritura. «Que toda alma esté sujeta á poderes más altos; porque no hay poder fuera de Dios y los que existen estén ordenados por Dios. Por lo tanto aquel que resista al poder, resiste á las órdenes de Dios.» Pero en esto no podemos entrar ahora.

ENRIQUE EDUARDO, *Cardenal Arzobispo.*

(Contemporany Review.)

(1) The Growth of the English Constitution págs. 76-77.

© Biblioteca Nacional de España

GUILLERMO BILDERDYCK

POETA HOLANDÉS.

Los últimos años del siglo XVIII se señalan en toda Europa por revoluciones violentas. Caen al suelo las barreras entre las naciones; el órden social, cuyo sosten principal son bases convencionales, muestra en todas partes señales de decadencia; un poderoso cambio se hace sentir en el mundo del pensamiento y de la idea. Un espíritu inquieto anda recorriendo las naciones de Europa y pronuncia á sus oidos fórmulas mágicas, para con ellas invocar la marea que habia de borrar lo existente, anuncio de una nueva era—así se creia y esperaba locamente—como jamás la habia conocido el mundo. En la cresta de la ola revolucionaria se sienta la triunfante democracia con su bravo canto de «libertad, igualdad, fraternidad;» con su atrevida negacion de formas antiguas y creencias tradicionales, con su casi pueril fé en sí misma y en su gozosa afirmacion de vitalidad y poder.

Holanda, la tranquila y soñolienta Holanda, no puede resistir al ímpetu que tiene que sufrir de todos lados. Sus diques, si bastan para tener á raya las embravecidas olas que la rodean, no pueden impedir que el espíritu de una democracia todopoderosa atraviese sus fronteras. Su lenguaje estéril y tosco—barrera más formidable que sus diques—necesita llegar á ser, hasta cierto punto, la expresion de la duda filosófica, que el elegante idioma de Francia, la metafísica lengua

© Biblioteca Nacional de España

de Alemania y el práctico dialecto de Inglaterra han hecho conocer á cientos y á miles. Al estallar la revolucion francesa, encontró en Holanda á muchos que la desearan próspera suerte, más aún, que contentos se hubieran alistado bajo sus banderas.

Durante la mayor parte del siglo pasado, Holanda habia estado durmiendo. Habia alcanzado el país un gran estado de prosperidad, y sus ciudadanos no tenian más ocupacion que gastar el dinero ahorrado por sus antepasados y bondadosamente dejado en herencia. El estatuderato habia sido restaurado en 1747, y la familia de Orange se sentaba una vez más en el trono. Ninguna legislacion capaz de agitar los espíritus perturbaba la atmósfera política; ningun pánico comercial conmovia los cambios; nada, en una palabra, parecia indicar que los dias de la república estaban contados. ¡Extraña cosa! se hundió de repente en un dia.

Todo induce á creer que las naciones y las instituciones están sujetas á la ley que gobierna á los individuos; mueren como estos de viejas. Las ideas ayer llenas de verdad y de vida, y encarnadas en formas vivas, hoy son moribundos errores que aguardan solo el momento en que se los arroje, con los cuerpos sin vida de los cuales eran alma, en fosa más ó ménos olvidada. El cronista apunta los sucesos que pasan, y vé en este ó en aquel la razon de la caida de un antiguo régimen ó el nacimiento de un nuevo órden de cosas: pero el filósofo se sonrie; para él es el mundo un organismo vasto, que se mueve segun leyes fijas é inalterables.

Sin duda los acontecimientos políticos—y tratamos de estos brevemente, porque para conocer la literatura de una nacion es preciso tener alguna idea de la atmósfera política en cuyo medio brotó—produjeron una crísis en los asuntos de Holanda. Guillermo IV murió en 1751, y la princesa inglesa que gobernó durante la menor edad de Guillermo V no fué de ningun modo popular. Las querellas entre el estatúder y la aristocracia empezaron á ser más frecuentes; y el espíritu de disgusto general, velándose con el nombre de «patriotismo,» que se ahogaba sin salida, dió señales más vigorosas de vida que las producidas hasta entónces. No mejoraron las cosas

© Biblioteca Nacional de España

con la ascension de Guillermo V. Si es verdad que no hay nada más afortunado que la fortuna, ¿podrá negarse el reverso? La parte que la escuadra holandesa tuvo que desempeñar en la guerra americana aumentó considerablemente el ódio contra los ingleses y no hizo más amado al estatúder: mientras que el desquite tomado por los alemanes, de los insultos dirigidos á la esposa de Guillermo IV, princesa alemana, añadieron nuevo combustible á las llamas. La gratitud anda tan escasa como el génio. Los holandeses jamás habian tenido afeccion personal por Guillermo V ni tenian sentimiento de lealtad á esa cosa impersonal que se llama una dinastía; siempre habian tenido aversion á los ingleses, y á los alemanes el ódio peculiar que se tiene entre miembros de una misma familia; ¿á dónde, pues, habian de volverse en esta hora de su humillacion sino á Francia, á quien, por la ley de los contrastes, siempre habian preferido entre todos los demás paises; á quien siempre se habian adherido, á pesar de las muchas derrotas recibidas de ella, con una fidelidad muy parecida á la del perro? Los radicales holandeses, por otro nombre llamados patriotas, levantaron sus ojos á Francia. Francia, la gran cueva de Adullam, abrió sus brazos á los acongojados patriotas. Al finalizar el año 1794, el *Salvador*, en la persona de Pichegru, se apareció con su ejército en las fronteras de los Paises Bajos: el 18 de Enero de 1795 salió el príncipe de Orange de Scheveningen para las costas de Inglaterra: pocos dias despues la gran república holandesa, dueña de Europa en otro tiempo, habia fundado «libertad, igualdad, fraternidad,» ó en otras palabras, era una súbdita de la Francia. El «*Wilhelmus van Nassouwe*» que habia sido por más de dos siglos la cancion nacional de Holanda, quedó en silencio, y en su lugar vociferaban los hombres la impía *Marsellesa*.

En medio de los tumultos que la rodeaban, la musa holandesa despertaba gradualmente de su letargo y prolongado reposo. En manos de los versificadores del siglo XVIII habia llegado á ser una vieja apergaminada, esclava enteramente de *las propiedades*, nerviosamente ansiosa de ocultar sus sentimientos, si algunos tenia, y sobre todo, de expresarse en las frases convencionales de la época sin moverse en otras formas

© Biblioteca Nacional de España

que las que aquella sociedad habia prescrito. Gracias á las «sociedades para el fomento de ciencias y artes»—esos grandes promotores de la medianía en todas las edades—los poetas habian sido fabricados por docenas y la poesía habia empezado á ser mirada como un lujo y no como una necesidad. «Voltaire—escribia uno de los pseudo-poetas de aquellos dias—me parece el poeta más grande de Europa. Su *Henriade* es perfecto.» ¿Para qué buscar más testigos? Una edad que deifica á Voltaire como poeta, forzosamente no tiene ni chispa de poesía.

Pero entónces, como resultado del oleaje del mundo en todas los direcciones posibles, perdió la musa holandesa, seamos justos, mucho de su instruccion, de su suavidad, de su elegancia, de su carácter clásico, para decirlo todo de una vez; pero, por otra parte, se libertó de su afectacion, de su pedantería y de su amaneramiento intolerable. Trató de ser natural, de no imitar á otra, de ser ella misma. Dió rienda suelta al sentimiento tanto tiempo comprimido, aunque jamás suprimido totalmente; y el sentimiento despertado de belleza y verdad inflamó la imaginacion: ¿qué otra cosa es la poesía sino imaginacion y sentimiento?

El cambio no se efectuó desde luego. Los legisladores del Parnaso fueron intolerantes para las innovaciones; no murieron las antiguas teorías sobre el arte sin reñidas batallas; y la musa jóven se batia como otro David, con la armadura de Saul; pero no tardó mucho en aparecer un poeta que no pudo sufrir con paciencia las ligaduras de la armadura antigua. Sintiendo intensamente que tenia un cometido que llenar, rompió contra sus descarriados paisanos como uno de los antiguos profetas hebreos. Una vez más la poesía ocupó su puesto y fué consuelo de nuestras miserias y profeta de mejores dias. Aquel hombre era Guillermo Bilderdyck, el más grande y el ménos popular de los poetas holandeses. Nuestros lectores tendrán una oportunidad de juzgar por sí mismos si le hemos presentado con exajerado lenguaje ó si nos hemos ceñido meramente á las palabras de la sóbria verdad.

«¿Quién es Bilderdyck? me parece oirte decir: pregunta

© Biblioteca Nacional de España

muy natural, que no lo seria tanto, yo te lo aseguro, Allan, si la maldicion que vino de Babel no hubiese cortado las alas de la poesía. Napoleon le preguntó fijando en él fria mirada:

—»Eres tú, pues, conocido en el mundo de las letras?

—»He merecido serlo, replicó el holandés, sosteniendo aquella orgullosa mirada con calma y confianza, como poco acostumbrado á bajar los ojos humillados ante la presencia de mortal alguno.»

Para comprender el carácter de la poesía de Bilderdyck es necesario conocer algo de su vida. Verdad es que los poetas superiores de la humanidad han suprimido de tal modo sus individualidades, que sus nombres y sus vidas han venido á ser asuntos de importancia secundaria. ¿Qué nos importa saber que Homero escribió la *Iliada* y la *Odisea*, ó que otro las escribiera? ¿No entendemos estos poemas sin conocimiento alguno de su autor? ¿Necesitamos saber la vida de Shakespeare para apreciar en sus obras el sin igual conocimiento del corazon humano, y el sin rival poder de analizar cada emocion y cada sentimiento? ¿Quién siente la necesidad de leer una biografía de Goethe, cuando estudia á *Fausto*, esa biblia del panteismo? Ante la tranquila objetividad que ha hecho de estos hombres los poetas del mundo, las cuestiones individuales son meros accidentes, y por consiguiente insignificantes por completo. Pero por otra parte, ¿podriamos leer y entender á Byron si su vida nos fuera totalmente desconocida? ¿No es su poesía tan intensamente subjetiva, de tal modo la expresion de su individualidad—de aquí su grandeza y su pequeñez—que requiere la llave de la historia de su vida para franquearnos las muchas puertas que sin aquella estarian cerradas para siempre? Bilderdyck era uno de estos poetas subjetivos; su poesía es el grito del *ego* desde el principio hasta el fin. Tanto es así, que no pudo traducir un poema de un idioma extranjero sin alterar por completo su carácter.

Nació Guillermo Bilderdyck el 8 de Setiembre del año 1756. Su padre, médico y poeta de alguna reputacion, pertenecia á una antigua familia holandesa. No se necesita gran fuerza de imaginacion para darse cuenta de lo que rodeó á Bilderdyck durante los primeros años de su vida. El que visite á Ams-

© Biblioteca Nacional de España

terdam al hacer su camino al «Westerkerk», pasa á lo largo de los canales y las calles por los cuales Bilderdyck necesariamente debió cruzar con frecuencia. Si es el viajero bastante afortunado para conseguir que se le presente á una familia perteneciente á la que pudiéramos llamar la clase media más alta, fácil le será dibujarse una pintura de la juventud del poeta, trascurrida entre gentes á la antigua, rectas, sólidas y un si es no es prosáicas; gentes á quienes parece que el cielo nada les negó sino un toque de génio. La vida es *muy real* y *muy importante* para esos holandeses.

Si hemos de creer á Bilderdyck, debió ser forzosamente un muchacho muy precoz. En uno de sus poemas—¿será verdad ó fábula?—no se contenta con decirnos que derramó muchísimas lágrimas durante los dos primeros años de su vida, *sino que habia leido con deleite á Catz*, el gran poeta del siglo XVI, cuyas obras se colocan al lado de la Biblia en todo hogar holandés. ¡Entrar un niño á la venerable edad de diez y ocho meses en el mundo del poeta! «El aspecto del mundo que le rodeaba cambió por completo; todas las cosas se convirtieron en símbolos, y su solo propósito desde entonces fué conocerse á sí propio y descifrar los geroglíficos que por todas partes salian á su vista.» Indudablemente un niño así, es como la idea ortodoxa del cielo: *cela fait peur*.

Un accidente, que le sobrevino en su juventud, ejerció incuestionablemente mayor influencia en su poesía que el estudio del buen viejo Catz. Un camarada de sus juegos tuvo la desgracia de pisarle un pié, y la herida se hizo tan séria, que Bilderdyck sufrió más ó ménos sus consecuencias por espacio de doce años. Durante este período, desde los seis hasta los diez y ocho de su edad, su vida fué en extremo solitaria, en cuanto al mundo exterior se refiere. Su ensueño de ser soldado jamás debia verse cumplido; pero aunque nunca formó en un campo de batalla, ¿quién que haya leido sus poesías puede negar que en otros terrenos y con otras armas fué un guerrero toda su vida? Era un Ismael entre los poetas, que no descansó hasta que se hundió en el sueño de la muerte.

En el trascurso de este apartamiento, su vida interior fué

© Biblioteca Nacional de España

muy activa. Dedicó el tiempo especialmente á estudios de filosofía natural, medicina, agricultura y literatura; apenas necesita decirse que además de sus estudios favoritos habia otros varios ramos del conocimiento que le eran familiares. Entonces nació por segunda vez el poeta. Los principios de toda vida están en el silencio y en la soledad. Durante aquellos largos, espantosos dias y penosas noches de insomnio, el problema de la vida se hizo excesivamente real para el jóven doliente. Su vista se fijó en *sí mismo*, y las cuestiones que habian turbado á la humanidad desde los dias de la creacion, no quisieron dejarle sin un intento de solucion. A aquel lecho de enfermo debemos atribuir una gran parte de la reserva, oscuridad, irritabilidad y violencia que caracterizaron al poeta y á su poesía en dias posteriores; pero tambien nos es forzoso atribuirle el despertar de aquella individualidad que le hizo príncipe de los poetas holandeses, *et par droit de naissance et par droit de conquête*.

A los veinticinco años de edad fué miembro de la Universidad de Leyden. Trabajaba dia y noche, y aunque dedicado principalmente á estudios jurídicos, sabia encontrar tiempo para otros estudios que más congeniaban con él.

Despues de haber pasado por los acostumbrados trámites, tomó su grado y dos años despues (1783) le encontramos casado y en apariencia establecido; pero su vida de familia fué muy desgraciada. El amor, por ser casi inconsciente y forma la más sublime del egoismo de que la humanidad es capaz, engaña al poeta aun más que á los hombres vulgares. El sér amado no es la mujer que ve delante, sino la criatura ideal, engendro de su corazon poético. La crítica pronto disipa las ilusiones de los primeros dias y viene entónces la colision inevitable entre lo ideal y la realidad. Bilderdyck se sometió á su suerte por mucho tiempo; pero despues de once años de calladas desventuras, marido y mujer se separaron. Se casó despues con una poetisa de nombre Schweickhardt, y los dos vivieron felizmente juntos, á pesar de sus muchas susceptibilidades y celos, atributos de naturalezas artísticas.

Habia, sin embargo, en reserva mayores disgustos para el poeta. Era eminentemente impopular; pronto diremos por

© Biblioteca Nacional de España

qué. Sus opiniones disgustaban á la multitud; su poesía, ó pasaba desapercibida, ó era atacada con vehemencia fanática. Los hombres que se habian abrogado el derecho de admision en «la república de las letras» rehusaron admitir á uno que, aunque tenia todavía un pié en el siglo XVIII, estaba libertándose rápidamente de las ideas y formas estrechas que habian establecido los hombres de aquella época. Además de la tormenta literaria, estalló sobre su cabeza la tempestad política de la revolucion francesa. Bilderdyck, grandemente unido á la casa de Orange y cuyos principios eran los más ultraconservadores, resistió á la revolucion con todas sus fuerzas; pero aunque luchó virilmente no pudo impedir el establecimiento de la república bátava. Pudo, sí, negarse á prestar el juramento de fidelidad que se le pidió, pero tuvo que dejar á Holanda, y buscar refugio en un país amigo. Fué primero á Inglaterra; pero su residencia en aquel «hospitalario país» fué de corta duracion; emigró pronto el poeta á Brunswick en Alemania. Allí, en medio de muchos refugiados y bajo el patronazgo del duque, corrió llanamente su vida por más de ocho años. Cuando volvió á su país natal, el siglo XVIII habia terminado sus dias, y una era nueva se abria paso entre los peligros de la infancia.

Con la ascension de Luis, el hermano del emperador, al trono holandés, dias más claros brillaron en Holanda. Los cuatro años del reinado de aquel rey (1806-1810) son de los más felices en la vida de nuestro poeta. Fueron período de calma en la tempestad que de nuevo habia de estallar pronto con redoblada furia.

La deposicion de Luis, por causa de no estar su política de acuerdo con los deseos de su imperial hermano, y la subsiguiente incorporacion de los Paises Bajos al imperio francés, hicieron rebosar la copa de los sufrimientos de Bilderdyck. La angustia mental y moral por que pasó al ver á su amado país á merced del extranjero, fué abrumadora y se hallaba aumentada por padecimientos físicos. Aunque en la época de que estamos hablando no tenia rival entre los poetas de Holanda, no sabia donde habria de obtener pan para satisfacer su hambre.

© Biblioteca Nacional de España

La hora de la libertad parecia al fin haber llegado. Holanda, libre una vez más, victoreó con aclamaciones á otro príncipe de la familia de Orange. Bilderdyck no sufrió más las ánsias de la necesidad; pero en vano buscaba el reconocimiento de su grandeza literaria y alguna marca señalada de favor. La corona de laureles no llegó á él por las poco escrupulosas maquinaciones de la gente literaria, y recibió el premio de verdadera grandeza en todos tiempos: una cruz.

Sin embargo, los dioses son más compasivos que los hombres. El magestuoso hombre á la antigua, pronto pasará de una vida, cuya experiencia podia haber resumido en las palabras de Jacob, á escenas ménos agitadas y más pacíficas; aquellos ojos, sombreados por fieras cejas, en un tiempo tan brillantes, ahora tan opacos, pronto recobrarán su lustre en regiones más claras; y aquella altiva lengua, azote de los vicios y locuras de su tiempo con el rigor de un Boanerges, antes de mucho prorumpirá en un canto de paz. La muerte de su mujer fué para él el principio del fin. Su pena no admitia consuelo y su musa estaba demasiado triste para proferir otro sonido. Con los ojos fijos en las páginas de la Biblia ó en las de Catz, empleó los restantes dias de su vida en el aislamiento más perfecto. Una noche de invierno del año 1831, pocos meses antes de la muerte de Goethe, dejó de existir.

Volvamos ahora á la poesía de Bilderdyck. Con las excepciones de Lope de Vega y Calderon, ningun poeta le sobrepujó en fecundidad. Duránte cincuenta años se dedicó á la vida literaria, y el legado que dejó á su muerte demuestra la actividad sin descanso desplegada en ese prolongado período. Está calculado que escribió 300.000 versos. Añádase á esto que con la excepcion de la comedia, no hubo género ni clase de poesía que él no acometiera, y el lector fácilmente comprenderá la dificultad de dar una idea clara de trabajos tan múltiples y variados.

Sus primeros poemas, por lo mismo, no nos detendrán mucho: fueron escritos sobre asuntos propuestos por varias sociedades literarias y los temas escogidos por aquellas instituciones son demostraciones patentes, si alguna se necesita, del bajo nivel á que la poesía habia llegado en el si-

© Biblioteca Nacional de España

glo XVIII. Bilderdyck aceptó el concurso, y escribió algunos poemas que merecieron ya una medalla, ya mencion honorífica. Son principalmente notables por la tenacidad con que su autor se apega á las formas del tiempo de Luis XIV. Pertenecen á la sedicente escuela clásica; no solamente están llenos de alusiones clásicas sino que evidencian que su autor quiere, antes que todo, no separarse ni en un cabello de la estirada correccion prescrita por la tradicion. Muy poco á poco va librándose de los grillos de griegos y romanos; muy gradualmente dejará la atmósfera fria y metódica del siglo XVIII, de la cual jamás conseguirá verse enteramente libre. Como en el caso de los reyes de Israel se nos dice que «ellos hicieron lo que á los ojos del Señor era justo, y á pesar de esto las altas plazas no fueron suprimidas,» puede decirse del poeta holandés que abandonó los ídolos clásicos de sus antepasados y se convirtió á otro culto más puro, pero que guardó hasta su muerte altos lugares en que hacer sacrificios á los dioses de su juventud.

Entre sus primeras obras, su poesía erótica merece ser señalada aparte. No entraremos en la cuestion de moralidad de estos poemas. Muchos de ellos son traducciones de Anacreonte, Catulo, Tibulo y otros poetas; pero un gran número es original. Fácil es representarse el asombro con que el público holandés recibia estas producciones. Olvidaba que el poeta era un jóven estudiante, y que si alguna vez habia de suceder, entónces era cuando el culto de *das ewigweiblich Ideale* buscaria medios de expresion. No tenian ojos para la belleza de la forma que distinguia á estos poemas, ni oido para la música de su ritmo: un sentimiento solo les animaba, el de inmenso asombro por la manera de ultrajar su puritanismo. Compadezcamos á la pobre Vénus acostumbrada al sereno cielo del Olimpo, condenada ahora á viajar á pié por los pantanos de Holanda; simpaticemos con Cupido en medio de una nacion «en la cual seria la vida agradable á no ser por sus festividades;» pero no podemos reprimir una ligera sonrisa al ver el lenguaje apasionado dirigido á las mozas de Leyden. Pero por otra parte, hay en esta poesía ámplio testimonio, no solamente del dominio magistral del lenguaje y de la facilidad en la

© Biblioteca Nacional de España

versificacion que distinguieron á Bilderdiyck en remotos dias, sino tambien de su poder poético, que le levantó de una vez entre sus coetáneos. En un género de poesía llegó aun entónces á un punto de excelencia que jamás sobrepujó. Sus romances y baladas son de gran belleza. Seria interesante, si el espacio lo permitiera, trazar en este respecto un paralelo entre él y los primeros escritores de baladas de Alemania, Goethe, Schiller y Uhland. Nos parece que sus producciones se parecen más íntimamente á las del último de estos poetas; en vano miramos por la realidad y objetividad de la balada de Goethe, y la idealidad y subjetividad de la de Schiller; pero encontramos el poder del cantor suabio para pintar con atrevidos contornos unas pocas figuras sencillas, y elevadas con golpes mágicos sobre los materiales que las rodean á las regiones de la imaginacion y el sentimiento.

Las baladas de Bilderdyck, cedo á la tentacion de dar un corto extracto de una de ellas, corrieron la suerte de toda su poesía; fueron siempre impopulares. Los asuntos que escogió estaban muy por encima de la comprension del pueblo, y los sentimientos que puso en boca de sus héroes y heroinas no lograban despertar un eco entre aquellas masas, en las cuales hay que buscar el verdadero hogar de la balada. No queremos decidir hasta qué punto pueda llegar jamás á ser popular la balada puramente histórica, á ménos que se sacrifique un poco la verdad de la historia y se introduzcan sin escrúpulo anacronismos sin número. Indudablemente hay un elemento humano comun al hombre de todos los tiempos, cuya expresion es, por lo tanto, á propósito para encontrar siempre respuesta. Pero en las baladas de Bilderdyck hay poca ó ninguna intencion de suavizarlas con colores locales; por el contrario, el poeta, cuya vida entera puede condensarse así: *Odi profanum vulgus et arceo,* en ninguna parte se esforzó tanto para exhibir en toda su amplitud el golfo que le separaba de sus contemporáneos. Los asuntos favoritos de Bilderdyck están tomados de la Edad Media. Algo más tendremos que decir sobre las opiniones políticas peculiares del poeta; baste por ahora notar que su poesía se mueve siempre en la línea tradicional hácia la restauracion de lo que creia él ser la edad

© Biblioteca Nacional de España

de oro, los dias de la caballería y del gobierno feudal. Descendiente, como él creia serlo, de la antigua noble familia de los condes de Cleve y Teisterbant, desplegó para siempre «aquellas banderas de Teisterbant» para pelear en dias de escepticismo y democracia por la resurreccion de un período de creencias viejas y de despotismo. La más perfecta de sus baladas y la más conocida es, sin duda ninguna, su «Floris IV.»

Empieza por la descripcion de esta escena:

«Trompetas y gaitas resonaban en los muros del patio; los caballeros se agrupaban al alegre sonido.

»Desde la arqueada ventana del muro de Klermont, Blanca la bella vió la rica reunion de armas.

»Se sentó en la ventana, vestida de terciopelo, rodeada de sus doncellas, ataviadas con trajes amarillos.

»Allí estaba en la ventana con su vestido azul de cielo, como la flor del trigo entre los campos de maduro grano.

»Llevaba una cadena de oro con broche de brillantes, colgada de sus hombros y cayendo sobre su falda.

»Su hermoso seno palpitaba; sus ojos, llenos de curiosidad, miraban á todas partes; una llamarada brillaba en su megilla; una sonrisa jugueteaba en sus amorosos lábios.

»Miraba á los orgullosos caballeros, cubiertos de seda y oro; veia á sus nobles corceles ataviados con púrpura y galas ricamente franjeadas.»

Viene en seguida la pregunta inocente que ha de ser causa de una gran tragedia:

—«Ah, dime—dijo ella, que nada conocia de los celos:—¿dónde está entre todos esos caballeros el conde de Holanda?

»Oye su marido la pregunta y la mira fijamente; palidecen y tiemblan los lábios de la dama y golpea su corazon.

—»Mira—dice él con un gesto,—en la turba lejana de condes, hay un leon de gules en campo de oro.

»Aquel caballero tan perfecto es el conde de Holanda; examínale bien, porque su hora final ha sonado.

»La bella Blanca se retira temblando de la ventana; nada queda ya alegre para ella en la escena que está ante su vista.»

Y entonces, cuando Floris IV pasa por la puerta en que Blanca está sentada rodeada de las damas de su córte,

© Biblioteca Nacional de España

«Levanta sus ojos y la lanza del falso Clermont atraviesa el corazon inocente del conde, que cae al suelo sin vida.»

No, sin embargo, sin venganza.

«El bravo Cleve toma su heróica espada, la prenda de amistad, y atraviesa con ella al cobarde asesino.

»La aterrorizada Blanca oye hablar del crímen y de su castigo; la asustada Blanca contempla los dos cadáveres.

»Sus rodillas flaquean, su sangre y su aliento quedan inmóviles; da un grito, muere y cae la sombría cortina.»

Pero fué en los dias oscuros del destierro cuando el génio de Bilderdyck llegó al grado más alto de desarrollo. De los poemas escritos ó concebidos por él durante ese período podemos decir en el lenguaje de Southey (1):

«The language of a state
Inferior in illustrious deeds to none,
But circunscribed by narrow bonds, aud now
Sinking in irrecoverable decline,
Hath pent within its sphere a name wherewith
Europe should else have rung from side to side.»

El horizonte del poeta se agranda considerablemente; no se reduce ya al órden de asuntos, pequeño en cierto modo, que hasta entónces habia parecido que contenia para él todo cuanto hay en el cielo y en la tierra; se mueve tambien con mayor libertad y no está ya amarrado de pies y manos á aquellas formas clásicas, cuyo reposo perfecto jamás habia alcanzado, y en cuyo seno habia intentado en vano inocular vida nueva. En la poesía de esa época distinguimos tambien el mágico poder de Bilderdyck sobre el idioma de Holanda. La pintura de su palabra es perfectamente maravillosa; el colorido afectivo de alguno de sus poemas recuerda los paisajes meridionales. ¿Cómo pudo aquel holandés huraño, intratable, colérico, cuya presencia personal repelia al amor é imponia la

(1) El lenguaje de un Estado—á ninguno inferior en ilustres hazañas, pero circunscrito por estrechos límites, y hundiéndose ahora con decadencia incurable—habia escrito dentro de su esfera un nombre con el que Europa en otro caso se hubiese alborotado de estremo á estremo.

© Biblioteca Nacional de España

admiracion, haber escrito aquellos poemas exquisitamente tiernos que se encuentran esparcidos en la coleccion de sus obras? Tal vez puede hallarse la explicacion en el hecho de que la sangre que corria por sus venas no era solo procedente del tibio Oeste, sino tambien de las abrasadoras tierras donde el sol despierta de su soñolencia.

Leyendo estos poemas se puede entender fácilmente la impopularidad de Bilderdyck, más aun, la oposicion que encontró de todos lados. En vez de ser un verdadero holandés de aquel tiempo, fué más bien el reverso; en lugar de ser el eco de su época, cuya voz se hizo oir aún en las tierras bajas, fué más bien un predicador en el desierto; una voz elevando su protesta contra la época en que le habia tocado venir al mundo. El tono de su poesía fué de reaccion. Conocia poco los tiempos en que vivia, porque su corazon latia en dias remotos y entre escenas pasadas mucho tiempo há. Su escaso conocimiento, sin embargo, le exasperaba extraordinariamente contra las instituciones y hombres que le rodeaban: se sentia, por consiguiente, llamado á resistir hasta la muerte, al espíritu de la época y sonaba en sus oidos tan solo un anatema largamente prolongado.

Sus poemas religiosos no concuerdan con el axioma moderno que ha decretado el divorcio entre la religion y la teología. En un tiempo en que el pueblo estaba sumido en las profundidades de lo irreligioso, y cuando el único medio de redimirle de su estado de degradacion consistia en despertar los sentimientos religiosos ó ideales, Bilderdyck no pudo concebir más religion que la teología calvinista del siglo diez y siete. El sistema que representa á Dios como el más arbitrario de los jueces y al cielo como el más aristocrático de los *clubs*, era para él la única salvacion posible para una época cansada de toda inquisicion, teológica ó política.

Aristócrata y realista, odiaba al pueblo con todas sus fuerzas y lo publicaba continuamente. Tampoco le gustaban esos aristócratas de menor cuantía que segun él arrebataban el poder que solo debia pertenecer á la monarquía. Todas las revoluciones, casi es supérfluo decirlo, no solo le parecian desagradables, sino injustificables. No puede imaginarse un

© Biblioteca Nacional de España

anacronismo mayor que Bilderdyck. Colocado en medio de una turba revolucionaria que exhibia todas las pasiones del bruto, bajo el embriagador poder de una libertad recien adquirida, suspira él por la vuelta de aquellas edades medias que están muy cerca de su ideal.

No necesitamos adherirnos escrupulosamente al órden cronológico de sus poemas políticos. Es innegable el tono patriótico de la mayor parte de ellos y no puede separarse de su belleza el reflejo que hay en ellos, lo mismo que en todas sus poesías, de su peculiar individualidad y de la influencia de sus propias opiniones políticas. Hay elocuencia en las líneas en que predice la ruina de su país; hay magestad en su *Oda á Napoleon* y un tono casi profético en aquel melancólico *Adios*, que escribió en los dias más oscuros del dominio francés. ¿Y qué poeta holandés ha celebrado la independencia de su país en estilo de más magnífico triunfo, que el hombre que más habia sentido su degradacion y miseria?

Su poema más célebre, escrito en el período de su emigracion, es el *Ziekte der Geleerden* (enfermedades de los sábios). Este curioso poema está dividido en seis cantos. El lector que se figure la musa como una forma misteriosa de belleza sobrehumana, cubierta con soñado crepúsculo, llena de alma é imaginacion, susurrando con dulces acentos interrumpidos, más sublimes si son algo ininteligibles, se quedará amargamente desengañado; la musa de Bilderdyck es *doctora en medicina*. El *Ziekte der Geleerden* es una farmacopea en verso. En él se encuentra una descripcion de las dolencias y enfermedades que afligen á la humanidad; invita á escuchar una discusion de los varios modos de curar, y hace pensar al lector, si antes no le hace dormir, en estas saludable máximas: «la medicina puede ayudar á la naturaleza en su tarea de curar, pero no puede reponerla» y «No creas en la mágia,» que traducida en lenguaje vulgar, dice: «No te fies en los charlatanes.»

Pero necesitamos apresurarnos para considerar otro poema, que en opinion de los críticos holandeses, ha levantado á Bilderdyck, cuando ménos, al nivel de Shakspeare y Goethe. En el mismo período de su destierro concibió el plan de escri-

© Biblioteca Nacional de España

bir un gran poema épico, *La destruccion del primer mundo*. Lo empezó á fines de 1809, y su inspiracion quedó desgraciadamente interrumpida cuando estaba en su punto más alto, por aflicciones domésticas, seguidas de grandes calamidades nacionales. Cayó para siempre la pluma de sus manos, y su poema es para siempre un fragmento, un torso en el cual el complemento de los perfiles, el arreglo de los detalles y, sobre todo, el acabamiento de la figura quedan entregados al juicio del lector.

¡Un poema épico en pleno siglo XIX!

Atrevida era la empresa. Una época escéptica y crítica no es épica. La atmósfera para lo épico, la pueril fé de los hombres de Homero, ó la creencia perdida de los contemporáneos de Dante, ¿dónde la encontraremos al ver que de nada estamos ciertos sino de la incertidumbre? La gloria de Goethe fué escribir con victorioso éxito un poema épico en el siglo XIX. Pero tuvo el valor de colocar en el trono que dejó vacante la caida del paganismo, y en el cual el tradicional cristianismo no podia mantenerse por más tiempo, una filosofía grande y noble, la filosofía de la naturaleza. Lo *épico* de Goethe es un grito del corazon de la naturaleza.

El poeta holandés nos hace retroceder á los dias de la mitología hebrea: él nos hablará de «la destruccion del primer mundo, de cómo el Omnipotente, cansado del conflicto con los hombres, destruyó la tierra por medio de una inundacion.» Asunto como este era digno de un gran poeta, y algunos de los episodios merecen ser colocados entre las obras maestras de la poesía. La pompa de los alejandrinos nunca se desplegó más brillantemente que en esos cantos de *De Ondergang der Eerste Waereld*. Hay tambien sublimidad de concepcion y un rigor de ejecucion que no pueden ménos de excitar la admiracion general. Y sin embargo, con todas sus grandes é innegables bellezas, el poema no nos deja satisfechos. ¡Estamos ya tan léjos de aquel mundo, que todo el arte del poeta no puede darnos un puente para salvar el abismo que nos separa de él!

Muy poco espacio queda para un cortísimo extracto. Repárese en la descripcion de Elpina, una de las hijas de Cain.

© Biblioteca Nacional de España

Nos la representa como una huérfana que ha perdido la inocencia de su juventud.

«Es de noche: los argentados rayos de la luna caen sobre el espumoso arroyo, la brisa juega en el bosque ó persigue las pequeñas olas ó besa las mejillas de Elpina, bañadas en lágrimas, que nadie ha de enjugar. Sentada está Elpina, sumida en honda pena, como estátua de mármol. La antorcha del dia, ya casi apagada del todo, y las estrellas á punto de iluminar la oscuridad; pero todo esto queda desapercibido á sus ojos..... Un breve momento pasa. Una vez más está en los brazos del jóven cuya pasion ha sido más fuerte que su virtud. Siente ella la presion de sus brazos y los latidos de su corazon en unísono con los suyos propios, y al tocar él sus labios y abrir ella sus ojos medio cerrados, ven al mismo sér celestial que se habia unido á ella con tiernos abrazos, y cuya prenda de amor lleva ella aún ahora. Su gozo es tan abrumador que se siente morir.....»

El episodio concluye con una lucha entre Elpina y su amante. Este jura que abandonará el eden para ser su marido: ella rehusa, vacila y acaba por ceder; pero cuando su amante le anuncia que se hará el jefe de una segunda rebelion y reconquistará el Paraiso para la humanidad, sus sentimientos mejores se levantan y se pronuncia contra esta determinacion. «Una esperanza sola nos queda, la gracia de Dios. Su redencion y restauracion.....Entonces deja al jóven abandonado á sí mismo.»

Comparemos la Elpina de Bilderdyck con la Margarita de Goethe. La gloria de la doncella de Goethe es su divina ignorancia: tan pura es despues de la caida como lo habia sido antes. Elpina, no; Elpina es una mujer que se encuentra á cada paso en el mundo. Concedido que la pintura es intensamente dramática y contiene toques de sutil análisis psicológico; todavía podemos preguntar: ¿cuál de las dos es más grande, Elpina ó Gretchen? Pero decidme: ¿cuál es más grandiosa, una noche de calma primaveral, ó una tempestuosa del invierno?

Los volúmenes con fantásticos títulos que Bilderdyck publicó en posteriores dias, contienen señales evidentes de que

© Biblioteca Nacional de España

su poesía declinaba. Pero habia hecho ya lo bastante para colocar su nombre al lado de un Vondel y para ser puesto en fila con los hombres más ilustres de Holanda. Aunque no hubiera hecho más que escribir el fragmento titulado *La destruccion del primer mundo*, habria tenido derecho para reclamar asiento entre los príncipes de la poesía.

A. SHWARTZ.

(Macmillan's Magazine.)

A LA MUERTE DE UN POETA.

SONETO.

Ya tus cansadas fuerzas se rindieron:
Busca el alma á su Dios, el cuerpo espira
Y el postrimer acento de tu lira
Las brisas de la tarde recogieron.

Los poetas insignes no murieron;
Viven mientras el mundo los admira,
Pues los que el númen celestial inspira
Son más que cuando son, cuando ya fueron.

Al terminar la vida transitoria,
Tras la muerte, que es noche del olvido,
Alumbra un nuevo sol; el de la gloria.

El lauro es inmortal, Dios lo ha querido;
Pues si eterno no fuese ante la historia
¡De qué sirviera al génio haber nacido!

A. CHARRO-HIDALGO.

© Biblioteca Nacional de España

LA EDUCACION NACIONAL
COMO UN DEBER DE LA NACION (1).

Me habeis dispensado el gran honor de pedirme que viniese á Manchester para distribuir los premios y certificados otorgados por las Universidades de Cambridge y Oxford en los últimos exámenes locales á los candidatos procedentes de esta ciudad y sus cercanías.

Algun tiempo he vacilado antes de aceptar vuestra lisonjera invitacion, porque no podia dejar de comprender que si los que en años anteriores se encargaron de este cometido dieron solo con su presencia honor y lustre á estas reuniones y las revistieron de importancia política, no me era dado prestaros tal cooperacion.

Si al fin me dejé persuadir por las reiteradas instancias de vuestro Comité, fué porque creo que, sea cual fuere la superioridad que mis predecesores tengan sobre mí en otras cosas, no necesito cederles la primacía en el vivo interés que he sentido toda mi vida por la causa de la educacion, en el más ámplio sentido de la palabra; debiendo añadir que siento y he sentido desde un principio el interés más profundo por este sistema de exámenes locales que se verifican con creciente éxito, y cuyos resultados estamos tocando.

Pocos recuerdan tal vez entre los presentes los comienzos de esos exámenes locales, establecidos bajo los auspicios de las dos Universidades, Oxford y Cambridge. Los recuerdo bien, y cuando veo cómo ha crecido y sigue creciendo el árbol, y extiende más y más sus ramas todos los años, experimento una satisfaccion no escasa, pensando que estuve pre-

(1) Discurso pronunciado en la Asociacion libre-cambista de Manchester el 27 de Octubre de 1875 por el profesor Max Müller.

© Biblioteca Nacional de España

sente cuando se plantó, ó mejor, que presté alguna ayuda, aunque pequeña, para que se plantara.

Y puedo aseguraros, señores, que no era cosa muy fácil plantar este árbol. El primer generoso impulso vino de Oxford; pero de Oxford vino tambien el primer obstáculo. Me remonto en mi pensamiento al año 1857, en que Mr. Acland, sir Thomas Acland en la actualidad, me habló primero de esa idea y de que podia hacerse mucho para fomentar las escuelas intermedias en toda Inglaterra si las Universidades se encargaran de examinarlas, y de otorgar ciertos diplomas académicos á los mejores candidatos y á las mejores escuelas.

Hombres habia en Oxford que comprendieron desde luego la excelencia de ese plan; pero hubo otros tambien que lo trataron abiertamente con desprecio y escarnio. Se nos dijo por unos que nadie vendria á sufrir el exámen por su propia voluntad; por otros, que habria tantos candidatos, que la Universidad no podria reunir suficiente número de examinadores, y se consideraba al mismo tiempo como alta traicion el otorgar títulos académicos de *Asociado en artes* á gentes que no conocieran el griego ni el latin.

Mientras estas disensiones continuaban, Mr. Acland y algunos amigos suyos resolvieron hacer el experimento, y en Junio de 1857 celebraron el primer exámen de las susodichas escuelas en Devonshire. No hay nada como hacer experimentos, y el de Mr. Acland probó al ménos tres cosas:

1.° Que las escuelas intermedias *(middle-class schools)* debian ser objeto de más cuidadosa atencion.

2.° Que las escuelas intermedias *deseaban* que se las atendiera más cuidadosamente.

3.° Que los exámenes no tropezaban con dificultades insuperables que debieran asustar á las Universidades llamadas á cumplir este importante encargo.

Yo fuí en Exeter uno de los examinadores, y recuerdo muy bien la entusiasta reunion que allí se celebró, pues fué aquella la primera vez que me presté á hablar, ó mejor, á tartamudear en público (1).

(1) Some Account of the Origin and objects of the new Oxford exami-

© Biblioteca Nacional de España

El plan de Mr. Acland fué aceptado muy luego por la Universidad; y cuando miro los excelentes resultados que ha producido en toda Inglaterra durante los últimos diez y siete años, me parece que sir Thomas Acland, digno hijo de un padre digno, ha merecido bien de su pátria, y que ningun honor que la nacion le dispensara seria demasiado alto como recompensa del grande y duradero beneficio que por haber tomado la iniciativa de esos exámenes locales ha hecho á la nacion.

No hablo á la ventura, y sé que puedo apelar á todos los que aquí están, padres, profesores y alumnos que han sido enseñados sucesivamente por este sistema, y que se han reunido hoy en este sitio para recibir sus premios y certificados con objeto de que me sostengan cuando diga que esos exámenes son una verdadera bendicion para los maestros y para los discípulos.

Y sus medios de ser útiles no se han agotado en manera alguna.

En la actualidad las escuelas consideran como un honor el triunfo de un corto número de discípulos y que varios conquisten premios y certificados. Dia vendrá, lo espero, en que las escuelas no quedarán satisfechas si casi todos los discípulos no son aprobados, y si la mitad al ménos no obtiene premios y certificados. Mientras no se consideren las escuelas en el deber de presentar á exámen en ciertos períodos todos sus alumnos, el verdadero fin de estos exámenes estará por realizar: no, temo que su objeto no se conseguirá, si se anima á los maestros para que aspiren á sobresalir en algunos en vez de proponerse un aprovechamiento igual en todos los alumnos.

Y no ganarán solamente las escuelas con estos exámenes locales, sino tambien la educacion doméstica, y muy particularmente la educacion doméstica de las jóvenes. Permitidme que os dé cuenta de mi propia experiencia en la materia. Como antes no habia ninguna buena escuela de jóvenes en Oxford, y tengo el gusto de anunciar que se abrirá en la semana próxima una escuela superior de jóvenes en esa poblacion,

nations for the Title of Associate in Arts and certificates, for the year 1858 By T. D. Acland Esq. London: J. Ridway. 1858.

© Biblioteca Nacional de España

mis niñas tenian que educarse en casa; pero á ellas y al aya les dije que les haria examinar anualmente en los exámenes locales. Esto les dió nuevo ardor, impuso una direccion determinada á sus estudios, les hizo tomar aficion á su trabajo, y á despecho de todos los inconvenientes de la educacion doméstica, los resultados han sido sumamente satisfactorios. Hice que mis dos niñas mayores se examinaran el año pasado, principalmente para enterarme de los puntos en que flaqueaban y de aquellos en que estaban mejor instruidas, las he presentado nuevamente este año como candidatos *juniors*, y si mirais la lista que teneis en vuestras manos, encontrareis sus dos nombres en puestos muy honrosos. Las volveré á presentar el año próximo y todos los años hasta que su educacion termine, y puedo asegurar á todos los padres que se ven obligados á educar sus hijas en casa, que por grande que el mérito del aya sea, encontrarán en estos exámenes el guía más útil, el más eficaz estímulo, y por último, la más lisonjera recompensa, así para quien enseña como para quien aprende.

En 1857, sin embargo, yo no tenia aún ese interés egoista en estos exámenes, y os sorprenderá tal vez el motivo que me llevó desde Oxford á Exeter para asistir y ayudar en la primera prueba de estos exámenes locales. Pues bien: sabeis que la educacion ha sido mucho tiempo nuestro objeto favorito en Alemania, el único lujo grande que ha disfrutado libremente un país tan pobre como es y será siempre Alemania. Pero debo confesar que yo estaba influido quizá, no solo por una inclinacion nacional, sino tambien por lo que se llama ahora propension de familia ó *atavismo*, ese misterioso poder que preserva ciertas peculiaridades hereditarias en determinadas familias y que, si es verdad que descendemos de algunos animales inferiores, podria servirnos tal vez para explicar algunos extraños y sorprendentes rasgos de la humana naturaleza. Mi propio *Atavus*, ó en otros términos, mi bisabuelo, fué Basedow (1723-1790), cuyo nombre no ha oido quizás ninguno de vosotros hasta hoy, pero que es muy conocido en Alemania como reformador de nuestra educacion nacional, como precursor de Pestalozzi, como el primero que en el pasado siglo movió la conciencia del pueblo aleman y de sus gobernantes,

© Biblioteca Nacional de España

y les enseñó por último esta gran leccion; que despues del deber de la propia conservacion, no hay para las naciones ninguno tan alto, tan sagrado como la educacion nacional.

Suena esto para nosotros como verdad evidente; pero no sucedia lo mismo cien años há. La idea de que una nacion en general y cada hombre y cada mujer en particular son responsables de la educacion de cada niño, es muy moderna: no es en realidad mucho más vieja que los ferro-carriles y los telégrafos. Grandes hombres, como Alfredo y Carlomagno, vislumbraron esa idea; pero los tiempos eran demasiado oscuros é inflexibles para ellos. Durante casi toda la Edad Media casi no vemos otra cosa que escuelas monásticas y episcopales principalmente organizadas para la educacion del clero, pero abiertas tambien en algunas partes para los seglares; pero escuelas para la nacion en general y sostenidas por la nacion en general, no habia ninguna. Entonces vino la Reforma, verdadera germinacion de la lectura de la Biblia por los seglares. Los reformadores clamaron de una vez por escuelas; pero esto fué como un grito en el desierto. Mucho hicieron sin duda los reformadores, muchos de los cuales eran excelentes maestros de escuela, y sabian perfectamente que el cristianismo podia degradarse y aun destruirse en paises en que la educacion popular estuviera descuidada. Todo clérigo protestante se hizo *ipso facto* maestro de escuela. Tenia que cuidar de que los niños de su parroquia fueran capaces al ménos de leer la Biblia y decir el Catecismo. Esto esplica históricamente que en los paises protestantes la escuela haya sido tanto tiempo un mero apéndice de la Iglesia.

Despues de algun tiempo, sin embargo, teniendo el clérigo mucho que hacer, se aseguró el concurso del sacristan ó sepulturero, que á más de sus ordinarias obligaciones de campanero, organista, asistente en bautizos y bodas y enterrador, tuvo la del maestro de escuela y que enseñar por tanto á los niños lectura, escritura y cuentas. Así comenzaron nuestras escuelas y nuestros maestros; pero en Alemania hasta estos mismos comienzos fueron barridos pronto por la guerra de treinta años.

Cuando en el siglo XVIII empezaron las gentes á respirar

© Biblioteca Nacional de España

y á curar de estas cosas, el estado de las clases bajas y medias de Alemania era deplorable tocante á la educacion. Habia escuelas eclesiásticas, civiles, privadas, esparcidas aquí y allá, algunas buenas, algunas insignificantes, malas las más, pero nunca se pensó en un mecanismo que asegurara la educacion de todos los niños del país.

Mi *Atavus*, el viejo Basedow fué quien unos cien años há levantó el primer grito de guerra por la educacion nacional en Alemania. Necesitaria yo mucho tiempo si tratara de daros una reseña de su vida. Tuve que escribirla últimamente para la *Deutsche Biographie*, publicada por el Gobierno bávaro. Fué una vida agitada la suya, como fué y será siempre la de todos los verdaderos reformadores. Intentó tal vez demasiado y se adelantó demasiado á su tiempo. Pero sean cualesquiera sus aciertos y sus errores, proclamó este gran principio que ha quedado desde entonces firmemente afirmado en el pensamiento aleman, el principio de que la educacion nacional es un deber sagrado, y que entregarla al azar, á la Iglesia ó á la caridad es un pecado nacional. Esta conviccion ha quedado impresa en el pensamiento aleman aun en los dias de mayor degradacion política para nosotros, y á esta conviccion y á la actividad de la nacion para llevarla á la realidad, debe Alemania lo que es, su misma existencia entre las naciones de Europa.

Otro principio que se afirmaba desde que el primero era aceptado, es este: que en las escuelas nacionales, que en las escuelas sostenidas por la nacion solo puede enseñarse lo que todos admiten. De aquí que no se pueda enseñar teología cuando los niños pertenecen á diferentes sectas. Por irresistible que este argumento sea, levantó una terrible protesta. Pensó Basedow algun tiempo en formar una especie de religion lata que no atacase á ninguna secta cristiana, ni aún á los judíos ó mahometanos. Pero fracasó naturalmente en esta tentativa. Era la suya una inteligencia profundamente religiosa; pero la educacion nacional habia llegado á ser para él una pasion tan absorbente, que todo debia cederle el paso, en su juicio.

Confieso que estoy completamente de acuerdo en este pun-

© Biblioteca Nacional de España

to con Basedow. Si fuera posible imaginar una religion ó una secta que tratara de dificultar ó de retardar la educacion popular, yo diria que esa religion no puede ser verdadera, y que por lo tanto mientras más pronto desaparezca, ha de ser mejor para todos. Digo lo mismo de la educacion nacional. Si hubiese, si pudiera haber un sistema de educacion nacional que excluyese la educacion religiosa, ese sistema no puede ser verdadero, y mientras más pronto desaparezca, mejor será para todos.

El pobre Basedow se encontró pronto en un conflicto con la Iglesia: le privaron de su cátedra en Dinamarca, aunque el rey, más ilustrado que su pueblo, le conservó todo su sueldo como pension vitalicia. En Alemania fué excomulgado, no por el Papa, sino por el clero protestante de Hamburgo, que lo excluyó á él y á todos los individuos de su familia de la comunion. La canalla se levantó en Hamburgo contra él, sus libros fueron prohibidos y no halló reposo hasta que el duque de Dessau, un hombre que se atrevia á pensar y á obrar con riesgo propio, le invitó á residir en su capital para que le ayudase á introducir en su pequeño ducado un sistema más perfecto de educacion nacional.

Todas estas cosas han pasado á la historia y están casi olvidadas hoy, aun en Alemania. Muchas teorías de Basedow tenian que ser abandonadas, pero los dos principios fundamentales de educacion nacional quedaron firmemente establecidos y no han sido nunca socavados. Se han estendido por toda Alemania, están adoptados en Dinamarca, Suecia, Rusia, y se han abierto paso últimamente en Italia, nacion que está consagrando los mayores esfuerzos á la educacion nacional, conociendo que depende de esta su misma existencia.

Dos paises solamente, Francia é Inglaterra, se conservan todavía apartados. Y sin embargo, cuando oimos á un ministro de la Instruccion pública en Francia (Julio Simon) estas palabras: «Sí, hay escuelas, muchas escuelas; pero una cosa nos hace falta todavía, y por eso no desfallezco; no hemos obtenido todavía la instruccion gratuita y obligatoria;» cuando vemos en Inglaterra que las convicciones respecto de la educacion adquieren demasiada fuerza para los partidos, que

© Biblioteca Nacional de España

Mr. Forster preferiria romper con sus amigos á prescindir de sus profundas y honradas convicciones, que Mr. Cross es más liberal, más atrevido que el mismo Mr. Forster en favor de la educacion nacional obligatoria; cuando considerais de qué modo uno de los predicadores más distinguidos de la Iglesia de Inglaterra, cuya muerte llora hoy mismo el país, insistió toda su vida en la separacion de la Iglesia y la enseñanza escolar como solucion única del problema de la educacion; más aún: cuando recordais las palabras pronunciadas no há mucho por vuestro excelente y reputado obispo, segun el cual es mejor para la Iglesia entregar todas sus escuelas que consentir en la existencia de una sola escuela insuficiente, podeis tener la seguridad de que ha llegado el tiempo en que Inglaterra reconocerá tambien esos dos principios fundamentales, educacion por la nacion y para la nacion, y completa separacion de la enseñanza de la escuela y de la enseñanza de la Iglesia. Y creedme; luego que estos dos principios sean reconocidos, la mayor parte de las dificultades, así teológicas como económicas, que complican actualmente el problema de la educacion, habrán desaparecido.

El clero se verá libre de su falsa y envidiosa posicion actual. Ellos, así los protestantes como los *no-conformistas (non-conformists)* y los católicos romanos, podrán enseñar á ciertas horas en cualquier dia de la semana ó en escuelas dominicales la religion que tienen el derecho y el deber de enseñar. No ha de faltarles tiempo, pues lo mejor será siempre que los niños aprendan lo ménos posible teología, como cosa distinta de la religion. No se impondrá ninguna condicion á las conciencias ni habrá escrúpulos que perturben á los que enseñen religion. Tendremos en realidad educacion religiosa en todas las escuelas, no educacion religiosa á medias; y en cuanto á la remuneracion particular, entiendo que si todas las cantidades que están presupuestadas actualmente para las escuelas de las Iglesias se diesen al clero, particularmente á los curas pobres, como maestros de religion de su rebaño, el dinero estaria bien empleado.

Entonces los gastos íntegros de la educacion nacional, que en no pequeña parte se cubren actualmente por la caridad

© Biblioteca Nacional de España

particular, tendria sin duda que pagarlos la nacion, no de otra suerte que el ejército, la armada y la administracion civil.

Siempre que digo esto, la contestacion que recibo es la siguiente: «Sí, se comprende muy bien que lo diga un extranjero; pero esa es una idea completamente extraña á los ingleses; ningun inglés verdadero hará caso de ella un solo momento.»

Yo juzgo siempre esa contestacion señal llena de esperanzas; muestra que todos los otros pertrechos de la argumentacion contraria se han gastado, pues nadie hace fuego con pólvora sola cuando todavía le queda una bala.

Nadie está más distante que yo de sostener que el sistema aleman de educacion nacional debe transplantarse á Inglaterra. Hablo tan solo de los grandes principios que son buenos ó malos en sí mismos y no tienen nada que ver con el carácter nacional ó las circunstancias históricas. Nadie puede haber pasado la mitad de su vida en Alemania y la otra mitad en Inglaterra sin comprender que es completamente impracticable trasladar las instituciones inglesas á Alemania y las instituciones alemanas á Inglaterra. Alemania ha tenido que sufrir grandes penalidades por su tentativa de copiar la forma inglesa del gobierno constitucional, y la educacion nacional fracasaria ciertamente en Inglaterra, si hubiera de ser una imitacion del sistema aleman ó del francés. Vosotros no quereis un ministro de la Instruccion pública que pudiese mirar al reloj y deciros que en ese intante todos los niños de Francia estarian leyendo *Gallia est omnis divisa in partes tres*. Pero si tuviérais un presidente del Consejo que pudiera mirar al reloj y decir: en este momento ningun niño mayor de seis ó menor de trece años está malgastando el tiempo en las calles,—¿seria eso, por ventura, tan intolerable?

La parte que habria de corresponder á las autoridades en el régimen de las escuelas, las materias que deberian enseñarse, los libros, las horas, los sueldos que debieran señalarse, son cuestiones de detalle, que consienten gran diversidad, una vez admitido el gran principio de que la escuela pertenece al Estado y que el Estado es responsable de su eficacia, como es responsable de las condiciones del ejército, la armada y aun

© Biblioteca Nacional de España

del servicio de correos. Es un mal proceder no conducir las cartas por el correo. Es criminal la venta de los venenos. ¿Seria llevar demasiado léjos este principio que el Parlamento insistiera en que nadie debe abrir una escuela privada, sin que el Gobierno esté satisfecho de la salubridad del alimento moral é intelectual que se espenda en esas escuelas á los niños desamparados? Sé que el gobierno paternal no suena muy bien en los oidos ingleses; pero si hay quien tenga derecho á un gobierno paternal, son ciertamente «esos pequeñuelos que no deben perecer.»

Estas no son cuestiones políticas, son cuestiones que conciernen á todos los hombres, sin distincion de nacionalidades. Son cuestiones religiosas en el sentido más verdadero de la palabra.

Apenas quiero referirme á los puntos más secundarios que se relacionan con la gran cuestion de la educacion nacional. Por grandes que ahora parezcan, disminuirian desde el momento en que la educacion nacional fuese considerada como un deber de la nacion. Fijémonos, por ejemplo, en las dificultades económicas.

¿Qué haceis convirtiendo en carga anual del Tesoro público la educacion nacional? Sustituir, pura y simplemente, con un tributo racional y nacional, un tributo irracional y accidental. John Bull paga los impuestos, John Bull paga las obras de caridad, y los únicos que tienen un motivo comprensible para oponerse á la distribucion equitativa de los impuestos de educacion son aquellos que no quieren pagar la parte que les corresponde.

En segundo lugar, nada podria ser más costoso que el sistema actual, en que cada parroquia, ó en general todo clérigo, necesita tener su pequeña escuela. Refundiendo en una tres ó cuatro escuelas, no solo obtendreis una economía, sino estareis tambien en condiciones de elevar la enseñanza, que con frecuencia es en la actualidad miserable, al más alto grado de influencia.

En este punto quisiera decir algunas palabras más, si me dais vuestro permiso. Para tener buena educacion necesitais gentes que sepan educar. Verdad es que ya no empleamos al

© Biblioteca Nacional de España

sepulturero que, además de repicar, tocar el órgano y enterrar, tenia que enseñar á los niños en la escuela. Pero todavía estamos muy mal. El maestro de escuela es todavía en muchas partes criado del clérigo: su trabajo es rudo, y nunca gana mucho más de 150 libras esterlinas al año. ¿Qué se puede esperar en tales condiciones? Un jóven maestro de escuela podria empezar con mucho ménos si se le abriese una carrera. En el ejército, un hombre empieza con el grado de teniente; pero puede acabar con los entorchados de general. ¿Es por ventura la enseñanza una profesion inferior á la de adiestrar soldados en el ejército? En todos los departamentos civiles una persona decente empieza con poco, pero asciende y tiene la perspectiva de una pension de retiro cuando termina. ¿Es el cargo de maestro demasiado inferior para una persona decente? Dejad que os lea lo que dijo Nieburh sobre este asunto, y recordad que lo dijo despues de haber sido embajador de Prusia en Roma:

«El cargo de maestro de escuela, en particular, es uno de los más honrosos, y á despecho de todos los contratiempos que de cuando en cuando perturban su belleza ideal, es para un corazon verdaderamente noble el más noble camino de la vida. Es el camino que elegí para mí, y mucho me alegraria de haberlo seguido.» ¿Es el enseñar tan repulsivo, aunque sea enseñar el A, B, C? ¿Se retiran las gentes de funciones que son á primera vista más repulsivas en la carrera médica? ¿Tiene el maestro de escuela ménos ocasiones de hacer bien que el clérigo? Si las personas decentes pueden ser inspectores de las escuelas, ¿por qué no han de ser maestros de escuela? Haced que sea la educacion un ramo de la administracion; haced de los maestros de escuela lo que son realmente en el verdadero sentido de la palabra, servidores de la reina, y encontrareis dispuestos en el país los mejores talentos y el mejor material moral para hacer maestros de escuela realmente útiles.

Sin embargo, á pesar de todas las economías que podrian conseguirse con la refundicion de escuelas, habria, sin duda, que hacer al principio un considerable gasto. Solo quiero que se nos deje llamarlo por su nombre: no es un gasto, es inver-

© Biblioteca Nacional de España

sion, la mejor y más lucrativa del mundo. Esto es lo que predico siempre á los padres que creen demasiado costosa la educacion de sus hijos. Yo no digo que la educacion no es demasiado costosa. Es á menudo escandalosamente cara. Pero sostengo, sin embargo, que es mucho mejor gastar el dinero en la mejor educacion que se puede tener, que dejar á cada hijo mil libras más. Esto mismo debia predicarse en todo el país hasta que la nacion, que consiste, despues de todo, en muchos padres de familia, entienda que sacará un interés mucho mayor al dinero invertido en la educacion inglesa que al capital que se invierta en los fondos ingleses, ó mejor, en los turcos. Así como los padres nécios tienen que pagar las deudas de sus hijos, las naciones nécias tienen que emplear en cárceles y casas de correccion, ó en manicomios, lo que hubieran podido gastar en la educacion nacional.

Pero no es eso solo. Todas las naciones están tratando actualmente de mejorar sus condiciones por medio de la educacion nacional, y en la pacífica, pero no ménos fiera y resuelta contienda de la competencia mercantil, en la permanente lucha internacional por la vida, el país ménos disciplinado, ménos educado será arrojado al suelo. Un hombre que en los dias que corren no sabe leer se asemeja á un ciego: un hombre que no sabe escribir se asemeja á un sordo-mudo. ¿Son estos los hombres que quiere formar Inglaterra?

Mostrad una vez al pueblo inglés lo que es bueno, y lo hará. ¿Es Inglaterra un país más pobre que Alemania, Dinamarca, Suecia, Rusia ó Italia? Si todos estos países se imponen las más penosas cargas por la educacion obligatoria y gratuita, ¿podrá decir Inglaterra que no puede hacer otro tanto? Cuando se trató de abolir la esclavitud, ¿calculó Inglaterra el coste? Cuando, más tarde, se libró al ejército del estigma de la compra de grados, ¿vaciló el Parlamento en pagar la ley? Sea cual fuere el coste, más tarde ó más temprano se tendrá que acudir á las escuelas. En períodos de guerra, Inglaterra puede soportar un impuesto sobre la renta de diez y ocho peniques por libra y considerarlo como cosa de escasa importancia: los deberes de la paz, de la paz asegurada á este país por una bondadosa Providencia, son tan sagrados

© Biblioteca Nacional de España

como los que impone la guerra; y si los ingleses adquieren, por fin, la conviccion de que la educacion nacional es un deber nacional, pensarán tanto en negarse á este deber nacional como en negar la deuda de la nacion.

Pasarán, tal vez, algunos años antes de que se realice todo esto; pero á medida que vuestro ideal de educacion nacional sea mayor, más valdrá. Un hombre sin ideales es una miserable criatura: una nacion sin ideales nacionales es más miserable todavía.

Oigo decir á menudo que Inglaterra haria por la educacion nacional lo que ha hecho Alemania, lo que Italia está haciendo. No: eso no basta. Hemos hecho cuanto hemos podido en Alemania; pero lo que hemos podido hacer es obra de poca importancia. Nuestras dificultades son enormes. ¿Cómo pagar las escuelas y los maestros con la debida explendidez? El suelo, en la mayor parte de Alemania, es pobre, y por eso el país no será nunca rico. Por otra parte, haremos lo que se quiera, pero viviremos siempre entre dos peligros, entre Francia de una parte y Rusia de la otra, y tendremos que gastar siempre nuestras mayores fuerzas en la propia defensa. Existe entre los hombres de Estado alemanes la más profunda conviccion de que nuestros mayores esfuerzos deben consagrarse al progreso de la educacion nacional: lo único que necesitamos para eso, y al parecer sin fundadas esperanzas de conseguirlo, es una larga paz y un Bismark y un Moltke fundidos en un ministro de Instruccion pública. En Inglaterra teneis todo lo que os hace falta y no hay razon para que Inglaterra no esté tan adelantada en la educacion nacional respecto de Alemania, como Alemania respecto de China. Teneis dinero, teneis paz, teneis espíritu público y teneis lo que vale más que todo, religion práctica; quiero decir que haceis todavía las cosas, aunque os disgusten mucho, porque creeis que tal es la voluntad de Dios. Invertid, pues, vuestro dinero, utilizad vuestra paz, levantad vuestro espíritu público y convenced á las gentes de que la mitad, las tres cuartas partes, las nueve décimas de una verdadera religion práctica es—educacion, educacion nacional obligatoria, y si puede ser, gratuita.

F. Max Müller.

© Biblioteca Nacional de España

DE LA CONSERVACION DE LA ENERGÍA

EN EL MUNDO MATERIAL.

ARTÍCULO 1.º

I.

Uno de los grandes principios que hoy proclaman las ciencias físico-químicas y que va poco á poco extendiendo su accion á las demás ciencias, es el conocido con el nombre que sirve de epígrafe á este artículo: *la conservacion de la energía*.

¿Pero qué espresa esta palabra *energía*, nueva en el vocabulario científico, al ménos con la significacion que hoy se le atribuye?

¿Cuál es su verdadero sentido y su exacta definicion?

¿Por qué es tanta y tan universalmente reconocida su importancia en la ciencia moderna?

Cuestiones son estas que aparecen un tanto oscuras y confusas en la mayor parte de las obras populares, y en no pocas de las obras sérias, si se exceptúan las que, tomando por base la mecánica racional, racional y matemáticamente definen la energía y estudian sus leyes.

Citemos como excepcion á las primeras el excelente libro de Balfour-Stewart de la *Biblioteca científica internacional*, titulado: *La conservation de l'énergie*; citemos aún como modelo entre las segundas la que lleva por título: *Theorie Mécanique de la chaleur*, por Charles Briot: y procuremos exponer

© Biblioteca Nacional de España

brevemente, en solos dos artículos, lo más fundamental de tan interesante cuestion.

La energía, en el sentido científico-vulgar, si se nos permite expresarnos de este modo, es algo parecido á la fuerza, pero que no es la fuerza: una extraña potencia que circula por el universo, que pasa y se trasforma, que ora se divide, ora se condensa, pero conservándose íntegra en su totalidad.

Sabido es, en efecto, que la luz, que el calórico, que el magnetismo, que la electricidad, que la fuerza de atraccion entre los astros, que la fuerza de cohesion entre las moléculas, que probablemente la misma afinidad química, son fenómenos en los que hay un fondo comun constante é invariable; son, repetimos, formas varias de una misma esencia; oleaje al parecer caprichoso de un mismo océano invariable y eterno. Nociones son estas corrientes y admitidas, así en la alta ciencia, como en la ciencia popular; pero un tanto vagas y nebulosas en esta última; como grandes verdades vistas de léjos, cuyas formas totales se distinguen, aunque confusamente, cuyos inciertos contornos se pierden en el brumoso horizonte.

Y para fijar un tanto estos contornos y rasgar hasta donde sea posible estas brumas, será preciso que antes de entrar en materia digamos cuatro palabras sobre la idea que la ciencia moderna se forma del mundo material y de sus leyes.

II.

La física moderna ha simplificado sus antiguas teorías hasta tal punto, que todo su viejo arsenal de fuerzas sin conexion entre sí, de leyes empíricas, de sustancias múltiples, de misteriosas cualidades, de fluidos diversos ha venido á reducirse á tres únicos y sencillísimos términos: la *materia*, la *fuerza* y el *movimiento*.

Con esto, todo, ó casi todo, se explica; y se explica por las leyes racionales de la cantidad y por las leyes racionales de la mecánica; y en fórmulas matemáticas se escribe; y por la observacion y la experiencia se comprueba.

© Biblioteca Nacional de España

Eter, es decir, *materia etérea*, que vibra, es la luz; y la óptica tiene hoy por base la dinámica, y Fresnel y Cauchy, entre otros, someten al cálculo las maravillas de ese nuevo mundo, y como el astrónomo en el cielo, predicen los eclipses de ese otro cielo de lo infinitamente pequeño que huye bajo los gruesos cristales del microscopio y en la nada se esconde, como huyen del astrónomo por los inagotables senos de lo infinito los soles y las nebulosas.

Eter y materia ponderable, vibrando de cierto modo, es lo que constituye la esencia del calor; y la termodinámica, fundada por Mayer y Joule, somete al cálculo esta potencia física, subordinando sus efectos á las leyes de la mecánica; y tan allá llega Clausius en sus admirables investigaciones físico-matemáticas, que calcula la velocidad de traslacion de las moléculas de muchos gases, ni más ni ménos que el astrónomo calcula la velocidad de los astros en sus órbitas; y nos dice, por ejemplo, que á la temperatura cero y á la presion de la atmósfera, la molécula de oxígeno camina con la velocidad de 461^m por segundo; la de azoe, con la velocidad de 492^m; la de hidrógeno, á razon de 1848^m; y que la velocidad media para las moléculas del aire que respiramos es de 485^m. Nuestra envolvente material está, pues, sometida constantemente á este bombardeo de moléculas que, caminando 485^m por segundo, vienen á estrellarse contra la superficie del cuerpo humano, y precisamente esta granizada de moléculas es la presion atmosférica, sin la que nuestra muerte seria inevitable.

Eter que circula, ó éter que se condensa y se dilata, es, segun gran número de físicos, lo que explica los fenómenos eléctricos, comprendiendo en ellos el magnetismo; y lucha la ciencia moderna, por llegar con el cálculo y con la mecánica hasta lo más íntimo de este nuevo órden de hechos naturales, siquiera hasta hoy no sea completa su victoria ni universalmente aceptadas sus nuevas teorías.

En suma: materia y movimiento es el astro que voltea en lo infinito, la molécula que se agita en los cuerpos, el átomo que á la afinidad química se halla sujeto, y el éter que como última expansion de la materia se extiende por todo el espa-

© Biblioteca Nacional de España

cio y trasmite de unos á otros cuerpos ponderables por su movimiento vibratorio, la luz, el calor y la electricidad.

Siempre, pues, hallaremos *algo* que se mueve en espacios infinitos ó en espacios archi-microscópicos, y este algo es la MATERIA: una *causa* de este movimiento, y esta causa es la FUERZA: un *resultado*, es decir, líneas de tal ó cual forma recorridas con mayores ó menores velocidades, y este resultado es el MOVIMIENTO.

La síntesis, pues, de la física moderna se condensa, como digimos al comenzar, en estos tres términos: materia, fuerza y movimiento.

III.

¿Pero la *materia* es única ó hay muchas clases de materia?

¿Son todas iguales, repeticion de un mismo tipo, multiplicidad de una misma unidad, como lo es el espacio en todos sus elementos?

¿O por el contrario hay unas y otras materias que difieren entre sí por cualidades intrínsecas?

En suma: ¿la materia difiere de la materia solo por la *cantidad*, ó por la cantidad y la calidad á la vez?

La ciencia moderna se inclina decididamente á la primera de ámbas hipótesis, que parece la más probable, y muy ilustres químicos la sostienen y pretenden demostrarla. La obra de Mr. Gaudin, titulada *L'architecture du monde des atomes*, obra por todo extremo original y muy digna de estudio, á esta conclusion llega: en ella se vé cómo los átomos y las moléculas de todos los cuerpos simples, y cómo las moléculas de todos los cuerpos compuestos son, por decirlo así, edificios infinitesimales de gallardas formas que reproducen fielmente las de la geometría ideal; cómo la cristalizacion visible de los cuerpos es el resultado de otra cristalizacion más íntima; cómo en los más complicados compuestos de la química orgánica los átomos de hidrógeno, de oxígeno, de carbono y de azoe se agrupan por filas paralelas á ciertos ejes, alternando simétrica y ordenadamente unos y otros cuerpos de modo que

© Biblioteca Nacional de España

resulte una especie de arquitectura atómica y un edificio microscópico de perfecta solidez y equilibrio.

En la obra tambien digna de consideracion de Mr. Lamy, titulada *Unité de la matiére*, se sostiene aún la misma tésis, y partiendo de esta hipótesis, se estudian varias é importantísimas cuestiones de física y de química, como la teoría de los equivalentes entre otras.

Y para no hacer interminable esta discusion, digamos de una vez que en todas partes y por casi todos los hombres de ciencia se consigna ó como cierto, ó por lo ménos como probable, este gran principio: *unidad de la materia*.

Pero si la materia es invariable y es única; si unos cuerpos solo difieren de otros por la cantidad y no por la calidad; si las propiedades físicas y químicas se explican no por diferencias íntimas de naturaleza, sino por diferencias puramente numéricas; si la vieja categoría de la *calidad* ha sido destronada por la ley aritmética de cantidad y del número, especie de sufragio universal del cosmos; y hoy una cualidad cualquiera, el color, la densidad, el peso, la conductibilidad respecto á este ó á aquel fluido, la fuerza elástica, etc., etc., se escribe ó se pugna por escribir en una fórmula, ¿podrá introducirse en la ciencia una simplificacion análoga para el segundo de los tres términos que antes indicábamos? ¿Las fuerzas serán distintas unas de otras, ó serán idénticas? ¿Habrá muchas fuerzas en el universo, ó serán todas sumandos homogéneos de una misma suma? ¿Diferirán por su esencia unas de otras, ó solo por su cantidad?

Muéstrase la ciencia moderna grandemente inclinada, y casi decidida, á contestar afirmativamente á esta pregunta. Y aquí si que es imposible citar autores, físicos y filósofos, en apoyo de tal hipótesis, porque la opinion es casi unánime, y es principio aceptado el de la unidad de la fuerza, base filosófica de la trasformacion de unas en otras; como es, no una mera teoría, sino un hecho de mil maneras comprobado el de dicha trasformacion de las fuerzas físicas y químicas. La luz se convierte en calor, en electricidad, en magnetismo y en fuerza; el calor se trueca en luz, en magnetismo, en fuerza y en electricidad, y la fuerza y el magnetismo y la electricidad se tras-

© Biblioteca Nacional de España

forman unos en otros y en calor y en luz, y aun en acciones químicas. Todos los aparatos de la física, todos los motores de la industria, todos los fenómenos del cosmos, son prueba elocuente de esta verdad: es, pues, inútil insistir sobre ella.

¿Qué son, para no citar más que un solo ejemplo, el calor y su fuerza? Un movimiento del éter ó de las moléculas ponderables de los cuerpos, no una fuerza especialísima y distinta de las otras, como antes se creia. El fuego que brilla en el hogar de una locomotora es la vibracion de las moléculas de carbono y de oxígeno que se precipitan unas sobre otras en el centro de ese hogar, y el tren que marcha no es otra cosa que aquella misma vibracion; el movimiento vibratorio del combustible y del aire se ha trasformado en un movimiento progresivo; aquellas moléculas que en una cárcel de hierro se agitaban, han trasmitido su agitacion y su movimiento á todo el tren, y aun á su propio férreo calabozo: trasformacion no única ni sin ejemplo en la vida.

Consignemos, pues, como segunda ley del mundo físico esta gran ley: *unidad de todas las fuerzas*.

¿Tambien de las fuerzas químicas, tambien de la afinidad? podrá preguntársenos. Es lo probable, aunque sobre este punto no haya pronunciado la ciencia su última palabra, y aunque hoy esté en baja, si así puede decirse, la antigua teoría eléctrica de la afinidad.

IV.

Materia, y *fuerza* como elementos primarios, y como resultado el *movimiento:* he aquí toda la física moderna y quizá toda la química.

Pero la tendencia hácia la unidad del espíritu humano es tan incontrastable, y tan insaciable al mismo tiempo, que ya no basta tan poderosa síntesis á satisfacerle, y cáusale enojo ese dualismo entre la materia y la fuerza, y busca otra más alta y más suprema unidad. Y de aquí nuevas escuelas, y nuevas teorías, y nuevas hipótesis que pueden reducirse á tres grandes grupos extremos, sin contar con las escuelas medias.

© Biblioteca Nacional de España

1.° Los que proclaman la *materia* como único principio, negando la fuerza: tal es la teoría atómica.

2.° Los que niegan la materia y proclaman la fuerza como única realidad: ó sean los partidarios de las fuerzas abstractas.

3.° Los que, más valerosos que todos y partiendo de las ideas de Hegel, toman como punto de partida el movimiento.

Séanos permitido detenernos á definir cada una de estas tres hipótesis, porque hemos de ocuparnos de ellas al explicar el principio de la energía, que es el verdadero objeto de estos artículos.

1.° Segun la teoría atómica, la fuerza no existe: es sólo una apariencia, un resultado, una forma. La fuerza, *esa cosa* invisible que salva las distancias planetarias y que vá de uno á otro astro como sér ideal; que más recogida, por decirlo así, pero siempre misteriosa, vá de una á otra molécula, sin que exista contacto entre ellas, y se llama cohesion; que más misteriosa aún, salva el espacio atómico y es afinidad; pero que jamás maciza un volúmen, ni cuaja un espacio con cargamento sólido, sino que conserva su condicion impalpable é intangible; en una palabra, la fuerza abstracta, es decir, la que obra no por *contacto* directo é inmediato de partes sólidas, sino *á distancia*, es cosa incomprensible y absurda para la escuela que estamos considerando. Porque dice el materialista de pura raza con cierta apariencia de razon: ¿entre el espíritu puro de los espiritualistas y la fuerza, qué diferencia sustancial existe? ¿Qué objecion puede dirigirse contra aquel que no pueda dirigirse contra esta? ¿Por ventura la fuerza ocupa espacio, rellena un volúmen, actúa por contacto? ¿Hay nada más espiritual que dos astros que se atraen sin materia intermedia que los una? ¿Hay nada ménos comprensible que una *atraccion á distancia*?

Y de aquí deducen que la fuerza no existe; que la *materia es la única y suprema realidad*; que el *átomo* es el elemento de la materia; que los cuerpos son la suma de átomos; que el átomo animado de cierta velocidad y ocupando puntos diversos del espacio engendra el movimiento.

La fuerza es, segun los partidarios de la escuela atómica, una apariencia del movimiento, una pura ilusion, un sér crea-

© Biblioteca Nacional de España

do por los sentidos para explicar un hecho que tiene más natural y lógica esplicacion. Así, por ejemplo, los átomos de éter, cruzando el espacio en todas direcciones, como lluvia invisible que viene de los senos de lo infinito en todos sentidos y bajo todos los ángulos, tienden á precipitar los cuerpos celestes que á su marcha se oponen unos sobre otros, y fingen una atraccion que no existe: no es que la materia atraiga á la materia á distancia, sino que el éter impele por contacto, directo á la materia que encuentra en su camino. La explicacion que dá Mr. Leray en su obra, titulada *Constitution de la matiére*, de la fuerza atractiva, está fundada en este principio, y es curiosísima y digna de especial estudio.

Tal es la teoría atómica reducida á sus ejes: materia y sólo materia: la fuerza no existe, es una apariencia del movimiento.

2.° Otros físicos hay que, buscando la unidad de la ciencia tan afanosamente como los partidarios de la teoría atómica, pero ménos enamorados del átomo que estos, sacrifican la materia sin empacho ni escrúpulo, y proclaman la fuerza, como única realidad del mundo físico. No, no es la fuerza una ilusion, dicen, no es una vana apariencia, no es algo en que el movimiento nos hace creer, sino que, bien al contrario, la fuerza lo es todo y la materia es cuando más su sombra, ó su reflejo.

La fuerza es la que, á la manera de las figuras geométricas, de sus líneas y de sus superficies, cruza el espacio sin realidad sólida ó atómica: la que teje, por decirlo así, una red dinámica de mallas infinitesimales en todos sentidos: la que al condensarse en ciertos puntos, como en un foco luminoso, se cruzan los rayos de luz, finge el átomo, y por el conjunto de átomos la molécula, y por la agrupacion de moléculas los cuerpos llamados ponderables.

La materia no es, por lo tanto, un sólido, un relleno inerte del espacio, bueno solo para chocar con otro sólido y comunicarle por contacto su movimiento, sino un centro matemático que irradia fuerza en todos sentidos; ó mejor dicho, uno de esos misteriosos nudos de la red dinámica esparcida por doquiera.

© Biblioteca Nacional de España

En la teoría de las fuerzas abstractas la fuerza lo es todo: la materia y el átomo puras apariencias, meras concentraciones de la fuerza difusa, y el movimiento cambio de posicion de tales focos ó de tales nudos.

Y hé aquí el átomo sacrificado con tanto desden por la fuerza, como él sacrificaba á la fuerza misma.

3.° Pero ciertos espíritus metafísicos, tomando base en la especulacion hegeliana, aún van más allá, y desdeñando átomos y fuerzas como groseras concepciones, se complacen en seguir á la idea en su evolucion desde la esfera lógica á la naturaleza; y la ven exteriorizarse en el espacio y el tiempo; y de la combinacion de ámbos conceptos ven brotar algo como la cinemática ideal de la mecánica; y del movimiento en sí ven brotar aún, como nuevas síntesis, la *fuerza* y la *materia*, caminando siempre de este modo, de lo abstracto á lo concreto, por el tan debatido y tan admirado proceso del célebre filósofo aleman.

Pero como no nos ocupamos hoy de concepciones metafísicas, sino de más humildes teorías, demos aquí punto al estudio de esta atrevida concepcion.

4.° Por fin, la ciencia práctica, que solo acepta teorías cuando parecen plenamente demostradas, y que no hace alardes metafísicos sino cuando la necesidad le obliga á ello, acepta, sean realidades, sean ilusiones, la *materia* y la *fuerza* á la vez; y estudia, partiendo del menor número posible de datos empíricos y de leyes experimentales, las leyes más altas y de órden puramente racional que rigen los fenómenos del mundo físico en cuanto *son cantidades* los elementos que en dichos fenómenos aparecen.

Como *cantidad* considera á la *materia;* como *cantidad* considera á la *fuerza*, y por *fórmulas matemáticas* estudia el *movimiento*.

V.

Dispénsennos nuestros lectores, si este artículo los tuviere, la precedente digresion, necesaria sin embargo para el objeto que nos proponemos, como más adelante se demostrará. Y

© Biblioteca Nacional de España

dispénsennos todavía los detalles en que vamos á entrar, áridos y fatigosos sobre toda ponderacion.

Si la materia es única, y solo difieren unas materias de otras por la cantidad, claro es que definir cierta y determinada materia es dar un número, el que expresa *el cuánto* en ella comprendido. Si por ejemplo tomamos el átomo de hidrógeno por unidad, para expresar en nuestras especulaciones cualquier porcion de materia bastará que expresemos el número de átomos iguales al de hidrógeno que contiene: diremos, pues, que las materias definidas por los núms. 20, 30, 100, 1.000 son porciones materiales que contienen 20, 30, 100, 1.000 átomos iguales al del hidrógeno, que es la unidad elegida. Pues este número simbólico, esta cifra que define como cantidad cada porcion de materia, es lo que se llama *masa* en la acepcion más general de la ciencia moderna. La *masa* es, pues, el *cuánto* de la materia, y supone una unidad de igual clase, es decir, otra cantidad determinada y fija de materia, como la distancia de Madrid á París supone otra distancia llamada metro, pié, kilómetro, ó legua, que sirva para medirla y expresarla numéricamente.

¿Difieren solo por la cantidad unos de otros los cuerpos de la naturaleza? ¿Serán iguales dos moléculas que tengan igual masa? No ciertamente para los fenómenos de la química; pero iguales son para el movimiento, al ménos mientras no se llegue á los últimos límites de la mecánica molecular. Dos moléculas expresadas por el número *diez* como masa de cada una, diferirán ó podrán diferir por la *agrupacion geométrica* de sus átomos y constituir dos edificios moleculares, segun la expresion de Mr. Gaudin, esencialmente distintos y gozando de muy diversas propiedades químicas; pero si por la pequeñez de ámbos grupos se prescinde de su forma, se suponen reconcentrados los *diez* átomos de cada molécula en un mismo centro, á la manera que en astronomía se supone reducido cada astro á un solo punto como primera aproximacion, iguales serán ámbas moléculas para el cálculo de su movimiento.

Resumiendo: en la *dinámica* de los sistemas materiales, cada porcion suficientemente pequeña de un cuerpo estará

© Biblioteca Nacional de España

definida para nosotros por un *número*, solo por un *número*, el que mide su MASA.

En el estudio de la química, y esto han intentado Gaudin, Lamy y Baima, cada agrupacion de elementos iguales, por ejemplo, de átomos, estará definida: 1.° por el *número* de estos átomos; 2.° por la *forma geométrica* de su agrupacion. Y de este modo las propiedades químicas serán no más que propiedades mecánicas de sistemas archi-microscópicos; es decir, *materia* siempre igual á sí misma, *fuerza* siempre idéntica, y movimiento siempre espresado por fórmulas matemáticas. Si la velocidad con que un cuerpo ó una masa camina es un espacio, es decir, la distancia recorrida en la unidad de tiempo, y esta es su definicion, la velocidad es una longitud y por lo tanto una cantidad que podrá expresarse por un número, como por un número expresábamos há poco la masa de todo cuerpo. La velocidad, por ejemplo, de 20 metros por segundo es una longitud de 20 metros recorrida en un segundo de tiempo, y supone dos unidades: una unidad de longitud, otra unidad de tiempo.

Y son hasta aquí tres las unidades, ó tipos, ó términos de comparacion que hemos necesitado elegir: cierta unidad de materia, como unidad de masa: cierta longitud, como unidad de distancia: cierto intervalo, como unidad de tiempo.

Comprendido esto, fácil será que definamos la FUERZA VIVA, que es uno de los dos elementos de que se compone la energía.

Se llama fuerza viva de un punto material en un instante *la mitad del producto de la masa de dicho punto por el cuadrado de su velocidad en este mismo instante.* Y será la fuerza viva de un sistema cualquiera la *suma de las fuerzas vivas de todos sus elementos.*

Supongamos, para fijar las ideas, un sistema compuesto de tres masas representadas por los números 3, 5 y 7.

Es decir, que segun las precedentes esplicaciones:

la primera masa contendrá tres veces tanta materia como la contenida en la unidad de masa;

la segunda cinco veces esta misma cantidad de materia,

y *la tercera* siete veces dicha cantidad constante de esa materia que como término de comparacion hemos elegido.

© Biblioteca Nacional de España

Supongamos aún que estas tres masas están animadas de distintas velocidades; es decir, que caminan:
la primera á razon de 10 metros por segundo,
la segunda con la velocidad de 15 metros,
y *la tercera* recorriendo 20 metros en cada unidad de tiempo.

¿Cuáles serán, segun la definicion dada, las *fuerzas vivas* de cada una de estas tres masas, y cuál la fuerza viva del sistema? Es decir: ¿qué números expresarán estas varias potencias dinámicas?

Para el primer punto material se hallará su fuerza viva tomando la *mitad* del producto de 3 (masa de este móvil) por 10 (que es su velocidad), por 10 todavía (porque es el cuadrado de la velocidad y no la velocidad sencilla); ó empleando los signos de la aritmética:

$$\frac{1}{2}\times 3\times 10\times 10=\frac{1}{2}3\times 10^2=\frac{1}{2}300=150$$

Del mismo modo, para el segundo móvil hallaremos su fuerza viva tomando la mitad del producto de su masa, que es 5, por el cuadrado de su velocidad, que es 15×15, y de este modo se obtendrá fácilmente

$$\frac{1}{2}\times 5\times 15\times 15=\frac{1}{2}5\times 15^2=\frac{1}{2}1125=562$$

(despreciando fracciones).

Y por una nueva operacion tan sencilla como las anteriores hallaremos la fuerza viva del tercer móvil que será:
mitad del producto de 7 (su masa) por 20 (su velocidad) por 20 (esta misma velocidad); ó bien

$$\frac{1}{2}7\times 20\times 20=\frac{1}{2}7\times 20^2=\frac{1}{2}2800=1400$$

Así pues, resumiendo, las fuerzas vivas de los tres móviles vendrán expresadas por estos tres números: 150, 562 y 1.400; y la fuerza viva del sistema total será la suma de dichas tres cifras: es decir,
fuerza viva del conjunto$=150+562+1400=2112$.

Consideremos una porcion cualquiera del universo: el sol, el mar, el hogar de una locomotora, un rayo de luz, un grano de arena, la hoja de un árbol, la mano con que escribo estas líneas, la chispa eléctrica que estalla en las nubes, y cada

© Biblioteca Nacional de España

uno de estos cuerpos, grande ó pequeño, tendrá en este mismo instante que considero una cierta fuerza viva visible ó invisible, un número que la expresa, una cifra que la define dinámicamente, y que variará de un momento á otro segun ciertas leyes que son las leyes de la energía.

Tomemos cada átomo del sol; multipliquemos su masa por el cuadrado de su velocidad; repitamos para todos los átomos solares esta misma operacion; sumemos estos productos, dividamos por dos la suma, y habremos hallado la *fuerza viva* del centro de nuestro sistema planetario.

Y si esto mismo hacemos con el pensamiento para todas las gotas de agua del mar en sus corrientes, en su oleaje, su perpétua agitacion, tendremos otro *número* que expresará la fuerza vida del océano.

Y si al carbono y al oxígeno que chocan en las entrañas de una máquina de vapor aplicamos el mismo método de cálculos, tendremos *otro tercer número* símbolo aritmético de otra fuerza viva.

Y si otro tanto repetimos para cada átomo de éter en el rayo de luz que á nosotros llega, habremos expresado la fuerza viva del rayo luminoso como expresábamos la del sol, la del mar y la del combustible.

Y si á ese insignificante grano de arena al parecer inmóvil; si á esa hoja que á impulso del aire se columpia sobre la rama que la sostiene; si á mi mano, que corre nerviosa sobre el papel, ó á la explosion eléctrica que ilumina los aires con cárdeno fulgor, y á sus átomos todos que vibran con vibracion invisible é interna, les sujetamos á estas uniformes y sencillas operaciones aritméticas, obtendremos en una série de números las fuerzas vivas de esa série de sistemas tan distintas al parecer, pedazos, sin embargo, de un mismo organismo, cuya unidad proclama hoy la ciencia.

Así, pues, en la mecánica de los sistemas materiales, la fuerza viva no es lo que generalmente se llama fuerza, es decir, un *peso*, una *traccion*, un *impulso*, sino una cierta cantidad, al parecer artificiosa, en que entra como factor la masa y como doble factor la velocidad, producto importantísimo á que ha llegado la ciencia al profundizar el estudio del movi-

© Biblioteca Nacional de España

miento, y cuya razon de ser quizá en el próximo artículo procuremos explicar.

Hemos dado la definicion aritmética de la *fuerza viva*: ¿será, por ventura, imposible que demos con igual claridad su forma algebráica? Al ménos hemos de intentarlo.

¿No hemos de tomar la mitad de una suma? Pues empecemos por el factor *un medio*, es decir, $\frac{1}{2}$.

¿No hemos de hallar esa suma de la que hemos de tomar despues la mitad? Pues para abreviar el lenguaje, escribamos la inicial de *suma*: una *ese* mayúscula S, ó una *ese* larga $\int$ á que el matemático llama una integral: y escribamos por el pronto $^1/_2 \int$, que se leerá «mitad de la suma ó mitad de la integral.»

¿No hemos de medir y de expresar por un número la masa de cada punto del sistema? Pues para no escribir números particulares, representemos la masa por su inicial *m*.

¿No tendrá cierta velocidad esta masa? Pues no particularicemos la velocidad como no hemos particularizado la masa, y representemos la velocidad por *v*, sea cual fuere. ¿No entra dos veces la velocidad como factor? Pues escribamos: *velocidad* multiplicada por *velocidad*; ó abreviadamente $v \times v$; ó aun con más sencillez, pongamos una sola *v* y un número que nos exprese que entra dos veces como factor en el cálculo; es decir v^2, que se leerá, *v cuadrado* ó *v dos*.

Y de esta suerte la fuerza viva de uno cualquiera de los puntos del sistema vendrá dada por la expresion algebráica:

m (masa) multiplicada por *v* (velocidad) multiplicado todo otra vez por *v*, ó abreviadamente:

$$m \times v \times v \text{ ó sea } m \times v^2, \text{ ó todavía } mv^2.$$

¿Pero aquella suma de que ántes hablábamos no era suma de cantidades análogas á esta? Pues escribamos por último:

fuerza viva del sistema igual á $\frac{1}{2} \int$ de cantidades como mv^2 para todos los puntos del sistema, ó concretando por signos la expresion del pensamiento:

$$\text{fuerza viva del sistema} = \frac{1}{2} \int mv^2.$$

© Biblioteca Nacional de España

Hé aquí, pues, la fórmula algebráica de la fuerza viva, fórmula tan sencilla, tan comprensible, tan vulgar como la expresion numérica, de la que no es esta más que una generalizacion.

Digamos y anticipemos, volviendo á nuestro objeto, que *la fuerza viva de un sistema material no es más que una parte de la energía de este sistema.*

La energía se compone de dos sumandos: por una parte de su fuerza viva, de esa expresion $\frac{1}{2}\Sigma mv^2$; por otra, de un nuevo elemento que en el artículo próximo procuraremos explicar. Basta por hoy de elucubraciones matemáticas, que habrán ya puesto á prueba la paciencia de nuestros benévolos lectores.

J. ECHEGARAY.

© Biblioteca Nacional de España

EL ARROYO.

CANCION SUECA.

A la orilla del arroyo
está la jóven sentada,
lavando sus piececitos
en las espumas de plata.
Un pájaro que la observa
le grita desde una rama:
—Ten, niña, mucho cuidado,
porque si enturbias las aguas
no verás copiado en ellas
el cielo azul que te encanta.—
La hermosa vuelve hácia el ave
los ojos llenos de lágrimas,
mientras responde agitando
con sus piés la linfa clara:
—No te importe si estas ondas
por un instante se empañan,
que limpias y trasparentes
pronto estarán como estaban.
Cuando me vistes un dia,
risueña y enamorada,
hablando con un mancebo
bajo el árbol donde cantas,
bien pudiste haberle dicho:
—No enturbies, jóven, el alma
de esa niña que te escucha
pendiente de tus palabras,
que si hoy sobre su pureza
vierte tu amor una mancha,
el claro azul de los cielos
no reflejará mañana!

MANUEL DEL PALACIO.

© Biblioteca Nacional de España

HAECKEL JUZGADO POR HARTMANN.

Es cosa notable, y pocas veces observada, que juzgue en vida una celebridad contemporánea á otra, y estudiar la manera como mútuamente se interpretan caractéres y personas que, marchando tal vez por diferentes rumbos y creyéndose tambien contradictorios y antitéticos, son, sin embargo, cada uno por su parte, sellos, moldes, formas superiores en que se sintetizan y resuelven las diferentes corrientes de nuestra actual cultura. Los grandes hombres, los innovadores, que con opuestas aspiraciones se presentan en una época dada de la historia, creen que el triunfo de la reforma propuesta por uno, solo se obtiene á costa de la del otro, es decir, que no pueden dominar, sino destruyendo á los contrarios. Pero si esto creen los individuos, la historia no nos confirma su apreciacion, porque en la vida humana acontece lo mismo que en la naturaleza, en que todo se trasforma y nada perece.

Aparentemente no se nos presenta el curso de la humanidad compuesto de pequeños y abundantes elementos, brotando de diferentes lugares y formando todos juntos una cosa compuesta; aparecen siempre con unidad en un solo cuerpo y con un solo espíritu. Esto es cierto é innegable; pero sin desdecirnos en nada de lo que antecede y admitiendo esa unidad constante en el curso de la historia, tenemos entendido que la que en ella existe es muy semejante á la que nos presentan los rios caudalosos, donde á nadie se le ocurre pensar que la magestad de sus aguas es obra de pequeños y humildísimos riachuelos, insignificantes en su orígen, y tan pobres en sus cursos, que casi parece difícil puedan proceder de elementos tan exíguos corrientes tan impetuosas y caudales tan extraordinarios. Todos juntos forman este portento; no se han absorbido los unos á los otros; todos se han unido y trasformado en proporciones superiores. Otro tanto ocurre en la vida

© Biblioteca Nacional de España

de la humana cultura. Destácanse las ideas y los individuos, presentan sus encontradas diferencias, y en vez de destruirse y absorberse, se funden en una corriente que á todas las contiene y constituyen lo que llamamos *Espíritu del siglo* ó *de la época*.

Entre los elementos actuales que constituyen el gran curso de la época moderna en Alemania, descuellan dos figuras de singular mérito, de gran talento y de ideas tan opuestas, que á no ser comprendidas cada una en su esfera desde el punto de vista superior que hemos indicado, no comprenderíamos su coetánea existencia, y ménos todavía que sus ideas y pensamientos, esencialmente opuestos, obtuvieran, no decimos ya las simpatías ó popularidad, sino el entusiasmo del público ilustrado y científico.

Hablamos del estudio que E. von Hartmann ha hecho últimamente en la *Deutsche Rundschan* sobre Ernesto Haeckel, nuestro ilustre redactor en Jena (1). Es von Hartmann un gran filósofo que se encuentra en la maravillosa situacion de no tener un solo discípulo y de contar seguramente con número tan grande de adeptos, que juntos Kant, Fichte, Schelling, Hegel, y todos los que les siguieron, jamás los alcanzaron. El sistema, las teorías y las ideas del filósofo de lo Inconsciente, no repercuten en las altas manifestaciones del pensamiento contemporáneo. Contadísimas son las obras que nos muestran algun parentesco con las doctrinas de tan sigular pensador. Ni en las cátedras, ni en las academias, vemos nada que nos lo recuerde, á no ser algun que otro anatema lanzado, así como de pasada, sobre su obra y sobre su sistema. Todo el mundo, sin embargo, lo conoce, casi todas las personas medianamente ilustradas en Alemania han leído sus obras, y hasta se comentan en el seno de la familia los cambios y adiciones que su autor acaba de incluir al publicar las últimas. Se leen tanto sus escritos, que, cansados el autor y el editor de ediciones numerosísimas, decidieron, y más en esto el autor, dar forma definitiva á la obra y al sistema, haciendo una impresion estereotípica, donde parece que los dos se guarecen, confiando el uno en la inagotable curiosidad del público, y orgulloso el otro de la forma definitiva de sus pensamientos, desde entonces grabados en planchas de cobre, seguros, firmes y acabados, así en el metal como en su espíritu.

(1) Aprovechamos esta ocasion para anunciar á nuestros lectores que muy en breve publicaremos un trabajo sobre el actual estado de la Antropogenia que nos remite este ilustre escritor.

N. de la R.

© Biblioteca Nacional de España

¿Es esto paradójico? ¿Hay aquí una contradiccion? Ni lo uno ni lo otro. Es un hecho de facilísima esplicacion. La filosofía de Hartmann nace, como todos saben, de la de Schopenhaner, y aquella, como esta, valen é importan por el fin práctico que persiguen, por la tendencia característica que las justifica y que tan claramente las distingue de las indicadas por los sistemas que las han antecedido. Ya en otra parte he tenido ocasion de demostrar que lo que distingue á toda la escuela idealista de la pesimista es la diversa naturaleza del problema que preocupa á cada una: la idealista quiso descubrir un convencimiento *a priori*; la pesimista quiere esplicar un sentimiento, el del dolor (1). Schopenhaner y Hartmann acuden en sus demostraciones á las escenas diarias de la vida humana, registran en ella sus más recónditos pliegues, y de las penalidades y contrariedades de esta sacan la confirmacion de su sistema. Los antiguos filósofos, los propiamente idealistas, entendian realmente muy poco de esto que llamamos *drama de la vida*, y mecian sus teorías en las vagarosas esferas de lo *a priori*. Los pesimistas, á pesar de sus errores, se asientan en lo real, en lo que diariamente acontece. Los idealistas se remontan á las elevadas regiones de las ideas. En los primeros predomina la accion. En los segundos el pensamiento. ¿Qué mucho, pues, que al nacer ámbas escuelas fuera el lugar de la una la cátedra y el de la otra la vida toda? ¿Que la una tuviera discípulos y adeptos la otra?

Hartmann tiene poquísimos discípulos, acaso hablando propiamente no tiene ninguno. En cambio, el número de sus adeptos es muy grande. Lo contrario podria decirse de los otros filósofos. ¿Y por qué? ¿Qué diferencia existe entre los dos términos?—En nuestro sentir muy grande y á la vez muy simple: son discípulos de escuela los que piensan con cabeza agena y adeptos los que sienten con corazon ageno. Esto nos lo comprueba la misma historia del pesimismo. Los que siguen á Schopenhaner, comò Hartmann, Volket, Venetianer y todos los restantes, *sienten* que el dolor y el mal imperan en la vida, pero *piensan* de distinto modo sobre su orígen y naturaleza. Los que siguen á Kant, á Hegel, á Krause, Fichte y á los otros pensadores de la série, *piensan* como sus maestros pensaron; tienen un criterio invariable sobre el orígen de las cosas, y no se apartan un ápice, mientras son buenos discípulos de lo que aquellos prescribieron. Cada cual, empero, conserva sus sentimientos individuales sobre multitud

(1) Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania, 1.ª série, página 82.

© Biblioteca Nacional de España

de aplicaciones, si bien es conveniente advertir que por el rigorismo que en ellos existe no hay tanta independencia y libertad como en los pesimistas.

Fácil es ahora explicar el ruidoso éxito de la filosofía de Hartmann. En el mundo real, bien ó mal, todos viven y se mueven, todos han sentido el peso de los obstáculos y las contrariedades de la vida. A estos se dirige el pesimismo y este es su teatro. Al mundo de la especulacion y del pensamiento puro se elevan muy pocos. Las ideas de los pensadores de cada uno de estos grupos obtienen como es natural muy diferente éxito. Los del primero encuentran más partidarios; pero los aplausos son mudos, la aprobacion es tácita y silenciosa. En el último es más escogido el público, más enérgico, y el éxito es imponente; no cabe aquí el silencio ni la muda inteligencia; aquella plétora de pensamientos se traduce impetuosamente al exterior en innumerables formas de asentimiento y de entusiasmo. Aparece sobre el escenario del mundo un Schelling, ó mejor un Hegel, sus nombres y sus teorías resuenan con estrépito en las altas esferas del pensamiento. Sus opiniones se convierten en autoridad, sus ideas se aplican á todas las materias y se dan sus sistemas como símbolos de la verdad. Esto sucede en cierto círculo, muy importante y selecto, pero reducido y pequeño, porque no es dado á todo el mundo acomodarse al tecnicismo ni al sentido propios de esos maestros del pensamiento. De aquí el reducido número de los que los leen y las pocas, poquísimas ediciones que de sus obras se hacen. Aparece en cambio un Schopenhaner ó un Hartmann, y nada se oye—á excepcion de lo que poquísimos adeptos dicen—de aplicaciones ni de autoridad; antes al contrario, anatematizados por los que se creen los monopolizadores del pensamiento, pasan años y años sin que nadie sepa nada de su existencia ni de sus obras, como sucedió con Schopenhaner, ó se les juzga metafísicos triviales, como ha pasado con Hartmann. Sus obras, empero, se van extendiendo, se suceden las ediciones y por todas partes encuentran esos lectores mudos y silenciosos que al recorrer las páginas no prorumpen en grandes demostraciones de admiracion, sino en una ligera señal de asentimiento. El lector de un filósofo pesimista concede, pero calla. El de un pensador verdadero, si comprende y asiente, se cree acto continuo llamado á ser apóstol de esa nueva verdad.

Eduardo von Hartmann ha llegado al *summun* entre los filósofos del género pesimista. No hay escritor de asuntos filosóficos que haya tenido la mitad siquiera de sus lectores. Este hombre, que seguramente es el que tiene más adep-

© Biblioteca Nacional de España

tos, en nuestro tiempo es el que se ha ocupado de Ernesto Haeckel, hombre no ménos célebre é importante.

Nació Haeckel en Postdam, el 16 de Febrero de 1834. Pasó sus primeros años en Merseburg, demostrando, muy al comienzo de su vida, una gran predileccion por las ciencias naturales, particularmente por la botánica, en que al hacer las clasificaciones de lo que en esta ciencia se llama buenas y malas especies, daba gran importancia á estas últimas, que le parecian ya especies intermedias. En 1852 fué á Jena, despues á Berlin, y por último á Wuerzburg, en busca siempre de los profesores más afamados. En 1857 obtuvo el doctorado en la facultad de medicina, y solo un año ejerció la carrera, abandonándola para dedicarse á la anatomía comparada. En 1859 pasó á Italia y en años posteriores á Lisboa, Madera, Tenerife, Gibraltar, las costas del Norte, el Asia menor, Egipto y Siria, haciendo siempre estudios y esperimentos de que sacó los materiales para sus magníficos trabajos y monografías. «El éxito, dice Hartmann, coronó sus esfuerzos, y sus acertadas investigaciones han alcanzado descubrimientos tan importantes, que tiene completamente acreditada su posicion como naturalista empírico ante sus mismos adversarios teóricos.»

¿Pero en qué consiste la popularidad de Haeckel? En vista de lo que acaba de decirse, repite Hartmann, nos explicariamos su reputacion científica como naturalista aleman, pero no la gran popularidad de que en el público goza, ni las enemistades que en algunas partes se ha atraido, ni el entusiasmo que su nombre produce en otras, ni la escuela que en torno suyo ha formado. «Esto solo se comprende—continúa el filósofo pesimista,—teniendo en cuenta que Haeckel, adhiriéndose á Darwin, ha fundado una nueva direccion en las ciencias naturales, que puede ser considerada como una renovacion de las antiguas filosofías de la Naturaleza, hecha con los auxilios de las ciencias exactas y de todos nuestros actuales conocimientos. Darwin, próximo al término de su vida, se ha dedicado, como buen inglés, más particularmente á la acumulacion del material empírico que á su composicion filosófica; Haeckel, al contrario, en la plenitud de sus fuerzas y penetrado de la necesidad de elevar las ciencias naturales á la categoría de filosofía de la Naturaleza, está en disposicion de recibir la herencia de Darwin y de continuar su obra incompleta.»

De gran importancia estima von Hartmann las modificaciones efectuadas por Haeckel en las ciencias naturales. En cuatro períodos divide este la marcha progresiva de la bo

© Biblioteca Nacional de España

tánica y la zoología. El de Linneo, ó de *sistematizacion exterior;* el de Lamarck y Goethe, ó filosofía natural; el que hasta ahora ha existido, ó el de *anatomía interior*, principalmente ocupado en el estudio interior y detallado de los organismos, y por último, el que Darwin inicia, y que consiste en la union y compenetracion que quiere establecer entre la observacion empírica y la especulacion filosófica. La obra de Haeckel no es más pequeña que la que entraña la elevacion del carácter meramente descriptivo y empírico de las ciencias naturales al explicativo y filosófico, de la simple narracion de los hechos naturales á la ciencia de la Naturaleza. No basta al naturalista ser un observador pasivo, es necesario que sea un pensador. «Nunca—dice Haeckel—el descubrimiento de un hecho, por grande é importante que sea, puede traer un progreso á las ciencias naturales; esto solo lo consigue el pensamiento, la teoría que explica ese hecho y lo relaciona con otros semejantes. Si consideramos á todos los grandes naturalistas, desde Aristóteles, Linneo y Cuvier, Lamarck, Goethe, Baer y Müller hasta Darwin, todas esas grandes estrellas de la ciencia brillan y resplandecen, antes que por la suma de los hechos que descubrieron, por la fuerza de su pensamiento, que supo componer esos hechos y construir sus leyes.»

Para Haeckel son tan inútiles á la ciencia los naturalistas empíricos, que creen tener bastante con los hechos, como los filósofos especulativos, que solo con el pensamiento edifican la naturaleza. Caen estos en sueños fantásticos y conviértense los otros, á lo sumo, en copistas imperfectos de la Naturaleza. Haeckel quiere que ámbas tendencias se reunan porque «toda verdadera ciencia de la Naturaleza es filosofía, y toda verdadera filosofía ciencia de la Naturaleza, y toda verdadera ciencia, á su vez, filosofía de la Naturaleza.»

Von Hartmann, que á todo, ménos á esto último, no solo accede, sino que llámalo «palabras de oro», encuentra, sin embargo, que la ciencia necesita todavía ascender un punto más que el que Haeckel y Darwin señalan. «Es innegable—dice—que el período iniciado por Darwin tiene el gran mérito de querer trasformar la simple narracion de la Naturaleza orgánica en ciencia al explicar la *conexion causal* de la relacion de las formas interiores con las exteriores, y que por este camino ha obtenido ya indudables resultados con la creacion de diferentes teorías. Mas no es ménos cierto que un paso más hácia un tercer grado de conocimiento natural ha de conducir á la filosofía de la Naturaleza, la cual se ocupa de la relacion de los fenómenos naturales, mecánicos y limita-

© Biblioteca Nacional de España

dos, con su principio metafísico, y que solo con este último grado alcanzará el conocimiento de la Naturaleza su último *término.*»

Bien claro expresa aquí von Hartmann su pensamiento. El método de Haeckel es incompleto, segun él, porque no investiga el principio metafísico de los fenómenos. Es verdad que von Hartmann presenta esta advertencia solo como observacion, no como objecion que destruya lo que el naturalista afirma. Pero ¿puede Haeckel aceptar el camino que el filósofo de lo inconsciente le señala? Razon de sobra tiene Haeckel en decir que no es ó no debe ser el verdadero naturalista un empírico, un acaparador de hechos sueltos, sino un filósofo que investigue la relacion explicativa de sus formas y de su conexion interior y exterior; pero si añadiera tambien que es menester unirlos con su principio metafísico, llámese á este voluntad ó lo inconsciente, ¿qué seria quien tal dijera sino un metafísico?

Necesario sin duda es para el naturalista elevarse de la mera descripcion empírica; pero tambien necesita no caer en las quiméricas construcciones metafísicas, que lejos de favorecer el progreso de las ciencias naturales, impiden y retardan su definitivo establecimiento. Al pretender von Hartmann de Haeckel que dé ese último paso, no puede olvidar que es él el metafísico de lo inconsciente, y que no desea otra cosa que la conversion del naturalismo, á su pesimismo. Aceptar tales condiciones seria volver al período de Ocken y Schelling, que no solo es inferior al que hoy tienen las ciencias naturales, sino tambien al meramente descriptivo que acaba de precederle. Von Hartmann acepta los períodos por Haeckel designados; los encuentra naturales y lógicos, pero halla á la ciencia todavía informe, porque no reduce los hechos, leyes y principios que posee al fundamento metafísico que apunta.

«Para permanecer en este grado de conocimiento seria menester—añade Hartmann—aceptar con Kant y Du Bois-Reymond que la organizacion del entendimiento humano es de tal género, que no puede por sus propias fuerzas pasar más allá de este límite. Haeckel no acepta esto, antes al contrario, protesta con razon contra Du Bois-Reymond y afirma la facultad del entendimiento humano de seguir desarrollándose indefinidamente, Así, pues, no es él quien puede rebelarse contra la idea de que despues de las ciencias naturales y de las leyes que esplican la conexion de los fenómenos, está la filosofía de la Naturaleza, que cuida á su vez de explicar la relacion de estas leyes con la unidad de la Naturaleza, con su esencia metafísica.»

© Biblioteca Nacional de España

Observa Hartmann que si Haeckel, á pesar de sus protestas, intenta á veces saltar al verdadero campo de la filosofía de la Naturaleza, lo hace cometiendo notables contradicciones; tales como rechazar el principio metafísico de la Naturaleza y no admitir en ella explicacion alguna teleológica, pues entiende que no es posible dar ese paso sin aceptar despues sus consecuencias necesarias.

La especial naturaleza del sistema filosófico de Hartmann, cuyo lema es: «resultado especulativo por un método científico-inductivo,» no permite señalar á la ligera la grave diferencia que entre su metafísica de la Naturaleza existe, y la *filosofía natural, por decirlo así*, de Haeckel.

Mas sin entrar en grandes consideraciones, hay una oposicion que salta á la vista y que indica la incompatibilidad absoluta que entre las miras de ámbos existe. La filosofía de la Naturaleza de Hartmann, aunque se distinga de otras por el alarde que hace de usar el método experimental, el de las ciencias naturales, es siempre, como todas las otras, *ontológica;* há menester de un principio oscuro y misterioso que denomina inconsciente, diferente tal vez de los otros propuestos con los nombres de idea, voluntad, etc.; pero no ménos metafísico, es decir, intelectual *a priori*, y que obra en la Naturaleza por procedimientos teleológicos. Es un principio de especial condicion, y de ninguna manera formado por la inmediata observacion de los fenómenos naturales; procede de un campo distinto al de estos, y léjos de ser engendro suyo, son los fenómenos una mera aplicacion accesoria del principio metafísico, que no deja de existir, aunque fuera posible imaginar que en la realidad no existen tales fenómenos. Lo inconsciente de Hartmann existe en todas partes, en la historia, en el arte, en la Naturaleza; es un principio universal que se determina en múltiples y varios aspectos.

El naturalismo de Haeckel—y comprendemos en el término este cuanto se refiere á sus particulares ideas, á su teoría toda, en una palabra—no tiene la índole metafísica y *a priori* que distingue á los verdaderos sistemas idealistas. No faltan, seguramente, en sus teorías verdaderos idealismos, pero ni niega esto ni lo combate, antes al contrario, lo estima como elemento indispensable de toda ciencia. Pero no son sus idealismos derivaciones de un principio universal ni resultado de un principio metafísico; sus teorías y sus ideas son verdaderas inducciones, más ó ménos legítimamente formadas, pero hijas todas ellas de la experiencia, de donde tomó los datos para dar cuerpo despues á sus generalizaciones. Haeckel en su método asciende, avanza desde lo particular,

© Biblioteca Nacional de España

y el límite superior que puede alcanzar, dado el método que sigue, no es ni debe ser nunca el que Hartmann le propone. En una cita que hace Haeckel de Goethe, como todas las suyas oportunas y acertadas, expresa por boca del gran poeta el alma de su procedimiento. Al frente de su *Antropogenia* estampa Haeckel estos versos:

Je weiter Du wirst aufwaerts aufgehn
Dein Blick wird inmer allgemeiner,
Ein desto groesser's Theil wirst du von Ganzen sehn
Und alles Einzelme immer kleiner!

Al avanzar más Haeckel, su mirada irá siendo más universal; irá contemplando una parte mayor de las cosas, á la vez que lo particular irá pareciéndole más pequeño. Con su método se ganará en universalidad, se mirarán más partes del todo, pero no su esencia misma, como pretende Hartmann. La ciencia de la Naturaleza no puede proceder de otro modo ni emplear otro método; que todo él debe dirigirse al conocimiento superior de la íntima conexion que entre hechos y leyes existen. Acaso pueda algun dia aspirar á referirlos á un principio universal de causalidad, y explicar de esta suerte la conexion universal que en la Naturaleza debe existir; pero es probable que nunca llegue el hombre á darse cuenta de lo que Hartmann llama el principio metafísico, la composicion esencial, porque á más de no tener en este caso ese conocimiento la importancia que se quiere darle, no se realizaria el progreso que se pretende.

El rumbo que sigue Haeckel es muy distinto del de Hartmann, aunque el de este al proceder con su método no sea en sus comienzos diferente del primero. Hartmann acepta los grados de conocimiento, por decirlo así, de Haeckel; pero añade despues uno que le es propio, y al cual nunca podrán llegar las ciencias naturales, aunque caigan en los mayores idealismos. Por extremadas que sean las teorías de los naturalistas; por falsas y erróneas que sean, tienen siempre un carácter hipotético, es decir, se han formado por generalizaciones más ó ménos oportunas, más ó ménos justas, y partiendo de las bases en que sus ciencias se fundan, de la observacion de los hechos, tienen sus teorías un carácter doble, que por mucho que se exajere, no han de parar nunca en las conclusiones que Hartmann cree necesarias. La conclusion definitiva para este es que se llegue á afirmar en la Naturaleza el principio metafísico, y que con él se explique despues la esencial composicion de todos los fenómenos naturales. Lo importante para

© Biblioteca Nacional de España

él es, pues, la afirmacion científica de esa realidad metafísica.—A esto no han de llegar nunca los naturalistas, y no seguramente por una especie de oposicion sistemática, sino por sus propias investigaciones y por la naturaleza de sus teorías, cuyo doble carácter es por una parte *físico*, por lo que en sus teorías se contiene, y por otra *lógico*, por la forma más ó ménos general con que han sido formados. Una teoría es aquí una hipótesis, cuyo único objetivo es explicar con mayor número de hechos, y de esto resulta que por mucho que se perfeccionen, irán adquiriendo más valor lógico, á la vez que mayor contenido físico, si así podemos expresarnos, pero nunca una verdadera naturaleza metafísica.

La sucesion en las ciencias naturales de teorías é hipótesis nada dice en su descrédito, como equivocadamente suponen algunos; antes, al contrario, pone de manifiesto el progreso que verifican, el cual reviste los dos caractéres inherentes á toda hipótesis, y que ya hemos mencionado; el lógico y el físico. Al suceder una teoría á otra es siempre en virtud de su mayor fecundidad en estos dos respectos, y lejos de ser contradictorias, como aparentemente se presentan en la historia de las ciencias, son hasta cierto punto de una misma naturaleza, y solo existe entre ámbas una diferencia gradual. Por eso hay razon para asegurar que todas las hipótesis que más tarde vengan á echar por tierra las nuestras y las que ulteriormente se formen, han de tener siempre el mismo carácter que hoy señalamos, y nunca el metafísico que Hartmann pide, aunque la evolucion del entendimiento alcance su mayor grado de perfeccion.

Haeckel protesta contra Du Bois-Reymond, como observa Hartmann, pero no tiene su protesta el valor y significado que este quiere darle. Protesta Haeckel contra Du Bois-Reymond y contra los que sostienen el estacionarismo del entendimiento humano y crean que los límites actuales de nuestro conocimiento han de ser siempre los mismos y no han de ir reduciéndose segun vaya el hombre progresando y perfeccionándose. Haeckel está conforme con la primera parte del célebre discurso pronunciado en Leipsick por Du Bois-Reymond, donde se señalan los límites de nuestro conocimiento; pero no puede aceptar el *ignorantismo* que *ab eterno* tendria el hombre que pronunciar ante lo que hoy no está á su alcance.

Pero no puede Haeckel llegar, por mucho que avance y se arriesgue, á afirmaciones metafísicas de carácter ontológico, sino á superiores principios físicos ó cosmológicos. Y prueba de ello lo da su obra *Morphologie*, la más universal en este sentido de todas las que se han escrito y la que más á la vista

© Biblioteca Nacional de España

pone el punto último á que podrian llegar las ciencias naturales si decididamente emprendieran por este camino. El pensamiento fundamental que en esta obra existe es, como Hartmann afirma, la unidad de la Naturaleza orgánica que su autor trata de mostrar en la teoría de la dependencia, y que hasta ahora solo se habia sostenido ideal y dogmáticamente.

«Este es el pensamiento capital del libro—sigue Hartmann—al cual considero como la obra científica de más valor entre las que tienen tendencias á la filosofía de la Naturaleza. La *Morfología* es el programa esplícito de toda la vida y trabajos de su autor, y todo lo que despues ha hecho, y probablemente tambien todo lo que todavía puede hacer, solo serán amplificaciones de ideas que en esta obra ha expuesto ya.»—Parece, pues, como si en la obra citada estuviera expuesto el *summun*, ya que no de conocimientos, de aspiraciones al ménos á que puede llegarse marchando por las vías que en las ciencias naturales existen, y seguramente que el último término que como ideal definitivo se presenta, en nada se aproxima á lo que hoy Hartmann estima como indispensable. Su obra posterior *Historia natural de la creacion* publicada en 1868, no tiene nada tampoco que favorezca al principio metafísico de Hartmann, pues este libro es, despues de todo, una popularizacion de los principios apuntados en la *Morfología*, por más que sea, como Hartmann le llama, el evangelio de la teoría de la dependencia, y esté enriquecido con el mayor acopio de conocimientos del autor y la mayor solidez que de dia en dia gana la teoría en su pensamiento.

Haeckel, dice con mucha verdad Hartmann, usa dos armas en la contienda que está sosteniendo; contiene á los naturalistas empíricos con las monografías que publica, y al mundo culto, en general, con esas obras populares, que no dejan de tener extraordinaria riqueza científica por estar escritas en la forma amena y sencilla que tanto las distinguen. Algunas de sus monografías, la de los *Calcispongiarios* por ejemplo, es más *tendenciosa*, como los alemanes dicen, y trata su autor, como ya lo dice en el título, de demostrar empíricamente y en un reducido campo zoológico, la teoría de la descendencia. Lo mismo puede decirse de su teoría de las *Gastreas*, publicada en 1874, y que es, como Hartmann dice, uno de los fundamentos capitales hechos en el terreno de la embriología, para la mayor perfeccion de la teoría evolucionista. Con la anatomía comparada por una parte, y la embriología por otra, con el paralelo de la evolucion embriológica en el individuo y la genealógica del tipo, tiene ya Haeckel establecidas las bases de su teoría como objeto de estudio humano

© Biblioteca Nacional de España

en su *Antropogenia*, publicada há poco tiempo, y obra que llama Hartmann la más notable de todas y de *imperecedera* memoria en la historia de las ciencias naturales.

La obra de Haeckel está, pues, si no acabada, perfectamente delineada, y sus gigantescos esfuerzos que el éxito justamente corona, para elevar las ciencias naturales al rango de filosóficas, repercuten en todos los ámbitos del campo científico, no obstante las protestas débiles é incomprensibles de los que de antiguo están habituados á la mera acumulacion de hechos secos y áridos, cuya esterilidad no fecundan sus vulgares entendimientos. Hoy la ciencia pide más que el amontonamiento inofensivo de unos cuantos hechos, pide que la razon humana los reuna y conexione, y mérito mayor tendrá para la historia el que sepa reunirlos y explicarlos, que aquel que, guiado por una curiosidad instintiva, los almacenó y coleccionó á la manera de los que coleccionan sellos y nada saben del pueblo á que pertenecen.

Haeckel podrá mostrarse más ó ménos acertado, pero su valor, importancia y significacion están fuera de toda duda. En lo que seguramente no está, ni puede estar equivocado es en el método que señala, único que podrá seguir al que en lo sucesivo quiera levantarse un poco á la contemplacion general de los fenómenos naturales. El paso que Hartmann cree necesario seria fatal para él y para las ciencias naturales. Porque es preciso no olvidar que marcha Haeckel por el atonismo mecánico, mientras que Hartmann va por la teleología. Rumbos tan opuestos no pueden nunca encontrarse, y por más que respectivamente avancen, tambien se irán alejando más.

En esto consiste, en mi sentir, la imposibilidad de la reconciliacion que Hartmann propone (1).

José del Perojo.

(1) Terminado ya este artículo, ha caido en mis manos el número de Enero de la *Deustche Runischau*, donde en una crítica con que me honra Federico von Helwald, entre otras cosas que solo merecen mi profundo y sincero reconocimiento, me hace el cargo de que doy más importancia á Fechner y Gerland que á Haeckel. En el ensayo „La Antropología y el Naturalismo" me ocupaba con Haeckel por lo que principalmente se refiere al concepto de la Evolucion, y daba á entender la necesidad de admitir en ella algun elemento más de los que Haeckel señala, y este elemento es, en mi humilde opinion, el *psíquico*.

© Biblioteca Nacional de España

VIDA DE KANT.

VIII.

PERSONALIDAD DE KANT.

Los dos rasgos fundamentales del carácter de Kant que se señalan hasta en las más pequeñas particularidades y que en él se unen y completan de una manera extraordinaria, son el sentimiento de la independencia personal y el de la puntualidad más rigurosa. Añadamos á esto la penetracion del pensador y advertiremos que la filosofía crítica no podia hallar otro carácter que mejor conviniera á su fundador. Aquellos dos rasgos son las virtudes cardinales del carácter de Kant que constantemente se manifiestan, así en las cosas grandes como en las insignificantes, hasta un grado tal, que como no podia ménos de suceder en semejante naturaleza, pasan de los límites habituales. Por espíritu de independencia pudo llegar á ser rigorista y por el de la regularidad, pedante. Procedia siempre consigo mismo bajo el punto de vista racional y ordenaba y regularizaba su vida como si se tratase de la misma razon pura.

Como filósofo, investiga las últimas condiciones del conocimiento humano y saca de aquí los principios que fundan y limitan nuestro saber. Como hombre, pone siempre su vida bajo el imperio de principios que ha establecido rigurosamente. El verdadero fin de la filosofía kantiana es someter todo acto del entendimiento á principios sabidos con toda claridad y acompañar todo juicio con la conciencia perfecta de su posibilidad y necesidad. Del mismo modo la regla y plan de su vida es someter á principios claros y sabidos todos los actos

© Biblioteca Nacional de España

de la vida y acompañar cada uno de ellos con la conciencia perfecta de su justicia. No hacer nada que sea contrario á su fin, determinar toda accion segun su finalidad y con la conciencia de esta, realizarla es para él una necesidad tan natural como moral, que no puede ménos de satisfacer en todos sus puntos siempre y en todas partes. En su filosofía y en la vida práctica es siempre el hombre de principios. Jamás hubiera sido el filósofo que fué, si tambien no hubiera sido, aún en todas las pequeñeces de la vida, el hombre que supo ser. En esto consiste la independencia y regularidad de su vida. Es independiente porque se apoya en sus propios principios, y metódico porque obra con arreglo á ellos.

La independencia personal, en el verdadero sentido de la palabra, no pudo adquirirla muy fácilmente nuestro filósofo, y tuvo necesidad de largos y constantes esfuerzos. El grado á que logró llevarla nos dá una idea de toda la fuerza de su carácter. De quebrantada salud, que habia de ser causa frecuente de perturbaciones en sus trabajos, de pequeñísima fortuna, que no le permitia, en manera alguna, una vida independiente, hállase Kant, desde el primer momento, en la necesidad de depender de otros por esos dos lados. Ante todo, pues, tenia que adquirir bienestar físico y económico para asegurar su independencia y la libertad de su espíritu.

1.—*Independencia económica.*

Kant sacrificó su deseo predilecto de vivir en Koenisberg para poder vivir de *sí mismo*, y no del auxilio de otros. Se hizo preceptor y lo fué durante nueve años hasta que estuvo en disposicion de entrar en la carrera académica. Lo que ganaba de sus lecciones públicas y privadas no era gran cosa; pero lo que las circunstancias le negaban supo él conseguirlo por un trabajo constante y principalmente por su órden económico. Aquel principio suyo de no hacer nada contrario á su fin, lo practicaba en la vida privada, no gastando nada inútilmente, y lo seguia con tanta puntualidad, que puede decirse que *literalmente* no malgastaba nada. Su economía era una verdadera virtud, que estaba tan distante, segun la ética de Aristóteles, de la prodigalidad como de la avaricia. Esa virtud la tenia él como necesidad de su independencia. Nunca aceptaba nada de nadie, no se hacia servir gratuitamente ni debió nada. Jamás tuvo un acreedor, y en su vejez repetia esto con justo orgullo. De esta suerte consiguió al fin llegar del mejor modo posible á la comodidad. Sostenia á sus parientes pobres, y no por medio de limosnas fortuitas, sino por

© Biblioteca Nacional de España

asistencias anuales de alguna consideracion, dejándoles al morir una fortuna de bastante importancia en aquella época. Jachmann dice de él: «Este grande hombre aspiró desde su juventud á librarse de toda dependencia á fin de poder vivir para sí y para su deber. Hallaba en esta independencia la base de toda la felicidad de su vida, y ya en edad avanzada, aseguraba que habia sido mucho más feliz privándose de una cosa que gozándola á expensas de otro. Cuando era profesor, estaba tan gastado su único traje, que algunos amigos creyeron que debian someter á su juicio, con la mayor discrecion posible, el deseo que tenian de comprarle uno nuevo. Kan se regocijaba todavía en su vejez, al recordar la fuerza con que rehusó aquel ofrecimiento y que habia llevado una levita vieja, aunque limpia, por no soportar el peso de una deuda. Consideraba como uno de los mayores bienes de su vida no haber debido un cuarto á nadie. «Siempre pude, con pecho tranquilo y sereno, responder: ¡Adelante! cuando llamaban á mi puerta—decia frecuentemente este grande hombre—porque estaba seguro de no ver nunca delante de mí á un acreedor.»

2.—*El cuidado de su salud.*

El celo y cuidado críticos que tuvo para sus asuntos económicos, los aplicó con no ménos éxito á su propia salud. Sin medios de fortuna llegó á conseguir una posicion desahogada y pudo vanagloriarse de no haber tenido un solo acreedor, únicamente á fuerza de economía constante y racional. De naturaleza débil y hasta enfermiza, alcanzó sin embargo una avanzadísima edad en el pleno uso de todas sus fuerzas espirituales, y pudiendo tambien decir que ni un solo dia se habia sentido enfermo, ni necesitado los auxilios de un médico.—Así, este bienestar del cuerpo, como el de sus negocios privados, eran simplemente productos de su gran tacto y prudencia, que se acrecentaron en lo posible, más en el cuidado de su cuerpo, que en el gobierno de su hacienda. Mas si en esta no era su celo el de un avaro ó un ambicioso, no eran tampoco sus precauciones en la primera las debilidades del que se encuentra dominado por la molicie y el egoísmo, antes bien, el órden que en su vida tenia estaba fundado en reglas higiénicas que á su vez habia sacado de la observacion constante y atenta de su naturaleza física. Estudió su propia constitucion del mismo modo que en filosofía habia estudiado la razon humana. Puede decirse que observaba su cuerpo como observa al tiempo el más escrupuloso meteorólogo. En-

© Biblioteca Nacional de España

tre sus reglas higiénicas era la más capital la actividad del cuerpo, la sobriedad, el *sustine* y *abstine*. Entendia que la fuerza moral de la voluntad era el mejor régimen y en ciertos casos la mejor medicina. Puede decirse que empleaba á la vez la razon pura como higiene y como terapéutica. Era su método una dietética de la razon pura fundada para conservar la vida humana, prolongarla, librarla de enfermedades y libertarla tambien de ciertas perturbaciones físicas. Así fué, que abundando en este sentido, dedicó á Hufeland, el autor de la *Macrobiotica*, el trabajo que se titula: «Del poder que tiene el espíritu para dominar sus impresiones enfermizas por medio de la voluntad» (1); escrito que incluyó despues en su «Disputa de las facultades.»

La fuerza saludable de la voluntad que él recomendaba, la habia estudiado y practicado en sí mismo. Su constitucion física le hubiera llevado fácilmente á la hipocondría; á causa de su estrecho y comprimido pecho, sufrió con frecuencia palpitaciones y una opresion constante que nada exterior ó mecánico podia aliviar, y de la cual nunca se vió completamente libre, llegando un momento en que sus sufrimientos le volvieron melancólico y le hicieron la vida insoportable. Como carecia de medios, se dió cuenta exacta de sus disposiciones y tomó la resolucion de no ocuparse en una cosa que solo podria empeorarle preocupándose constantemente con ella. Pero aquí era donde sobre todo radicaba el peligro de la hipocondría. Con la sola resolucion de no ceder en nada pudo sin embargo conjurar este peligro. La compresion de su pecho era un estado mecánico que él no podia remediar con facilidad; mas hizo dominar en su espíritu la calma y la serenidad, y á pesar del estado de su cuerpo, siempre conservó libre su pensamiento y un carácter franco y muy buen humor en sus relaciones de sociedad. Aun en otras sensaciones más desagradables, supo tambien triunfar de su perturbadora influencia, llevando con energía su atencion á otra parte hasta el momento en que dejó de sentirse afectado. De esta suerte consiguió tambien dominar los padecimientos de la gota que en sus últimos años llegaban á quitarle el sueño. Eligiendo un asunto cualquiera de reflexion y que no fuera muy excitante, daba á su espíritu otra direccion que cuidadosamente seguia hasta que era sorprendido por el sueño.

(1) Sin contar las repetidas ediciones que este escrito de Kant ha tenido en Alemania así como sus obras restantes, este estudio en particular ha sido publicado por un médico, habiendo obtenido un sin número de ediciones desde la reciente fecha en que se tiró la primera.

© Biblioteca Nacional de España

Este método terapéutico lo empleaba tambien con bastante éxito en las toses y fluxiones. Se decidia á respirar con los lábios cerrados todo lo posible, hasta hacer que entrara el aire libremente por los conductos interceptados. Del mismo modo se proponia no preocuparse de la irritacion que la tos produce, y conseguia dominarla con ese enérgico esfuerzo de su voluntad. Así, en las cosas más insignificantes, iba siempre aplicando su método higiénico. De ordinario solia pasearse sólo á fin de que no le obligase á hablar la compañía de otro y de que por la conversacion tuviera que respirar con los lábios abiertos, aspirando de esta suerte á librarse de las afecciones reumáticas. Por esta razon le ocasionaba un verdadero disgusto el encuentro de un amigo en sus paseos. Cuando trabajaba en su gabinete tenia la inquebrantable costumbre de colocar su pañuelo en una silla muy distante de él, con el objeto de levantarse cada vez que le fuera necesario y no permanecer mucho tiempo inmóvil en su asiento. Su higiene toda estaba tambien establecida en reglas no ménos rigurosas y profundamente estudiadas la medida y la naturaleza de las comidas y bebidas, la duracion del sueño, la manera de hacer la cama, y por fin, hasta el modo de arroparse. De suerte que se habia convertido en su propio médico é independizado de la medicina profesional. Casi todas las medicinas le eran refractarias, aunque deban exceptuarse las píldoras de su antiguo amigo Trummer. Prestaba empero grandísima atencion á los diferentes descubrimientos y métodos terapéuticos de esa ciencia; aprobaba el sistema de Brown; el de Jenner, en cambio, y su método de vacuna le parecia ser la «inoculacion de la bestialidad.» Pero lo que sobre manera le cautivaba era la química aplicada á la medicina (1).

Por pueriles que parezcan estos cuidados, no se debe juzgar, sin embargo á nuestro filósofo de un modo inconveniente. Estaba muy lejos de amar demasiado á la vida y de temer á la muerte. Cuidaba de su *cuerpo* como se cuida á un instrumento que se desea mantener el mayor tiempo posible en buen estado de servicio. Poco habia hecho la Naturaleza por su salud; pero él la hizo su obra predilecta, y no hay que extrañar que sintiera por ella el afecto del autor, que no la olvidara un solo momento, que fuera frecuentemente su tema de conservacion, y que gozara lleno de satisfaccion al ver sus cuidados coronados por el éxito. Su salud era para él un experimento. Y todo el celo con que la atendia es el que se aplica siempre á toda experiencia que se quiere lograr. Pen

(1) Borowski. Obra cit. p. 113.

© Biblioteca Nacional de España

saba hasta en la duracion de su vida, segun las mayores probabilidades, y leia minuciosamente la estadística de la mortandad de Koenisberg, que pedia al Jefe de policía.

3.—*Molestias y obstáculos.*

Queria Kant en sus trabajos, que tanto recogimiento exigian, no ser molestado de modo alguno. Se alejaba así cuidadosamente de todo lo que pudiera interrumpirle. De suerte, que además de la independencia personal que habia menester, necesitaba tambien una gran tranquilidad. Para que la habitacion le fuera agradable, habia de ser lo más silenciosa posible. Mas como esta condicion era difícil satisfacerla en una ciudad como Koenisberg, cambiaba frecuentemente de casa. La que tomó en las proximidades del Pregel estaba expuesta al bullicio de los buques y de las carretas polacas. Una vez se mudó de casa porque cantaba demasiado el gallo de un vecino; intentó primero comprárselo, y no consiguiéndolo, tuvo que abandonar su habitacion. Por último, compró una casa modesta cerca de los fosos del castillo. Pero aquí tampoco se vió libre de molestias desagradables. Próxima á su casa, estaba la prision de la ciudad, en donde hacian cantar á los presos ritos religiosos á fin de mejorarlos y corregirlos, y que iban á parar cuando abrian las ventanas á los mismos oidos de Kant. Contrariado en extremo por estas interrupciones, que él llamaba «un desórden, una manifestacion piadosa del aburrimiento,» escribió á su amigo Hippel, alcalde primero de la ciudad y al propio tiempo inspector de la prision, la carta siguiente que textualmente reproducimos y que expresa como nada el estado de ánimo de nuestro filósofo en esos momentos: «Os suplicamos encarecidamente que liberteis á los moradores de esta vecindad de las oraciones estentóreas que hipócritamente entonan los que en la prision se encuentran. No digo yo que carezcan de motivo y de causa para quejarse como si la salud de su alma corriera peligro al cantar un poco más bajo, y que no pudieran oirse ellos mismos, teniendo las ventanas cerradas. Si lo que buscan es un certificado del carcelero, en que conste que son gentes temerosas de Dios, no creo que necesiten armar ese escándalo para que no deje de oirlos él, pues si bien se mira, podrian rezar en el mismo tono con que rezan en su casa los que son verdaderamente religiosos. Una palabra vuestra al carcelero, si os dignais darle como regla lo que acabo de deciros, pondria para siempre término á este desórden y aliviaria de una gran molestia á aquel por cuya tranquilidad

© Biblioteca Nacional de España

os habeis incomodado tantas veces.—Manuel Kant (1).» Mas no fué tan solo el canto de la prision lo que interrumpia su tranquilidad. Oíanse frecuentemente en la vecindad músicas de baile que hacian perder á nuestro filósofo el tiempo y el buen humor, lo que tal vez contribuyó no poco á producirle la aversion que por la música sentia y que llegara á llamarla «un arte importuno.» Hasta en su Estética conservó aun el mal efecto que estas perturbaciones le produjeron.

Todo lo que interrumpia el círculo habitual de su vida le era desagradable. A la hora del crepúsculo acostumbraba con toda regularidad entregarse á la meditacion, y como tenia el hábito de fijar los ojos en algun objeto cuando se entregaba á sus reflexiones, tendia su vista en esta hora meditativa por fuera de la ventana de su cuarto, é iba á fijarla en la torre de Loebenicht, que estaba enfrente. No hallaba él términos con qué expresar la satisfaccion que sentia,—segun Wasianski—al hallar un objeto tan adecuado á lo que él apetecia y á distancia tan conveniente. Pero más tarde empezaron á crecer entre Kant y la torre los álamos de un vecino, que al fin concluyeron por ocultarla á su vista. Fué tan sensible á Kant el verse privado de su acostumbrado espectáculo, que no paró hasta conseguir de la generosidad del vecino el sacrificio de las copas de sus árboles. Toda modificacion en las costumbres de su casa y en el órden de su vida le desagradaba, y se defendia contra la más pequeña todo el tiempo posible. Parecia que su carácter y el órden de su vida y de su casa se habian formado al mismo tiempo. Cuando le invadieron los años y la vejez, necesitó, sin embargo, aceptar algunas modificaciones y el auxilio de otras personas. Con la mayor repugnancia se resignó á esta necesidad. Solo despues de grandes luchas interiores pudo una vez despedir á un antiguo criado que habia tenido durante cuarenta años, y que no solo era completamente inútil sino de conducta en extremo indigna. Pasábase el dia entero reflexionando sobre el caso, y parecíale tan difícil desprenderse de aquel hombre, que necesitó de toda su energía y de un esfuerzo extraordinario para no seguir pensando en él. Para tener más presente su resolucion, escribió en uno de los cuadernos que más usaba, para facilidad de su memoria, las frases siguientes: «Es preciso olvidar á Lampe (2).» Así se llamaba el criado.

---

(1) La carta está fechada el 9 de Julio de 1784.

(2) 1.° de Febrero de 1802.

© Biblioteca Nacional de España

4.—*Orden económico de su vida.*

Su manera toda de vivir estaba arreglada segun principios exactos y costumbres que tenian el carácter de una regularidad matemática. Tenia distribuido el dia con la mayor exactitud y el uno era completamente igual al que le precedió. El tiempo era la principal fortuna de Kant y lo administraba como su dinero, con la mayor economía. El sueño no debia durar más de cinco horas. A las diez en punto se acostaba y á las cinco de la mañana se levantaba. Tenia su criado órden de despertarle y de no permitirle, de ningun modo, dormir más tiempo. Gustaba Kant oir decir á su criado que por espacio de treinta años no habia dejado nunca de levantarse á la hora precisa. Dedicaba la mayor parte de la mañana á las lecciones. A las siete en punto salia de su cuarto de estudio y marchaba á su clase. A eso de las nueve, hora en que de ordinario terminaban sus lecciones, regresaba á su casa, entraba en su cuarto de estudio, donde se ocupaba en sus trabajos científicos y en lo que destinaba á la estampa. Trabajaba sin descanso hasta la una, hora en que salia á comer y momento de descanso el más agradable y fecundo para él. Gustábanle los placeres de la mesa, y de todos los sensuales, eran los únicos que preferia y de que cuidaba un tanto. Pero no por esto debe creerse que fuera este hombre tan sencillo un gastrónomo refinado, pues no tenia en su mesa mayor refinamiento que en lo restante de su vida. Mas en el modesto límite de la vida comun, gustaba de una buena mesa, y la consagraba no poco tiempo. En el *cœnam ducere*, seguia con gusto el ejemplo de los antiguos epicúreos. No empleaba, por supuesto, en comer todo el tiempo, que dedicaba á la mesa, tres horas, por lo regular, y á veces cinco, sino á la sociedad que nunca le fué tan agradable, como en estas horas. En esos momentos se volvia Kant conversador y comunicativo. Poseia el don de una conversacion variada, interesante é instructiva, y era en su casa tan buen anfitrion como bien venido huésped en la agena. Nadie hubiera descubierto en tan alegre compañero de mesa, que hablaba con cada uno de lo que más le interesaba, y con las mujeres del arte culinario, al pensador más profundo de su época. Hasta sus sesenta y tres años comió Kant en un hotel; más tarde, cuando tuvo una casa propia, convidaba diariamente á su mesa á algunos de sus buenos amigos, los que seguramente tuvieron no poca influencia en su vida. Aun con sus mismos convidados practicaba el celo crítico y el órden sistemático

© Biblioteca Nacional de España

que á todo aplicaba. Todo lo examinaba; todo estaba pensado y arreglado á la general armonía; la eleccion de platos, la de los invitados y su número; el tema para la conversacion y hasta la forma y el momento de las invitaciones. Los convidados no debian ser ménos de tres, ni más de nueve; «su sociedad no habia de ser mayor que el número de las Musas, ni menor que el de las Gracias.» Despues de la comida, y de un ligero reposo, venia siempre el paseo, que duraba ordinariamente una hora, y aun más, si el tiempo era hermoso. Generalmente paseaba por un camino que se llamó despues el *paseo del filósofo*. Las más veces paseaba solo y despacio; ámbas cosas por razones higiénicas. Dedicaba las horas de la tarde á la lectura en su cuarto, y las horas del crepúsculo á la meditacion. A las diez estaba terminado su dia. No era fácil hacerle salir de este órden regular diario, y si, por casualidad, y contra su voluntad, tenia que infringir en algo su plan, se prevenia para la segunda vez é inscribia entre sus máximas el evitar para lo futuro un caso semejante. No importaba la pequeñez del caso para hacerle quebrantar su propósito y hacer una excepcion, hasta tal punto, que no pocas veces habia una contradiccion cómica entre el rigorismo de la máxima y la nimiedad de su aplicacion. Cuenta Jachmann un ejemplo muy elocuente. «Una vez volvia Kant de su paseo habitual, y al momento de entrar en su calle, encontró al conde *** que iba en un coche por la misma calle. El conde, hombre muy atento, detuvo al punto su carruaje, bajóse de él, y suplicó á nuestro filósofo que diera un paseo con él. Kant, sin reflexionar y cediendo al primer impulso de la urbanidad, aceptó y subió al coche. Los briosos movimientos del fogoso corcel y las voces del conde le hicieron bien pronto recelarse, no obstante las seguridades que el conde le daba de sus conocimientos en el asunto. Fueron primero á visitar algunas propiedades inmediatas á la ciudad; propuso despues el conde una visita á un amigo, distante no más que una milla, y Kant, por cortesía, no tuvo otro remedio que acceder á todo. Por último, contra todas sus costumbres solo pudo llegar á su casa á las diez, incómodo y disgustado. Con este motivo tomó por máxima no subir jamás á un coche que él mismo no hubiera alquilado y del cual pudiera disponer á su antojo, así como no dejarse convidar nunca por nadie. Bastábale haber establecido una máxima para que formara parte de él; sabia ya cómo debia conducirse en otro caso semejante, y nada en el mundo era capaz de hacerle desistir.»

Así fué como pasó la vida de Kant, siempre lo mismo, como el más regular de todos los verbos. Todo estaba medita-

© Biblioteca Nacional de España

do, pensado, determinado segun reglas y máximas, en todos los detalles, hasta la comida de cada dia y el color de cada prenda de vestir. Vivia en todas sus partes como el filósofo crítico, de quien decia en broma Hippel que así hubiera podido escribir una crítica del arte culinario como la de la Razon pura.

5.—*Celibato.*

En esta organizacion de su vida, que formaba un sistema completo y acabado, exactamente dividido y detallado como un libro kantiano; en este órden estereotipado que tenia en todas sus esferas la independencia personal del filósofo, se comprende muy bien que Kant se bastaba á sí propio en el interior de su casa, y que no habia de tener inclinacion á la vida entre dos. Realmente, el círculo uniforme de su vida no podia tener otro centro que él. Hé aquí la razon de que permaneciera célibe. El matrimonio no podia penetrar en el órden de su vida. Su amor exclusivo á la independencia le retenia célibe. Además, las inclinaciones que impulsan al matrimonio no fueron tan vivas en él que causaran á su estado célibe grandes privaciones. No habia en su vida hueco alguno que el matrimonio pudiera llenar. Y á medida que avanzaba en edad se arraigaban más sus costumbres, y el sistema de vida que habia seguido era incompatible con la vida conyugal. Pretenden sus biógrafos que aun en edad bien avanzada estuvo dos veces á punto de casarse; pero que faltó en el momento oportuno; esto prueba que no habia tomado en sério la cosa. Estaba conforme con San Pablo sobre el matrimonio: casarse es bueno; no casarse mejor, y hacia además referencia al juicio de una mujer muy inteligente que le habia repetido muy á menudo: «Si te va bien, quédate así.» Mas no debe por esto creerse que fuera insensible ó contrario á las mujeres, porque no era ni lo uno ni lo otro, antes bien, gustaba en extremo de su trato y dícese que se mostraba con ellas sumamente amable y atento. Eso sí, no habian de ser eruditas, ni debia versar la conversacion sobre puntos que traspasaran los límites prescritos en la buena sociedad. Le impresionaban vivamente las gracias y encantos que da á la sociedad la mujer, pero tambien es verdad que no sintió mucho que le fuera indispensable en su vida íntima esta bella mitad del género humano. Su falta no le causó tampoco enojo alguno. No dejaron de hablarle de ello sus amigos y hasta de aconsejarle; pero siempre permaneció sordo á sus deseos, aunque los recibiera con benevolencia. Aun teniendo sesenta y nueve años, un

© Biblioteca Nacional de España

pastor de Koenisberg le instó á que se casara y hasta le llevó en hora no acostumbrada un escrito que con este objeto habia publicado: «Rafael y Tobías, ó el diálogo de dos amigos sobre el matrimonio agradable á Dios.» Kant indemnizó á este buen hombre de los gastos que habia hecho, y referia frecuentemente de muy buen humor esta edificante conversacion.

El matrimonio es una de esas condiciones que solo pueden ser conocidas practicándolas, y como Kant no se sometió nunca á ese régimen, permaneció oculta para él la dicha y la dulzura que en esta vida comun existen. Él lo consideraba como una relacion externa de derecho, en la cual los contrayentes no son el uno para el otro más que un medio y no un fin; y lo que es todavía más característico para su manera de considerar esto, hallaba la parte útil del matrimonio en condiciones económicas, es decir, en el concurso que una mujer rica da á la independencia de su marido. Asegurada esta relacion económica y la mútua benevolencia, parecíale el matrimonio realmente feliz y racional por la sencilla causa de que estaba fundado en principios sólidos de la razon. Estos matrimonios de razon eran los que frecuentemente aconsejaba á sus amigos jóvenes, y á veces los instaba vivamente, llegando el caso de disgustarse si notaba que la pasion tenia entrada en sus propósitos. No es posible pensar nada más prosáico, vulgar, comun, y en el sentir de algunos hombres, más práctico sobre el matrimonio que lo que pensaba Kant, quien carecia por completo de sentido para comprender su parte poética y sentimental. Falta es esta que solo podemos perdonar al filósofo achacándosela al solteron. En algunos de sus héroes, parece que es la filosofía poco favorable al matrimonio. Descartes y Hobbes, Spinoza y Leibnitz, fueron tambien célibes.

IX.

LOS PRINCIPIOS.

El mismo órden y puntualidad que Kant tenia en todo, se muestran tambien en sus trabajos. Formaba su plan en la meditacion silenciosa; reflexionaba sobre el asunto que queria tratar la mayor parte de las veces durante sus paseos solitarios; tomaba despues notas en hojas volantes, las estudiaba más tarde en sus detalles, y cuando queria dar algo á la estampa, era menester que estuviera antes acabado el manuscrito en todas sus partes. Esta es la razon de que tengan todos sus escritos la madurez y el carácter que los distingue y que le

© Biblioteca Nacional de España

aseguran en la historia de la filosofía un lugar tan eminente, el *primero* sin duda alguna en la filosofía alemana.

Frecuentemente se ha comparado á Kant, en su obra filosófica, á un comerciante que en todos los negocios que trata, cuenta exactamente su capital, conoce perfectamente los límites de su capacidad financiera y nunca se sale de ellos. Analizó, tanto como pudo y con el mayor celo todo el capital de los conocimientos humanos; y si pueden ser comparados los conocimientos que se adquieren con las mercancías que se expenden, Kant ha separado las buenas mercancías de las ilegítimas, para vender solamente, como hombre honrado, las buenas y legítimas. Ha verificado el inventario de la filosofía segun lo que realmente posee, lo que puede todavía adquirir, lo que falsamente cree haber adquirido y enseña á los otros como si realmente lo poseyera. Aún puede extenderse esta comparacion de Kant con el comerciante á su propia persona. Su carácter tiene algo del comerciante honrado, y sus mismas amistades hablan de esta semejanza. Hombre completamente libre de prejuicios y sóbrio, de una moralidad sencilla é inquebrantable que por instinto rechaza lo que es simple apariencia y tiende hácia lo verdadero, es Kant uno de los pocos que viviendo en este mundo de apariencias, no les dan valor. De aquí que el rasgo más enérgico de su carácter, el más grande y general sea ese sentimiento incondicional de la verdad, que tanto ha menester la ciencia, y que en medio de las ilusiones que llenan al mundo, es tan difícil encontrar para que disipen las tinieblas que lo rodean. No basta para el sentido de la verdad el desearla. Muchos hombres tienen buena voluntad, y tambien la conviccion sincera de su amor á la verdad, y son, sin embargo, incapaces de concepciones verdaderas, porque sus ojos solo ven apariencias y en sus cabezas solo hay ilusiones engañosas. Ese sentimiento de Kant era primitivo en él, con él nació, y poderoso por naturaleza formaba el centro y el núcleo de su carácter. Jamás se dejó deslumbrar por las apariencias, por las locas ilusiones, ni por la imaginacion, enemigos los más funestos de la verdad. Mas los verdaderos motores de la verdad, si así puede decirse, la constante aplicacion, la infatigable actividad y el contínuo exámen de sí mismo jamás le abandonaron.

En moral, este amor á la verdad es el *amor á la justicia*. Kant acudia al juicio recto sobre todas las cosas, así en la vida como en la ciencia; queria juzgar justa y fundamentalmente, sin adornos retóricos ni palabras altisonantes. Toleraba la sátira, pues llegaba á ella con su juicio punzante, despreocupado y su modo de poner en desnudez todas las

© Biblioteca Nacional de España

cosas; pero no la retórica que sacrifica la verdad y la justicia de las cosas á las antítesis, á los juegos ingeniosos y á las frases elocuentes y de efecto. El amor sincero á la verdad de Lessing cayó á veces en paradojas por someter, con una contradiccion aventurada, la cuestion á una prueba inesperada é iluminarla tambien con un rayo repentino de luz. En esto era Kant mucho más severo, pues jamás quiso sorprender, sino convencer. Su mismo estilo se adapta perfectamente á esta manera austera de pensar; nunca es deslumbrador, siempre profundo, por cuya razon es tambien con frecuencia pesado, cosa que nunca le sucedió á Lessing. Para ser perfectamente justo, Kant se creia en el caso de decir todo cuanto se refiere al objeto que trataba. Así, el peso de su período es á veces demasiado, y necesitaba los paréntesis para que todo pudiera marchar en el mismo período. Esos períodos de Kant marchan lentamente, parecen carros cargados; es menester leerlos y volverlos á leer, cojer separadamente cada proposicion y reunirlas todas despues; en una palabra, es necesario deshacerlos materialmente si se quiere comprenderlos bien. Esta pesadez de estilo no es falta del autor, porque Kant escribia en estilo fácil y ligero cuando el objeto se lo permitia; es debido á la profundidad, al amor á la verdad del pensador concienzudo que no quiere omitir nada en su juicio de lo que puede darle forma más completa y acabada.

Todos los rasgos característicos de Kant, que con el mayor cuidado hemos seguido hasta en sus pequeñeces, converjen hácia una comun conformidad, rara y verdaderamente clásica: el pensador profundo y el hombre sencillo y recto. Siempre exacto y puntual en todo, económico en las pequeñeces, generoso hasta el sacrificio, cuando era menester, siempre reflexionando, completamente independiente en sus juicios, y siempre la lealtad, la probidad y la rectitud personificadas, es Kant, en la mejor acepcion de la palabra, un *burgués (buerguerlich)* aleman de aquella gran época de que nuestros abuelos nos han hablado. Para nosotros es un tipo admirable, ideal, bienhechor, un tipo nacional.

«Si se quiere determinar, dice Guillermo de Humboldt, la gloria que Kant ha dado á su pátria y sus servicios al pensamiento especulativo, hay que considerar necesariamente tres cosas: 1.° que lo que ha destruido, nunca volverá á levantarse; 2.° que lo que ha fundado nunca perecerá, y 3.° y lo más capital, que ha establecido una reforma á que muy pocas se asemejan en toda la historia de la filosofía.»

KUNO FISCHER.

© Biblioteca Nacional de España

REVISTA CRÍTICA.

Un libro del Sr. Castelar es siempre un acontecimiento político ó literario. La importancia y el universal renombre de que goza el que, sin disputa, puede considerarse como el primero de los oradores contemporáneos, dan singular interés á sus producciones; interés que, por raro privilegio, no se encierra en los confines de la Península, sino que trasciende á todo el mundo civilizado. ¡Honor peregrino es este, no sólo para el insigne tribuno, sino para la patria española que, humillada y abatida en el terreno político, aun impera en la region del arte, donde fué por tanto tiempo soberana absoluta!

Castelar es ante todo un artista; la belleza es su Dios y á ella lo sacrifica todo. Su palabra es mágico pincel que retrata al exterior el mundo de nobles ideas, de generosos sentimientos y de poéticas imágenes que se agita en su mente, mundo revestido con el brillante ropaje que sabe prestar á todas las cosas la rica imaginacion de los pueblos del Mediodía. El culto casi idolátrico de la belleza esplica la vida entera de Castelar y da la clave de sus grandezas como de sus debilidades. A ese culto une otro no ménos ardiente el de la patria, y este le ha apartado de no pocos abismos á que fácilmente le arrastrara el primero. Este culto de la patria tiene tal intensidad en el alma de Castelar, alcanza tal grado de entusiasmo, que en él sustituye por intuicion maravillosa otras cualidades que acaso le faltan. El patriotismo ha hecho político al poeta; el sentimiento ha ocupado el lugar de la razon, y los actos del tribuno que se celebran como otras tantas pruebas de sentido práctico (poco explicables en una naturaleza como la suya) no son otra cosa que impulsos del sentimiento pátrio que ha sabido vencer al idealismo del artista y convertir en profundo político al entusiasta.

Hay en el sentimiento una fuerza de penetracion, una perspicacia singular que sustituye con ventaja á la razon serena en no pocas ocasiones. No es maravilla que los artistas adivinen verdades cuyo descubrimiento parecia reservado al trabajo reflexivo del sábio, y que las mujeres enamoradas, iluminadas

© Biblioteca Nacional de España

por la pasion, compitan con los más hábiles diplomáticos. Pues algo de esto acontece á Castelar. Idealista por naturaleza, amante de las síntesis luminosas, de las construcciones *a priori*, de los ideales absolutos, carece por naturaleza de todas las condiciones propias del político; y, sin embargo, de serlo ha dado muestras, merced al esfuerzo poderoso del amor pátrio, más fuerte en él que el amor al arte, con ser este la verdadera religion de su alma.

Estas dos cualidades fundamentales de Castelar, el espíritu artístico y el sentimiento patriótico, se revelan en sus obras escritas tanto como en sus discursos. Castelar, al revés de casi todos los oradores, escribe como habla. El colorido, el estilo pintoresco, la elocuente verbosidad de sus discursos se refleja igualmente en sus escritos, que por tal razon, con ser bellísimos y encantadores, no siempre pueden proponerse como modelos literarios. La imaginacion destrozada no alcanza en ellos á encerrarse en los límites del asunto, originándose de aquí cierta incoherencia y desórden en ocasiones; las imágenes, las metáforas, las personificaciones, todas las figuras poéticas fluyen en abundancia de la pluma del orador y embarazan no pocas veces la concertada marcha del discurso; y es que Castelar siempre está en la tribuna, hasta cuando escribe, y su génio impaciente no acierta á conservarse en la esfera propia de la palabra escrita.

Por eso las obras de Castelar deleitan más que enseñan, porque los métodos propios de la exposicion didáctica son refractarios á su espíritu. Narra y describe como nadie; pero difícilmente expone con órden y enlace; si habla de historia, sus narraciones parecen páginas arrancadas á una novela; pero nada tienen de comun con la severidad un tanto descarnada que al historiador moderno se exige; si de filosofía se ocupa, complácese en las grandes síntesis y se goza en retratar con vivos colores el proceso vertiginoso de la idea hegeliana, pero jamás se le ocurre entrar en esos minuciosos análisis, en esas penetrantes críticas que constituyen la gloria de Kant y de los psicólogos ingleses; si trata, por último, de política ó de sociología, el tribuno se sustituye al expositor, y el detenido exámen de los complejos problemas que al político corresponde dilucidar, reemplazan los poéticos acentos del poeta de la democracia.

Los géneros literarios en que campean la narracion animada y la descripcion pintoresca son, por tales razones, los que mejor se avienen con las aptitudes de Castelar. Monografías históricas, literarias ó políticas, bosquejos biográficos, narraciones de viajes, estudios sobre arte, hé aquí los trabajos en que mejor brillan las dotes de Castelar, considerado como escritor. Exceptuando sus discursos, daríamos todas sus obras escritas por una sola página de sus *Recuerdos de Italia*, obra, sin duda, la más bella de cuantas ha dado á la prensa el ilustre tribuno.

A este género pertenece la que últimamente ha publicado con el título *Un año en París*, lujosamente editada por la activa é inteligente empresa de nuestro colega *El Globo*. Forman esa obra una série de artículos escritos por los años 1866 á 1868, hechos para entretener las horas monótonas del destierro. Pinturas animadas y gráficas de las costumbres parisienses, apuntes sobre la

© Biblioteca Nacional de España

exposicion de 1867, juicios críticos de obras teatrales, apuntes biográficos de notabilidades extranjeras, artículos de carácter científico unos, políticos otros, humorísticos algunos, sentidos y melancólicos no pocos, deliciosamente escritos todos, hé aquí lo que constituye el abigarrado contenido de este libro que no puede leerse sin deleite, y en el cual campea (como ya indicamos) ante todo y sobre todo, el ardiente patriotismo de nuestro gran tribuno, ese patriotismo á que en hora solemne supo sacrificar todas sus ilusiones, todos sus afectos, sus ambiciones todas, incluso el amor al arte, primera de sus pasiones, y el amor á la popularidad, primera de sus flaquezas.

En estos momentos en que la pátria llora la ausencia injustificada de hijo tan preclaro, un libro del Sr. Castelar produce en los ánimos impresion tan grata como lo causa siempre el recuerdo del amado ausente. Pero á esa impresion agradable se unen otras que no lo son tanto. ¿Cómo, en efecto, no sentir amargura al pensar que está lejos de nosotros el ardiente tribuno? ¿Cómo no sentirla despues de la lectura de esas páginas, caldeadas por el entusiasmo y alentadas por la fé, al comparar la belleza de aquellas ilusiones del pasado con la tristeza de los desengaños del presente? ¿Cómo no sentirla al pensar que la musa que inspiró aquellos acentos era entónces inmaculada vírgen de cándida vestidura y rostro de ángel, y es hoy impura cortesana, manchada de sangre, que espía en la soledad y el abandono las locuras de un funesto pasado? ¿Cómo no sentirla, sobre todo, al considerar cuán intensos deberes, cuán amargos desengaños, cuán penetrantes remordimientos habrán despedazado el corazon del gran artista al pasar desde el grado de fé y de ilusion que revela el libro de su primer destierro al grado de desilusion y abatimiento que demuestran las afirmaciones conservadoras del último período de su vida? ¡Y aun si hubiera terminado para él la hora de los desengaños! Pero otros, acaso más terribles, le reserva todavía la experiencia.

***

El movimiento bibliográfico de esta quincena no ofrece ninguna novedad que pueda compararse en importancia con el libro del Sr. Castelar. En las notas que insertamos en las cubiertas de nuestra REVISTA podrán hallar nuestros lectores breves noticias de las publicaciones merecedoras de mencion, noticias que servirán de complemento á estos artículos en que no pensamos ocuparnos sino de algunos libros. Unicamente haremos mencion honrosa de un importante trabajo sobre las teorías trasformistas, titulado *Estudios sobre la filosofía de la creacion*, y debido al Sr. D. Emilio Reus y Bahamonde; trabajo cuyo principal valor consiste en ser una prueba del interés que van despertando entre nosotros estas cuestiones, hasta hoy dadas al olvido, y en la fidelidad con que en él se exponen las doctrinas de Dauvin y sus secuaces; de un bello estudio sobre los *Estilos de la arquitectura cristiana anterior al siglo XVI*,

© Biblioteca Nacional de España

por D. Francisco de Angoitia, y de un curioso trabajo sobre las *Etiquetas de la casa de Austria*, debido á la diligente pluma del infatigable erudito D. Antonio Rodriguez Villa.

Estos libros, y otros de menor importancia, unidos á algunas traducciones, constituyen todo el material literario de la quincena.

***

La premura con que hubimos de dar á la imprenta nuestra última revista nos impidió ocuparnos de una nueva cátedra inaugurada en el Ateneo. Ocúpala un jóven y ya distinguido jurista, el Sr. D. Francisco Lastres, y son asunto de sus conferencias los diversos sistemas de *Colonias penitenciarias* usados en el mundo.

El Sr. Lastres se dedica con celo infatigable á defender la conveniencia de mejorar nuestro sistema penitenciario, cuyo actual estado es verdaderamente escandaloso. A empresa tan noble ha consagrado sus esfuerzos en la prensa y en la tribuna, y no contento con esto, intenta hoy convertir en hechos sus palabras estableciendo una colonia-modelo para jóvenes, que sustituya con ventaja al célebre *patio de los micos* del inmundo Saladero de Madrid. Cuenta ya este proyecto con la eficaz cooperacion de multitud de personas ilustradas de todos los partidos y con la autorizacion y apoyo del Gobierno, y es de presumir que se lleve á cabo con gran ventaja de la nacion y no escasa honra de su iniciador. Empresas tales cubren de gloria al que las acomete y debieran ser protegidas por todos los que se interesan por el bienestar del país, harto más necesitado de estas útiles reformas que de los trastornos con que le perturban diariamente nuestros políticos.

***

Suspendidos los trabajos del Ateneo por razon de las fiestas de Navidad, lo único notable que en él ha acontecido han sido las elecciones de su Junta Directiva y de las mesas de sus secciones. Los juicios inexactos y exagerados á que ha dado lugar este suceso merecen que le dediquemos algunas líneas.

Se ha pretendido dar al suceso de las elecciones del Ateneo una significacion política, siendo acogida tal especie principalmente por los órganos que tiene en la prensa madrileña el ultramontanismo, que de este modo han manifestado el despecho que les ha producido el no haber alcanzado el triunfo en dichas elecciones. Nada más erróneo que esta apreciacion; la política, en el estrecho y mezquino sentido que entre nosotros se da á esta palabra, no ha intervenido para nada en las elecciones del Ateneo, y basta, para convencerse

© Biblioteca Nacional de España

de ello, fijarse en las opiniones de los sócios que han sido nombrados para los diversos cargos de aquella corporacion.

Lo que ha sucedido es que en el Ateneo, como en todas partes, hay dos grandes tendencias, que se subdividen en multitud de matices: la de los amantes de la libertad, del progreso y de la civilizacion moderna, y la de los intransigentes adoradores de lo pasado. La tendencia liberal en todos sus grados, desde la democracia más exaltada hasta lo que se llama liberalismo conservador, constituye la gran mayoría del Ateneo, mientras el ultramontanismo, á lo que se ha llamado en España neo-catolicismo, corresponde una minoría exigua en aquella ilustrada corporacion. Las dos grandes fracciones de la opinion liberal, lo mismo la de tendencias católicas y conservadoras que la de opiniones radicales y racionalistas, se han unido este año y han formado una candidatura de conciliacion, en la cual se han dado representacion á todas las opiniones, incluso á la ultramontana, y como la mayoría del Ateneo es liberal, liberal ha sido tambien la mayoría de los candidatos, pues solamente han sido votados tres ultramontanos entre 28 elegidos. Mas como quiera que en la candidatura triunfante se hallan representados todos los matices de la opinion liberal, el colorido político de actualidad que á la eleccion ha querido darse, desaparece necesariamente y solo queda un hecho, que es el que ha disgustado á los ultramontanos: el hecho de que el liberalismo ha triunfado en las elecciones del Ateneo, entendiéndose por liberalismo toda esa escala de matices y grados que comprende en nuestra España desde los moderados conciliadores hasta los federales cantonalistas. Eso es lo que ha vencido en el Ateneo; no la revolucion y la demagogia, sino el liberalismo, el progreso y la civilizacion moderna.

Para la presidencia del Ateneo ha sido elegido el Sr. Moreno Nieto, de cuya vasta inteligencia, corazon nobilísimo, intenciones generosas y puras, inspirada elocuencia y acendrado amor al progreso fuera excusado hacer elogios. Figuran además en las candidaturas triunfantes personas tan justamente estimadas como el distinguido economista D. Gabriel Rodriguez, no ménos apreciado por las nobles prendas de su simpático carácter que por la elevacion de su inteligencia; el Sr. D. Gumersindo de Azcárate, ex-catedrático de la Universidad central, muy conocido por sus notables trabajos jurídicos y económicos, y muy estimado por sus relevantes cualidades personales; el señor D. Francisco de la Pisa Pajares, distinguido profesor de nuestra Universidad, persona de no vulgares conocimientos, de recto y mesurado juicio, y por todos conceptos estimable; el reputado profesor y académico D. Francisco de Paula Canalejas; el Sr. D. José Echegaray, matemático insigne, físico notable y poeta dramático de primera fuerza; el erudito escritor don Francisco María Tubino, conocido por sus estudios sobre arte y por sus trabajos sobre antropología y ciencia prehistórica; el Sr. D. Luis Vidart, escritor no ménos estimado, y por último, jóvenes tan ilustrados y de tan brillantes esperanzas como los Sres. Alcalá Galiano, Lastres, Montoro, Carballeda, Arrillaga, Bosch, Escosura, Cortezo, Lopez Iriarte, Simarro, Galvete, Pacheco, Beruete y otros que, unidos á otras personas que figuran en la can-

© Biblioteca Nacional de España

didatura y que han debido su eleccion á los grandes servicios que han prestado al Ateneo (como los Sres. Gonzalez Búrgos, Balenchana, Rouget y marqués de Torre-Octavio), contribuirán, sin duda alguna, á dar el mayor esplendor á corporacion tan ilustrada.

***

Los teatros de verso (únicos de que debemos ocuparnos aquí) no han ofrecido en esta quincena novedades de importancia. Dos dramas históricos (el *Atila*, del Sr. Gaspar, y *La Fornarina*, de los Sres. Retes y Echevarría), en que de todo hay ménos historia—el primero incoherente y monstruoso, pero versificado con cierta gallardía, no exenta en ocasiones de afectacion culterana; el segundo, mejor pensado y bellamente escrito, pero falto de las condiciones que necesita un drama para llamarse bueno,—son las únicas producciones que pueden mencionarse. El resto se reduce á piezas escritas con el exclusivo objeto de excitar la hilaridad del público que en las fiestas de Navidad acude á solazarse en los espectáculos públicos.

En estos dias se agita la idea de que el Gobierno tome una intervencion activa en la vida de nuestros teatros, y se anuncia que para el año próximo se hará algo en este sentido, merced á la gestion de algunas personas de fortuna y de influencia, y á la cooperacion que prestará á tan elevado intento el rey D. Alfonso. Aunque en tésis general somos enemigos de la intervencion constante del Estado en la vida artística, sacrificamos de buen grado el rigor de las teorías á las imperiosas exigencias del momento histórico, y hoy por hoy creemos necesaria esta intervencion. Merced al concurso de causas múltiples, nuestro teatro camina á la ruina y es fuerza salvarlo. Adopte el Gobierno, por medio de una ley orgánica y un reglamento de teatros, las medidas necesarias para cohonestar los efectos de la funesta competencia que á nuestros coliseos de verso hacen los teatrillos populares, con grave daño del arte, de la moral y de la pública cultura; cercene los privilegios de que la ópera disfruta; ponga bajo su amparo el teatro Español, reuniendo en él una buena compañía y devolviéndole su antiguo esplendor, y habrá prestado á las letras y á la cultura pátria un importante servicio, que le agradecerán los buenos españoles. De otra suerte, nuestro teatro nacional caerá en irremediable ruina, y con él se precipitarán en el abismo los últimos restos de nuestra pasada grandeza.

M. DE LA REVILLA.

Madrid, 15 de Enero de 1876.

Director y propietario: JOSE DEL PEROJO.

Madrid: 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez, San Miguel, 23

© Biblioteca Nacional de España

NOVEDADES BIBLIOGRÁFICAS

La táctica moderna, ligeras consideraciones acerca de la materia. —Imprenta de «El Correo Militar.»

Con este título ha publicado D. Arturo Cotarelo, escritor militar ventajosamente conocido, un cuaderno de 23 páginas, en las cuales indica la importancia de las tres armas principales de un ejército con el armamento moderno, y el cambio de táctica que debe precisamente efectuarse en cada una de ellas.

Die Kunst in ihrer Beziehung zur Psychologie und zur Naturwissenschaft. Von Eugen Dreher. (El arte en su relacion con la Psicología y las ciencias naturales.)

El progreso de las ciencias naturales no va teniendo ya límites y no hay ciencia ó aspecto del humano saber que no lo invada ó de que no se apodere. Una de las ciencias que más se vanagloriaban de su inexpugnabilidad, era la estética; y de poco tiempo á esta parte viene sufriendo ataques á cual más rudos. No es de los más débiles el que el autor de este libro le asesta, donde intenta de una vez para siempre arrancarla de manos de los Vischer, Lessing, Schiller y demás maestros de la estética y con el auxilio de las investigaciones de Fechner, Helmholtz, Hering, etc., construirla sobre bases físicas y fisiológicas.

Psychologische Briefe von Dr. J. Eduard Erdmann. (Cartas psicológicas) 2.ª edicion. Leipsik. 1875.

Las célebres cartas psicológicas de Erdmann, de popularidad tan grande en Alemania, no necesitan seguramente de mejor alabanza que el número de sus ediciones. Y es que el autor, uno de los primeros ensayistas alemanes y tan competente á la vez en la materia que trata, ha sabido desprenderse de los rigorismos de escuela y dar á sus tan profundos como amenos ensayos un carácter general; de suerte que no parecen al público la obra de un filósofo esclusivista, sino el producto de la conciencia universal. Erdmann es uno de los representantes más genuinos del hegelianismo y que más han honrado á esa gran escuela, pero el valor de su obra no radica en su profesion filosófica, sino en la elevacion y superior criterio que en ella dominan.

Estilos de la arquitectura cristiana anterior al siglo XVI, por Francisco Angoitia. Madrid. Medina y Navarro.

No es un libro el del Sr. Angoitia; es más bien un folleto. No puede ser más interesante el asunto, porque la determinacion de los caractéres del arte cristiano en la arquitectura, tiene singular importancia para el arquitecto, para el erudito y para el filósofo que consagra sus meditaciones á la estética. El trabajo del Sr. Angoitia abunda en interesantes descripciones y en datos apreciables; contiene una division de estilos, revela un estudio verdadero de la materia y se recomienda por estas circunstancias á la consideracion del lector.

Damos las gracias á los escritores españoles y extranjeros que nos han remitido interesantes obras que examinaremos oportunamente. Tenemos en nuestro poder, además de las ya mencionadas, las siguientes:

Sinópsis de la lengua inglesa, por D. Lorenzo Reynal, Tarragona, Tort y Cusidó, 1875. —Michelet. *Histoire du XIV siècle*, obra póstuma, 3 vol., M. Levy, París.—*Le Japon*, par Oliphant, id., id.—*Fierabras*, par Mary Lafon, illustré par Doré, id., id.—*Chansons populaires des provinces de France*, id., id.—*Magnetism and Electricity*, by Fred. Guthrie. —*Il Convito di Dante Allighieri*, reintegrato nel testo con nuovo commento di Giambattista Giuliani, Firenze, succesori Le Monnier, 1875.

NOTA. De las obras que se nos remitan dos ejemplares haremos un juicio ó un anuncio.

© Biblioteca Nacional de España

REVISTA CONTEMPORÁNEA

PERIÓDICO INTERNACIONAL

REDACCION.—ADMINISTRACION, SAN MATEO, 11, BAJO.—MADRID

Sale dos veces al mes en cuadernos de 128 páginas en 4.°, y formando cada dos meses un abultado volúmen de 500 á 600 páginas.

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID.	*Pts. Cs.*	PROVINCIAS.	*Pesetas.*	ULTRAMAR.	*Pesetas.*
Un mes.....	2,50	Tres meses.....	8	Seis meses.....	20
Tres meses.....	7,50	Seis meses.....	15	Un año.....	40
Seis meses.....	15,00	Un año.....	30		

Número suelto, 7 reales en toda España.

PUNTOS DE SUSCRICION

ESPAÑA.

En la Administracion, San Mateo, 11, bajo, Madrid, y en todas las principales librerías de Madrid, Provincias y Ultramar.

EXTRANJERO.

Lisboa.—Silva Junior.
Bordeaux.—Ch. Lefebvre.—Allées de Tourny, 6.
París.—Anguiz, Boulevard de Capucines, 39
— Donnamette y Hattu, 83-85, rue de Rennes.
— Denné Schmitz, librería española, Rue Mosigny, 15.
— J. Hetzel y compañía.
— Cárlos Barrani, Rue Saint Peres, 9.
Bruselas.—Mayoles.—C. Muquardt.
Berna.—Huber y compañía.
Lóndres.—Truebner y compañía: Ascher y compañía: August Siegle.—Leandenhall Street, 110.
Roma.—Loescher y compañía.
Berlin.—Gebrueder Paetel.
Leipzig.—F. A. Brockhaus.
Heidelberg.—E. Carlebach.
Viena.—Faesy y Frick.
Nueva-York.—Ponce de Leon, Brodway, 40, 42, cuarto núm. 59.
Nueva Orleans.—M. A. Nadal.
Buenos-Aires.—Elcheparreborda.—Lucien. C. M. Joly Sr.—Jacobsen y Soederstedt.—R. Gomez Cano y C.ª
Caracas.—Geyler.—Baudin.—J. M. Larrozabal.
Santiago de Chile.—A. Raimond.—E. Guy.
Valparaiso.—E. Guy.—J. Real y Prado.
Rio Janeiro.—B. L. Garnier.—C. H. Lammert.
Pernambuco.—De Lailhacar y compañía.
San Salvador.—Ciriaco Gonzalez.
San José de Costa Rica.—Miguel Molina, plaza Principal, librería francesa.
Méjico.—Isidoro Devaux.—Cándido Rubinat
Lima.—T. Niemeyer é Inghirami.
Montevideo.—Jacobsen y Soederstedt.—A. Barreiro y C.ª

A toda suscricion debe acompañar su importe.

Se admiten anuncios.

No se devuelven manuscritos.

Madrid.—Imprenta de M. G. Hernandez, San Miguel, 23.

© Biblioteca Nacional de España